

LIBERTAD CREADORA

Y, puesto que argentino y libre son sinónimos, elevaremos la triple invocación de nuestro himno al concepto de la libertad creadora.

Alejandro Korn



REVISTA TRIMESTRAL

1

LA PLATA, BUENOS AIRES

Colaboran en este número: Francisco Romero, Mario Bravo, María de Villarino, José Gabriel, Guillermo Korn, Angel Ossorio, Raúl Osegueda, Adolfo Korn Villafañe, Antonio Cunill Cabanellas, Javier Villafañe, Delia S. Etcheverry, Joaquín Neyra, Arturo Horacio Ghida, Ernesto Palacio, José Fontana, Grete Stern,



Horacio Cóppola, Clement Moreau, Carybé, Antonio Ginzó, Alcides Gubellini, Kaete Weinzetl, Pedro Olmos.

A NUESTROS AMIGOS

EL anuncio de la publicación de esta revista, difundido en el prospecto que hizo circular el Grupo Editor, ha despertado la simpatía y el apoyo de muchísimos amigos de todas partes de la Argentina y de América. Hemos recibido numerosas y excelentes colaboraciones y esperamos que continúen llegando. Esto nos ha obligado, a fin de no dar un volumen desmesurado a cada entrega, a postergar para los próximos números colaboraciones llegadas en el primer momento, lo que nos permitirá acelerar la salida del próximo número confiando en que el éxito editorial de nuestra revista nos hará posible, seguramente, aumentar la frecuencia de sus entregas.



ESTA revista ha sido organizada mediante el aporte espontáneo de los amigos de Alejandro Korn y de una gran editorial popular. Ni los organizadores, ni los colaboradores, ni la editorial persiguen propósitos de lucro. Se desea dotar a la cultura de nuestro país y del continente de una revista militante que aspiramos trascienda el mundo intelectual e interese a grandes sectores del público lector. Como ratificación de sus finalidades desinteresadas se publicarán periódicamente los balances y liquidaciones de cada número y, en caso de resultar beneficios, se destinarán a la publicación de libros o a aumentar la frecuencia y el tiraje de la misma revista.



Ver en el dobléz de la parte posterior de la tapa el sumario del número 2 y el anuncio de próximas colaboraciones.



LIBERTAD CREADORA

Redacción y Administración:

Calle 60 N° 682,

La Plata.

Distribución y Venta: Editorial Claridad,
San José 1621-45 Buenos Aires.

EDITORIAL
CLARIDAD

Director: Antonio Zamora

PRESENTA
Su Nueva Colección



LIBERTAD CREADORA

Dirigida por Guillermo Korn

Que Iniciará sus Publicaciones con las
OBRAS COMPLETAS

de

ALEJANDRO KORN

En 8 volúmenes



SAN JOSE 1631 - 45

BUENOS AIRES

AMERICA, Presa Codiciada. - *Un verdadero alegato para poner en evidencia los planes nazifascistas respecto al continente americano, por el diputado nacional Juan Antonio Solari. Tercera Edición* \$ 1.—

CATOLICOS y Socialistas en la Unión Nacional. - *Un folleto de 16 páginas, por Guillermo Korn* \$ 0.20

LOS SOCIALISTAS, los gastos públicos, las cuestiones impositivas. - *Por Rómulo Bogliolo y Américo Ghioldi. Defensa de la población argentina* \$ 2.—

POLITICA y pedagogía de la juventud. - *Estudio de los problemas de la adolescencia argentina, por Américo Ghioldi* \$ 0.30

JUAN B. JUSTO. - *Biografía del fundador del Partido Socialista, por Dardo Cúneo. Prólogo de Nicolás Repetto* \$ 4.50



LA JUVENTUD y la moral política. - *Por Alfredo L. Palacios. Hay que defender el voto como se defiende la vida. Propositiones para la Unión Democrática* \$ 0.80

IDEARIO, de Juan B. Justo. - *Compilación de Celso Tindaro. Los pensamientos esenciales del maestro en dos tomos encuadernados* \$ 7.—

EL FACTOR económico en nuestras luchas civiles. - *Por Jacinto Oddone. Datos y documentos sobre la influencia del factor económico en las luchas civiles argentinas desde Mayo a Pavón.* \$ 2.—

* * *

LIBRERIA Y EDITORIAL

LA VANGUARDIA
RIVADAVIA 2150 — BUENOS AIRES

NOVEDADES DE ARTE

BIBLIOTECA ARGENTINA DE ARTE

Volúmenes de 64 a 96 páginas ilustrados con 40 a 80 reproducciones en negro y con 1 a 4 en color. Encuadernados en cartóné y sobrecubierta a color.

GOYA, por Ramón Gómez de la Serna. \$ 8.— m/arg.

BRUEGEL EL VIEJO, por Ana M. Berru. \$ 7.— m/arg.

TOULOUSE LAUTREC, por Julio Rinaldini. \$ 7.— m/arg.

ARISTIDE MAILLOL, por Julio E. Payró. \$ 7.— m/arg.

VERMEER DE DELFT, por M. Mir. \$ 7.— m/arg.

AUGUSTE RODIN, por Julio Rinaldini. \$ 7.— m/arg.

VALDES LEAL, por Pedro Massa. \$ 7.— m/arg.

TINTORETTO, por Julio E. Payró. \$ 8.— m/arg.

DAVID, por Jorge Romero Brest. \$ 8.— m/arg.

DELACROIX, por Julio Rinaldini. \$ 7.— m/arg.

HOLBEIN EL JOVEN, por Hellmuth Bachmann. \$ 7.— m/arg.

ALFREDO GUTTERO, por Julio E. Payró. \$ 7.— m/arg.

BOURDELLE, por M. Mir. \$ 7.— m/arg.

DEGAS, por Julio Rinaldini. \$ 8.— m/arg.

FADER, por González Carbalho. \$ 7.— m/arg.

DURERO, por Juan Zocchi. \$ 10.— m/arg.

GAUGUIN, por Julio E. Payró. \$ 8.— m/arg.

MANET, por Julio Rinaldini. \$ 8.— m/arg.

COLECCION ARISTARCO
DE LEONARDO A LA PINTURA CONTEMPORANEA, por Julio Rinaldini. \$ 12.— m/arg.

ISMOS, por Ramón Gómez de la Serna. \$ 22.— m/arg.

COLECCION DE LOS TRATADOS
TRATADO DEL PAISAJE, por André Lhote (Traducción de Julio E. Payró). \$ 15.— m/arg.

(Gran formato. 66 ilustraciones, 4 de ellas en color. Encuadernado en tela.)

Pida estos libros a su librero o por
contra-reembolso a la

EDITORIAL POSEIDON
PERU 973' BUENOS AIRES

NOVEDADES FILOSOFICAS

TRES POETAS FILÓSOFOS: LUCRECIO, DAN-
TE, GOETHE, por George Santayana \$ 4.—

La diversidad de los tres poetas se convierte en una uni-
dad de orden superior. En conjunto constituyen el
resumen de toda la filosofía europea.

ESENCIA Y FORMA DE LA SIMPATÍA, por Max
Scheler \$ 8.—

Profundas y sorprendentes aclaraciones sobre el ser del
hombre, fundadas en una nueva interpretación de la vida
afectiva.

FILÓSOFOS BRASILEÑOS, p. Guillermo Francovich \$ 3.50

El primer estudio de conjunto sobre las figuras sobresa-
lientes del moderno pensamiento brasileño.

EL PENSAMIENTO ANTIGUO (HISTORIA DE
LA FILOSOFÍA GRECORROMANA), por Rodolfo
Mondolfo (2 tomos) \$ 14.—

El ilustre ex-profesor de la Universidad de Bolonia y
actualmente catedrático en la de Córdoba, expone en esta
obra el pensamiento antiguo según un método nuevo que
consiste en presentar cada punto en las fuentes debida-
mente ordenadas.

SEXO Y CARÁCTER, por Otto Weininger \$ 7.—

Uno de los libros más impresionantes y discutidos de toda
la filosofía contemporánea. Una biología y una metafísica
de los sexos.

FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA, por Francisco Ro-
mero \$ 3.50

ENSAYO PRELIMINAR SOBRE LO CÓMICO, por
Marcos Victoria \$ 3.—

LA LIBERTAD, LA EXISTENCIA Y EL SER, por
Miguel Angel Virasoro \$ 5.—

Editorial Losada, S. A.

ALSINA 1311
Buenos Aires

MITRE 991
Rosario

COLONIA 1060
Montevideo



AGONIA

Revista Políglota

Paraguay 1327

BUENOS AIRES

RADIO
MITRE
de Buenos Aires
L. R. 6



MIRADOR
ARGENTINO

Miércoles a las 22.30

LA PALABRA
Y EL HOMBRE

Viernes a las 22.30

NOVEDADES DE LIBRERIA

ALAMOS TALADOS, de *Abelardo Arias*
Una novela extraordinaria acreditada por el
PREMIO MUNICIPAL DE BUENOS AIRES, 1942,
1er. PREMIO "AGUSTIN ALVAREZ", MENDOZA, 1942,
Y 13 EDICIONES EN 8 MESES! \$ 3.50

CUENTOS DE CHAMICO (Ilustrados por *Lino Palacio*) \$ 3.—

DISCURSOS DE NORAH LANGE, \$ 4.—
AGUAS TURBIAS, Novela de *Germán de Laferrere*
(*Germán Drás*) \$ 3.—

POEMAS de *Lubicz Milosz*, \$ 3.—

Pídalos a su librero

CABAÑAS
SAN RAMON

Estación Lopez Lecube / F. C. S.

Y

DON ALEJO

Estación Mitileo / F. C. O.

ESCRITORIOS EN BUENOS AIRES-MAIPU 1256
U. T. 32-1812

VENTA PERMANENTE DE:

BOVINOS: Toros Shorthorn y Hereford de pedigree y puros por cruzamiento a galpón y campo. Toros y vacas Shorthorn (doble propósito) con Control Lechero del Ministerio de Agricultura de la Nación. Vaquillonas para planteles.

EQUINOS: Padrillos Percherón Postier (oscuros), pedigree y puros por cruza. Padrillos Hackney de pedigree. Yeguas para planteles. Potros carrera y pesados tipo remonta.

OVINOS: Carneros y ovejas de pedigree de las siguientes razas: Lincoln, Merino Argentino, Romney Marsh, Hampshire Down.

EL PRÓXIMO REMATE ANUAL DE REPRODUCTORES
SHORTHORN Y HEREFORD (toros y vaquillonas), PEDIGREE Y PUROS
POR CRUZA DE ESTA CABAÑA, SE REALIZARÁ EN SAN JUSTO, F. C. O.,
EL SABADO 12 de Junio de 1943.



LIBRERIA

BARNA

BUENOS AIRES

Lavalle 379 U. T. 31 - 4513

Sucursal: Juramento 2384 - U. T. 73 - 4777

Una gran entidad librera al servicio del lector culto especialmente en libros y revistas en todos los idiomas.

AMPLIA BIBLIOTECA CIRCULANTE
facilitándole obras de valor, incluso las últimas novedades.

Próximamente:

EDICIONES DE LA LLANURA

~

- I. — HUACOS. Cultura Chankai. 20 fotografías de Horacio Cóppola y Grete Stern. Texto de Fernando Márquez Miranda.
II. — HUACOS. Cultura Chimir. 20 fotografías de Horacio Cóppola y Grete Stern. Texto de Fernando Márquez Miranda.
III. — RODIN. 20 fotografías de Horacio Cóppola y Grete Stern. Texto de Rainer María Rilke.

~

Distribuidores Exclusivos VIAU - S.R.L. Florida 530 Buenos Aires

Esta es su hora...



.... piense en un
**SEGURO
DE VIDA**

CONSULTE LOS PLANES DE
COLUMBIA

S. A. de Seguros



VIDA - INCENDIO - AUTOMÓVILES
CRISTALES - ACCIDENTES
MARÍTIMOS



RIVADAVIA 409

Tel. 33 - 8261

Bs. Aires



Diag. 80 - 952

Tel. Paz 4662

La Plata

**BANCO DE LA PROVINCIA
DE BUENOS AIRES**

CASA MATRIZ LA PLATA
Av. Ing. Luis Monteverde 726

CASA CENTRAL BUENOS AIRES
San Martín 137

89 SUCURSALES EN LA PROVINCIA
DE BUENOS AIRES Y 12 AGENCIAS
EN LA CAPITAL FEDERAL

Capital autorizado \$ 125.000.000

Capital Suscripto y Rea-
lizado „ 62.500.000

Fondo de Reserva „ 36.966.546

**OPERACIONES BANCARIAS
EN GENERAL**

**GIROS Y CARTAS DE CRÉDITO
SOBRE EL INTERIOR Y EXTERIOR.**

PRÉSTAMOS HIPOTECARIOS.

**ADMINISTRACIÓN DE
PROPIEDADES**

*Corresponsales en todos los pueblos de
la provincia de Buenos Aires, en los
principales puntos del interior de la Re-
pública y en las más importantes plazas
comerciales del Exterior.*

VIAU S. R. L.

presenta su nueva colección de poesía

BAUDELAIRE:

“Les fleurs du mal” (Ilustraciones
de Lino Spilimbergo).

MALLARMÉ:

“Poesiès” (Ilustraciones de H. Ba-
saldúa).

SAN JUAN DE LA CRUZ:

“Poesías” (Ilustraciones de Balles-
ter Peña).

GARCILASO:

“Poesías” (Ilustraciones de C. Ote-
ro Lamas).

VERLAINE:

“Poèsies” (Ilustraciones de Raquel
Forner).

VIAU S. R. L.

(Capital \$ 280.000)

FLORIDA 530

Buenos Aires

ESCRITORIO COMERCIAL DEL BRASIL

DEL

MINISTERIO DEL TRABAJO,
INDUSTRIA Y COMERCIO

•

Suministra informes sobre Brasil
y vincula a los exportadores de Brasil
con los importadores de Argentina

•

Hombres de Negocio:

su visita será siempre grata. Este escritorio no vende: facilita las ventas. □ No es un competidor, sino un colaborador que le ayudará a obtener mercaderías de alta calidad, que suplirán con ventaja los artículos que Europa hoy no puede enviar. □ Atiende todos los días hábiles de 10 a 12 y de 14 a 19 horas.

•

CORRIENTES 330, 2° Piso — BUENOS AIRES
ESCRITORIOS 7, 8, 9, 10 y 11

LIBERTAD CREADORA

TOMO I NUMERO 1

1943

GRUPO EDITOR

ENRIQUE ANDERSON IMBERT, LUIS AZNAR, ÁNGEL P. FERRANDO, ADOLFO
KORN VILLAFANE, MARÍA INÉS KORN VILLAFANE, GUILLERMO KORN,
ARNALDO ORFILA REYNAL, JULIO C. RATTI, ANÍBAL SÁNCHEZ REULET,
CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE, MARÍA DE VILLARINO, ANTONIO ZAMORÁ,
HÉCTOR ZANETTI.

Director:

GUILLERMO KORN

Administrador:

ANGEL P. FERRANDO

Comité de Colaboración:

MARIO BRAVO

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

FRANCISCO ROMERO

Redacción y Administración:

CALLE 60 N° 682

LA PLATA

Distribución y Venta:

EDITORIAL CLARIDAD

SAN JOSÉ 1621 - 45

BUENOS AIRES

LIBERTAD CREADORA

REVISTA TRIMESTRAL

*Publicada por los Amigos
de
Alejandro Korn*



*Y, puesto que argentino y libre son
sinónimos, elevemos la triple invocación
de nuestro himno al concepto de la
Libertad Creadora.*
Alejandro Korn



NUMERO 1
Enero - Febrero - Marzo
1943

~~SANTO Y SEÑA~~

La máscara y el rostro, por ALCIDES GUBELLINI. *Utopía de pasado mañana*,
por GUILLERMO KORN

PIRAMIDE DE MAYO

El gigante Amapolas, por MARIO BRAVO

MITOLOGIA ARGENTINA

Alfredo L. Palacios, por ADOLFO KORN VILLAFANE

LAS SEMANAS DEL JARDIN

Retrato de Carlota, por CARYBÉ. *Poesía y lenguaje poético*, por ARTURO
HORACIO GHIDA

EL SONIDO Y LA INTENCION

Heráclito, por FRANCISCO ROMERO

EL ROBLE Y LA VERBENA

El "camping" sobre la tumba, por JOSÉ GABRIEL. *El violín de Ingres*,
por MARÍA DE VILLARINO. *Antología de poemas de Alejandro Korn*,
traducción de ERNESTO PALACIO

HAY MUCHO QUE VER

Un "lavoro" imponente, por GUILLERMO KORN. *A treinta años de Caseros*,
por JOSÉ FONTANA. *Fotografías*, por GRETE STERN
y HORACIO CÓPPOLA

MADRID, CASTILLO FAMOSO

Saludo al General Miaja, por CLEMENT MOREAU. *Carta de Juan Malasaña
a Antonio Coll*, por ANGEL OSSORIO. *Estampa española*,
por ANTONIO GINZO

VIDRIOS ESTRELLADOS

¿Y ahora qué?, por RAÚL OSEGUEDA

TIERRA SIN HOMBRES, HOMBRES SIN TIERRA

Desencuentro espiritual de nuestro hombre, por JOAQUÍN NEYRA

CORREO DE CARIBÉ

Me voy al norte, por CARIBÉ

TRAMPOLIN

El circo y la representación gaucha, por ANTONIO CUNILL CABANELLAS.
Dibujo, por CLEMENT MOREAU

TITIRIMUNDO

Los títeres de San Carlino, por JAVIER VILLAFANE. *Fotografías*,
por KAETE WEINZELT

EL DEDO EN LA TECLA

La escuela viva, por DELIA S. ETCHEVERRY. *La guerra gaucha*,
por L. M. B. - H. I. C. *La Clementina*, por LA REDACCIÓN

Diagrama tipográfico y compaginación de GUILLERMO KORN, realizados por: GRETE
STERN, tapa; ANTONIO GINZO, PEDRO OLMOS, CARIBÉ, CLEMENT MOREAU, viñetas.

SANTO Y SEÑA

LA MÁSCARA Y EL ROSTRO

por

ALCIDES GUBELLINI

UTOPIA DE PASADO MAÑANA

por

GUILLERMO KORN

~

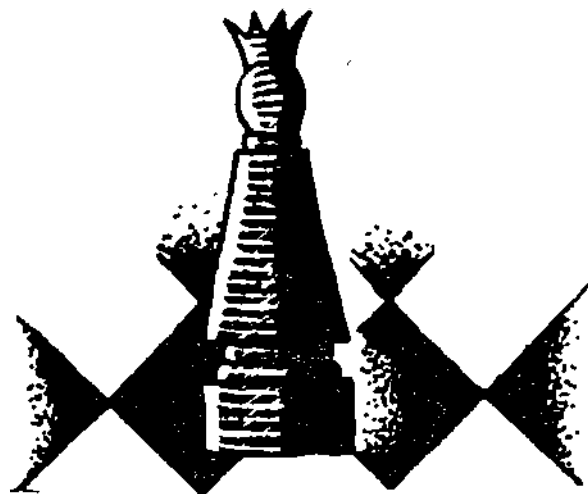
*El tiempo sólo es tardanza
de lo que está por venir.*

MARTÍN FIERRO



LA MÁSCARA Y EL ROSTRO — *Alcides Gubellini.*

UTOPIA DE PASADO MAÑANA



¶ Creemos en la presencia y la conciencia del pueblo argentino. Sin duda la mejor prueba de su virtud se muestra en su apego a las formas legales y en su conmovedora fidelidad a los partidos democráticos y a los conductores de esos partidos. Sería inferirle un agravio y arrojarlo hacia una nueva desilusión peligrosa continuar a sus espaldas un juego maquiavélico, ambiguo y dilatorio. Los partidos políticos deben merecer el acatamiento disciplinado que emerge del ejercicio consciente de la ciudadanía. Son los instrumentos legítimos —únicos posibles— de la acción constructiva. El pacto entre los partidos políticos democráticos puede ser el acontecimiento más trascendental del presente argentino. Es irrevocable la fe popular en la consigna de la unión. Ejerce un influjo mágico aun en sectores que hasta ayer aparecían ligados a esa política exterior desconcertante definida por la complacencia de hecho con “los enemigos de la humanidad”. El pueblo, la masa laboriosa y sincera que sufre y confía en el campo y en la ciudad, es ajena a todo cálculo mezquino y a todo afán de predominio personal. Intuye claramente el fin ideal y la actitud conducente. La burla de sus derechos, por la violencia primero, por la mañosa urdimbre de intereses y de claudicaciones coligados después, antes que deprimirla engarabita su coraje. Su incapacidad aparente para volver por sus fueros no proviene de la impotencia sino de un complejo de inferioridad determinado por la vacilación de los pontífices de la

intransigencia, jactancia que encubre, al fin, una de las peores formas del fraude.

¶ La Argentina, paradójicamente, contra la voluntad popular, se empeña en vivir de espaldas a la historia contemporánea. La construcción de la paz de mañana amenaza sorprendernos al margen de los intereses y del destino común de los pueblos democráticos. Nuestro país acaba de ser excluído de las dos conferencias internacionales convocadas en previsión de los problemas de la post-guerra. Mientras el mundo disciplina su capacidad creadora en la transformación de las formas de la vida que impone la experiencia tremenda de la lucha por la libertad, la Argentina, que goza de una paz providencial, mira indiferente cómo se agudizan sus problemas. En el egoísmo relajamos el temple indispensable para superar la disgregación y emprender el renacimiento nacional. Se quiere obligarnos a vivir ajenos al derrumbe de un sistema de producción y distribución anacrónico, como si la neutralidad política pudiera asegurarnos contra las consecuencias económicas de la guerra. Dejamos transcurrir este momento excepcional mientras las fuerzas creadoras de la riqueza y la cultura se ven paralizadas por falta de oportunidad para aplicar sus energías, su eficacia técnica y hasta su imaginación. En la engañosa falacia de producir y comprar nuestras propias cosechas se va acentuando el desorden de la economía nacional y descapitalizando a los productores de la tierra. Tiende a desaparecer hasta el pioner poblador de nuestros campos que abrió a las carnes argentinas los mercados del mundo. Sociedades anónimas de responsabilidad y nacionalidad incontrolables se van apoderando del suelo argentino con peligro de mediatizar la soberanía nacional. Pesquerías amarillas explotan la riqueza incalculable del mar argentino. La falta de envergadura para frenar a los monopolios financieros, de la producción y de los transportes, anula la vocación agropecuaria, tradicional de los argentinos y de la corriente inmigratoria que, desde Rivadavia, intuyó genialmente el porvenir en la socialización de la tierra y en su posesión segura y tranquila para quienes la trabajen. Mientras la guerra aniquila la exportación de nuestros granos, copiosas cosechas se pudren en las chacras y en los silos de los puertos. No acertamos a distribuir las entre los países limítrofes, ni siquiera entre los pueblos desamparados de las provincias pobres, donde el hambre y el abandono amenazan concluir con las reservas morales de la argentinidad.

¶ Poblar al país, colonizarlo, industrializarlo, dar trabajo y crear capacidad de consumo, levantar el nivel de la vida: promover la riqueza en el sentido alberdiano, antes que agotar por la explotación colonial al suelo y al hombre argentinos. Hacer de la tierra y la riqueza instrumentos de bienestar nacional rescatándolas para el usufructo de los compatriotas. He aquí, enunciado a paso de carga, un programa inmediato que es indispensable iniciar sin retardo, comenzando por entregar de nuevo al pueblo argentino la autenticidad del sufragio. En la vigencia real de la Ley Sáenz Peña reside la condición ineludible para consolidar un gobierno con prestigio popular suficiente para suscitar la gozosa exaltación de fuerzas latentes y aplicarlas a la reconquista de nuestro patrimonio nacional. Disponemos de todos los elementos necesarios para volver a ser una tierra de promisión. Poseemos inclusive la fuerza subyugante de una tradición argentina capaz de transformar a millones de inmigrantes en buenos ciudadanos libres, solamente con unos cuantos años de asiento en nuestro suelo. Pero es preciso quebrar el aislamiento. Abrir de nuevo las puertas del país a todos los hombres de buena voluntad. Tierra sin hombres y hombres sin tierra se empeña en mantener, contra el interés social, el egoísmo del privilegio dirigente. En un país colmado con los dones de la naturaleza constituye una negación imperdonable de los sentimientos de solidaridad cristiana la especulación con el trabajo del hombre y la explotación de la riqueza en beneficio de una minoría. La desocupación y la miseria no sólo despuntan entre los trabajadores manuales del campo y la ciudad: amenaza proletarizar a un ejército de profesionales universitarios y arroja en la incertidumbre y el desaliento a las generaciones nuevas que encuentran cerrado el camino del porvenir. Millares de jóvenes, hombres y mujeres, aguardan, todavía con una luz de esperanza en las pupilas, en las antesalas de las oficinas públicas, la oportunidad de probar su eficacia adquirida en las aulas secundarias, normales y superiores. Miles de jóvenes obreros, egresados de las escuelas técnicas o formados en el primitivo aprendizaje de los talleres y de las faenas rurales, pauperizan las ciudades sin encontrar la coyuntura para ganarse el pan ni siquiera para soñar una utopía generosa.

¶ El nombre de nuestro país, que durante casi un siglo se levantó como un signo de esperanza en el horizonte de los pueblos del viejo mundo, ha dejado de constituir una promesa para los mismos argentinos. Es indispensable restaurar el prestigio internacional de la Ar-

gentina y la fe de sus hijos. El aire y la distancia y las dimensiones anchurosas conforman en nuestra patria el paisaje propicio para que el hombre viva dichoso ejercitando las virtudes de la franqueza y el trabajo. América debe volver a sentirnos en esta extremidad del continente austral como custodios de la lealtad y la firmeza. Es preciso no desertar de nuestra misión humana y americana: retomar la tradición internacional que nos dió jerarquía moral de potencia de primera magnitud entre las naciones civilizadas. Otra vez el nombre de la Argentina debe ser bendecido por la humanidad y por todos sus hijos y, en la seguridad del bienestar, la libertad y la justicia, llamada también patria de los trabajadores. No existe otro instrumento pragmático capaz de llevar a cabo esta empresa que los partidos políticos. Así lo ha comprendido siempre la sagacidad popular que espera de la unidad de los partidos democráticos el estímulo indispensable para retomar —en el comicio o fuera de él, en una acción permanente que supere los sacudimientos históricos de las crisis preelectorales— la defensa de la conformación esencial de la República amenazada por la reacción oligárquica, alentada, aleccionada y hasta provista por el fascismo internacional. Hay algo más en juego en este momento sobre el mapa político que la posesión inmediata del gobierno. Es necesario que los partidos democráticos se hagan cargo de esta dramática situación y se decidan, en el ejercicio de la unión nacional, a superar su capacidad meramente electoral, o por lo menos enderezada hacia fines electorales en algunos casos tan poco diferenciados que se confunden a los ojos del pueblo con las apetencias primarias de la lucha por la vida. Se ha tupido tanto el entramado de los intereses y la corrupción que el fraude trasciende la maniobra delictuosa para burlar el recuento de votos: se ha convertido en una concepción integral de la vida —recogida hasta es la sistematización que se conoce por la “Ley del Fraude” en la Provincia de Buenos Aires— que envenena la atmósfera y acaba por refluir, mal que nos pese, sobre toda la vida nacional, trastrocando valores, corroyendo voluntades, aflojando virtudes, como un sutil agente letal contra cuya fuerza de penetración no valen las máscaras protectoras tenidas por invulnerables. Si no somos capaces de acabar con el fraude ahora que debe sellarse la unidad de acción de los partidos democráticos será abatida, quizás para siempre, la conciencia moral de la Argentina.

¶ Pasma la escurridiza versatilidad con que nuestros sectores políticos más notorios alternan la manga ancha de la tolerancia y el furor

del anatema. Esta extraña manera de convivencia y de agresión en las formas estériles de la complicidad y el agravio, que excluyen el diálogo o la colaboración, es otra de las manifestaciones de la falsedad —del fraude— que trastorna las bases de sustentación de la política nacional. A la tolerancia acomodaticia sucede una incompreensión brutal. La convocatoria a elecciones opera el truco impresionante. Después se vuelve a empezar. Por igual inconducentes la complicidad y el odio, han acabado por achicar el ejercicio de la política y difundido el concepto, falso pero muy corriente, de que unos y otros son iguales. Y el fraudulento, como el pustuloso sin frenos éticos, se restrega las manos y sale ganando: “Ya estamos todos al mismo nivel”. Esta desdichada comprobación no puede ser un motivo de reproche. No es el momento de crecerse en la comparación con los errores ajenos ni de exigir sin dar. Tratemos de extraer una lección que aproveche para el mejor éxito de la unión de los partidos democráticos. Es indispensable ya encontrar una fe y una bandera que una a los argentinos en la voluntad heroica de salvar los valores humanos y nacionales en peligro y de colocarlos más alto que la misma vida. ¿O todo se ha perdido y no somos ya capaces de sustentar una fe y una bandera? Recogemos la demanda porque la escuchamos con alarmante frecuencia. ¡Hasta tanto ha llegado el escepticismo en muchas conciencias honradas frente a la impunidad de la delincuencia política encumbrada! Hay que ponerse en guardia contra el renunciamento: calar hondo debajo de la costra podrida, dorada, para percibir el sístole sano todavía de un pueblo que jadea sus penurias y preserva sus ilusiones con persistencia ejemplar, aun sin voz ni voto sobre su propio destino —ya que ambas cosas le han sido ignominiosamente arrebatadas. Hay que internarse allí, en la entraña de la tierra y el hombre argentinos para aprender y para enseñar, para comunicar a la desmayada política nacional bríos de juventud y capacidad disciplinadora de la voluntad colectiva.

¶ Los partidos políticos tradicionales corren el riesgo de quedarse atrás si no se renuevan con motivo de esta unión democrática que viene empujada desde abajo. Ciegos a la trascendencia histórica de la época los hemos visto exhibir el espectáculo grotesco de sus riñas sin grandeza. Ahora es inútil el denuesto. Fué la tentación milenaria del mal, incontenida. Si no se descuaja sin vacilar la proliferación de brotes malos en el huerto de la patria los partidos políticos democráticos arriesgan a la atracción del fruto ponzoñoso hasta la pureza todavía incontaminada de su prole juvenil. Deseamos que la unión de los

partidos democráticos estimule esta empresa. Que propicie la vuelta hacia los tiempos grandes de la historia nacional, cuando los argentinos se reconocían al nombre de compatriotas y esa mención bastaba para sentirse conmitones de un mismo destino, peones desinteresados de una consigna social. Que restaure a la política en su noble función rectora de la intención de los pueblos en la confianza siempre renovada del anhelo humano por alcanzar la perfección de los arquetipos. Una política así puede partear la resurrección civil argentina. Basta solamente con que los partidos populares recobren, en la práctica austera de las virtudes democráticas, el apostolado de que nunca debieron desertar. El pueblo a su vez traducirá en impulso activo la adhesión sacrificada a sus abanderados. Y es seguro que muchas voluntades inéditas vendrán de los recónditos remansos donde alienta una Argentina invisible que trabaja, estudia, cree y espera, para sumarse, bajo el signo idealista, a la nueva política de la dignidad cuyo advenimiento es ineludible con o sin la cooperación de los partidos tradicionales. Pero nada de esto nos será dado si no es conquistado. Recordamos el deber de la acción a cuantos postulan sinceramente la acomodación de la conducta y el credo.

¶ *Esta revista, cuyo santo y seña queda lanzado, no nace: renace. Continúa un imperativo militante cumplido desde mucho tiempo atrás por los amigos de Alejandro Korn que trabajan, piensan y luchan confortados por su influencia filosófica. Reiteramos ahora cuanto queda dicho en el mensaje inicial que precedió la salida de nuestra revista: Encontramos, en forma expresa o implícita en las "Nuevas Bases", que el maestro escribió en 1925, un programa completo capaz de constituir el sistema vertebral de nuestras intenciones actuales. Vale decir que en la gran lucha decisiva de la libertad contra la tiranía militamos sin reticencias en la causa de las democracias. Al mismo tiempo buscamos la expresión nacional y americana que defina nuestra personalidad como pueblo en la futura reconstrucción del mundo. Inspirados en el socialismo ético procuramos desentrañar la realidad de la tierra y el hombre argentinos, exaltando su conciencia moral, política y económica. Desde el gran teatro del mundo hasta el titirimundo, nada de lo humano nos es indiferente. Dentro del plano que cercan las coordenadas de la libertad y la creación, estimulamos a nuestros colaboradores para hacer la vivisección de la actualidad argentina, sin excluir a los hombres, los partidos ni las instituciones, superando el apoliticismo anacrónico que esteriliza la inteligencia nacional. Hemos*

bautizado a nuestra revista "Libertad Creadora", fórmula que compendia el sentido del pensamiento que nos inspira y nos parece que define una actitud en el drama contemporáneo. Aparece en cuadernos trimestrales divididos en secciones que organizan el material en una arquitectura transparente y bien trabada: Santo y Señá: programa de acción; Pirámide de Mayo: artículos políticos; Mitología Argentina: consenso fehaciente del sentimiento popular; Las Semanas del Jardín: ensayos; El Sonido y la Intención: literatura; El Roble y la Verbena: sobre Alejandro Korn; Hay mucho que Ver: vida y milagros de la ciudad cartesiana; Tierra sin Hombres, Hombres sin Tierra: la extensión y la población como referencias del complejo argentino; Madrid, Castillo Famoso: la guerra empezó en España, la guerra puede acabar en España; El Curioso Impertinente: papeles de archivo, cartas documentos; Trampolín: técnica y temática del teatro rioplatense; Titirimundo: elegía de Podrecca; Correo de Carybé: viñetas de viaje; Vidrios Estrellados: ya un cuarto de siglo desde la Reforma Universitaria de 1918; El Dedo en la Tecla: notas y comentarios sobre libros y sucesos de actualidad. Junto a los escritores los colaboradores artísticos —fotógrafos, dibujantes, grabadores— expresan su mensaje personal coherente, liberados del sometimiento servil al texto ajeno. Nuestra revista no disimula el pelo de la dehesa. Hasta por las tapas se conoce que viene de La Plata, la ciudad que asienta su geometría adolescente en la confluencia de la Pampa con el ancho estuario que ya rizan los vientos de la guerra. Pero quiere hablar un lenguaje claro, sustantivo, apto para tomar parte en el coloquio de la cultura continental: el idioma templado en el equilibrio de la razón y la pasión que aprendimos, ejercitando la virtud socrática de la amistad y el diálogo, en la lección ejemplar y jocunda —roble y verbena— del filósofo de la libertad creadora.

GUILLERMO KORN

PIRAMIDE DE MAYO

EL GIGANTE AMAPOLAS

por

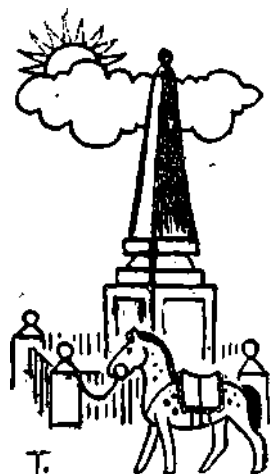
MARIO BRAVO

~

*Toda la ciencia política está contenida en la
idea de la Libertad.*

JOSÉ MANUEL ESTRADA.

EL GIGANTE AMAPOLAS



ITINERARIO DE ALBERDI

1

EL tema alberdiano supera, aún en la más reducida de sus partes, a la biografía de un hombre o a la indicación anotada de una bibliografía.

De tal modo existe una identificación entre la patria y el tema alberdiano que en tratando de los problemas de la nación, sean de su tradición, de su sociabilidad, de sus revoluciones, de su economía, de sus instituciones, nos encontramos con la página magistral de Alberdi, como si el publicista se hubiera dado, por una designación irrenunciable, el destino, ilustre y glorioso, de cuidar todos los caminos de la República.

Así voy viéndolo, a medida que avanzo, desgraciadamente con lentitud, en el sentido de su obra, de la que, sin duda, se hará alguna vez nueva mensura y nuevo deslinde, en el campo del pensamiento argentino, para reivindicar, con justicieros títulos, las zonas espirituales que van más allá de las "Bases" y llegan hasta las tierras por él anunciadas, de los primeros, con Rivadavia, Agüero y Lamas, en el fundamento económico de la historia; hasta las advertencias para la necesaria unión de América, como un antemural en la defensa de las

instituciones democráticas y un campo de inteligencia para crear con Europa la caravana en marcha hacia los desiertos continentales; hasta la previsión de sus crisis políticas, por la eliminación de la pobreza popular, y hasta el bosque de primavera de la literatura y del arte que él no podía concebir sino como el producido de una conciencia histórica y no podía aceptar sino en función de libertad y en construcción democrática.

2

NADIE trabaja con materiales de su exclusivo y total invento, salvada la época de sombras en que el hombre encontró en sus miembros superiores la instancia preliminar de la herramienta.

La función crítica se aplica en ocasiones a recusar la originalidad de los pensadores, porque no inventaron una idea habiéndose consagrado a su adopción como método o guía, para hacerla útil en la creación social o en la investigación social.

Así se arguyó en contra de Rivadavia, por no haber sido el creador novedoso de la relación jurídica entre la tierra de propiedad y los trabajadores de la tierra, en su conocida enfiteusis; como se dijo de la revolución de Mayo que venía con señales de América del Norte o de Francia; como se dijo que Tocqueville o Stuart Mill o Adam Smith o los enciclopedistas, tuvieron en Alberdi, poco o mucho, un árbol de sus gajos.

3

EN verdad, a Alberdi le tocó vivir un mundo de contra-revolución y su valor como fuerza motriz, está en haber sido medítadamente un revolucionario y no un contra-revolucionario, en haber estado con el pensamiento creador y transformador de la democracia y no en contra; en haberse enrolado en las filas de Mariano Moreno y en el coro preclaro de Mayo, cuando la tiranía cubría de sombras y de sangre, el derrotero inicial de 1810.

Para Alberdi, la revolución de Mayo no fué un episodio. La teoría de la historia que fuera su método de interpretación y de pronóstico, lo afirmaba en la continuidad de su proceso para que la revolución no tuviera por límite en el pasado, el Cabildo abierto del 22

de Mayo ni por términos en el futuro la asamblea del 13 o el Congreso del 16.

Como toda fuerza dinámica de un ideal, la Revolución venía de las profundidades de la historia. Nació del vientre de la Colonia después de una noche nupcial de tres siglos con el destino, a orillas del Río, cerca del Mar, adormecida en el aire balsámico de la tierra núbil, desnuda y salvaje, con los brazos abiertos, y del bosque púber, florecido y proteico como una creación teogónica. Y habría de perdurar en el futuro, hasta cumplir el prodigio de su destino esencial, como Alberdi lo definió en pocas palabras: "Estamos en los albores de una era nueva y desconocida en los anales humanos. Todo lo que va a salir de este continente, es distinto de lo conocido hasta ahora; guardémonos de rodear la cuna de un mundo que nace, de las leyes de un mundo que se va". (Certamen poético. El Editor. Tomo II, pág. 65. "Obras").

4

POR la misma razón que para Alberdi la revolución tenía sus destinos a cumplir, debía vencer los obstáculos inherentes a su causa. De las páginas de Alberdi surge una doctrina de las revoluciones sociales que explica acontecimientos de que él fué contemporáneo y otros que vinieron después de su muerte en este y otros países.

Revolución y contra-revolución son los dos términos básicos de su triada dialéctica.

Así explicó él la tiranía de Rosas. Como lo dice Alejandro Korn, sólo dos hombres de aquel tiempo tuvieron una concepción filosófica de la tiranía. Esos hombres fueron el General Paz y el doctor Alberdi. Y por haber tratado de encontrar las causas sociales de la tiranía, a poco de aparecer y estratificarse por la fuerza y la sumisión, Alberdi fué señalado como un epígono del tirano.

Para Alberdi, la tiranía de Rosas fué la contra-revolución, es decir, fué la reacción contra la revolución de Mayo o mejor dicho fué una revolución contra la Revolución.

Aparece esta proposición demostrada en sus escritos de la época y desarrollada en páginas diversas, y tanto era su punto de vista compartido, que así lo adoptó la Asociación de Mayo al asumir la responsabilidad de la lucha contra la tiranía y la prosecución de la ruta indicada por el itinerario de 1810.

Una preciosa síntesis de su concepto de la revolución de Mayo, nos ofrece Alberdi en su crítica al informe que dió el jurado en el Certamen literario de 1841, en Montevideo, cuando refuta la afirmación de los jurados al pretender que la poesía de la época revolucionaria había nacido con la Independencia.

Acusaba a la poesía de la revolución de no haber comprendido la revolución.

“La guerra —dice— presentaba diferentes fases: la poesía sólo expresaba una. Se combatían las ideas, las instituciones, los intereses y las lanzas; se luchaba en los Congresos, en la prensa, en la sociedad, en los campos de batalla, y la poesía sólo cantaba estos últimos combates; se combatían dos civilizaciones y la poesía sólo veía españoles y americanos; luchaban el pasado y el porvenir, la poesía sólo cantaba el presente; se levantaban naciones, la poesía ensalzaba héroes; se traducía en el terreno de la política los principios enunciados al género humano por el cristianismo y los poetas olvidando el Dios único invocaban los innumerables dioses del paganismo; se convocaba al universo a visitar una naturaleza nueva y desconocida y se vestía la poesía de colores extranjeros a nuestro suelo; se echaban los cimientos de una sociedad nueva y original y la poesía no cesaba de hacer de nuestra revolución una glosa de las repúblicas de Grecia y Roma; se desplomaban las tradiciones de forma social y política, de pensamiento, de estilo, que nos habían legado los españoles y los poetas mantenían como reliquias sagradas las tradiciones literarias de una poesía que había sido la expresión de la sociedad que caía bajo nuestros golpes; la libertad era la palabra de orden en todo, menos en las formas del idioma y del arte; la democracia en las leyes, la aristocracia en las letras; independientes en política, colonos en literatura”.

De estos precisos caracteres de la revolución, se servía Alberdi para acusar de limitadas y superficiales tales manifestaciones de arte a que aludía el jurado del Certamen, agregando que “había derecho para exigirles que no se manifestasen inferiores a ningún espíritu de su época, en la inteligencia de los destinos de la revolución; que alzarán sus cantos hasta la altura en que campeaban las ideas de Moreno y Larrea, y comprendiendo cuanto habían comprendido los revolucionarios de 1810, dejasen de pertenecer a un arte clásico, pagano, materialista, extranjero y diesen a sus armonías la expresión de las nuevas necesidades sociales que eran tan conocidas entonces por todos los altos espíritus, como lo son en el día”.

En apoyo de su punto de vista, citaba a Moreno como lo haría más tarde en la "Crónica Dramática de la Revolución de Mayo".

"Es preciso —decía el doctor Moreno en la mañana del 25 de Mayo de 1810— es preciso emprender un nuevo camino en que, lejos de hallarse alguna senda, será necesario practicarla por entre los obstáculos que el despotismo, la venalidad y las preocupaciones han amontonado por siglos ante los progresos de la felicidad de este continente".

Tales debían ser los rasgos del arte literario bajo la tiranía, para ser expresión de los ideales de Mayo.

5

ALBERDI no puede menospreciar esta ocasión del año 41 de un certamen literario, para exhibir con tristeza el cuadro del pasado "La melancolía —dijo allí mismo— (pág. 58), es hija de las grandes y desesperantes verdades que resaltan de la contemplación de los destinos humanos. Esas verdades no han sido advertidas ayer entre nosotros; lo fueron desde 1810 por Paso, y Moreno, quien especialmente se hizo de los destinos de la Revolución y de estos países, la idea más alta y general que se haya formado en estos días de generalización audaz e ilimitada. Y si los grandes infortunios de la patria han sido otra fuente de melancolía para el artista, a ninguno de los días de nuestra revolución han faltado motivos de profunda tristeza. Siete meses después del primer 25 de Mayo, el primogénito de ese Mayo, parecería triste y desesperado, en mitad de su destierro diplomático. Pocos meses después rodaban proscriptos y abatidos los primeros campeones de 1810; y más tarde los vimos desaparecer uno por uno en la indigencia y el olvido. ¿Qué revelaban estos tristes destinos personales? La existencia de causas aciagas que más tarde debían devorar poblaciones y listas numerosas de hombres famosos. Esto se dejaba ver desde los primeros pasos de la Revolución y ponía abatimiento a todos los profundos espíritus"...

6

SIN duda, Alberdi no se propuso con estas expresiones críticas, sentar una afirmación sin excepciones. En el orden general de los poetas señalados por su producción como tales, la verdad era indiscu-

tible. Pero nos toca a los que somos en mayor o en menor grado los exégetas de su pensamiento, salvar las pequeñas omisiones, carentes de intención, propias de la polémica de un día para otro.

La revolución de Mayo tuvo en un canto poético la expresión sintética de su programa: un nuevo orden jurídico para el pueblo, con la abolición de los privilegios jerárquicos; una nueva personalidad soberana y autónoma de la nación y una identificación de ésta con sus habitantes, y una idea de fraternidad y de solidaridad con la América levantada en guerra de emancipación contra España.

Es así la "Marcha patriótica", que es nuestro himno nacional, en los versos de Vicente López. Es el canto programático de la revolución.

La revolución se propone alcanzar para los pueblos la libertad y la igualdad. Y el verso del himno lo proclama:

*"Oid, mortales, el grito sagrado
¡Libertad!
Oid el ruido de rotas cadenas
Ved en trono a la noble igualdad".*

La personalidad del pueblo emancipado, aparece como una nación y sus habitantes son, por primera vez, argentinos:

*"Se levanta a la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa nación".*

*"A vosotros, se atreve, argentinos
El orgullo del vil invasor" . . .*

*"El valiente argentino, a las armas,
Corre ardiendo con brío y valor".*

*"San José, San Lorenzo, Suipacha,
Ambas Piedras, Salta y Tucumán,
La Colonia y las mismas murallas
Del tirano en la Banda Oriental,
Son letreros eternos que dicen:
Aquí el brazo argentino triunfó" . . .*

*“La victoria al guerrero argentino
Con sus alas brillantes cubrió
Y azorado a su vista el tirano
Con infamia a la fuga se dió”.*

*“Sus banderas, sus armas, se rinden
Por trofeos a la libertad
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
Trono digno a su gran majestad”.*

Y América aparece en el canto ensangrentada, gloriosa y vencedora:

*“¿No los veis sobre Méjico y Quito
Arrojarse con saña tenaz?
¿Y cual lloran bañados en sangre,
Potosí, Cochabamba y La Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
Luto y llantos y muerte esparcir?”*

*“Desde un polo hasta el otro resuena
De la fama el sonoro clarín
Y de América el nombre enseñando
Les repite, mortales, oid:
Ya su trono dignísimo abrieron
Las Provincias Unidas del Sud
Y los libres del mundo responden
Al gran pueblo argentino, ¡salud!*

7

LEJOS de los días de oro de la época de Rivadavia; lejos de la cátedra de Agüero y Lafinur, lejos de la vida social donde él ganaba adeptos para su valse o su minué o encontraba adherentes para su método de aprender el piano con la mayor facilidad, los días de la patria se oscurecieron en todo el país. La contra-revolución se había puesto en marcha y apareció en toda su magnitud con la abdicación moral de la Sala de Representantes, el silencio humillado de los pue-

blos de la metrópoli y provincias interiores, la afirmación sobre sillares de fuerza y de terror, de la tiranía.

El cintillo federal sustituyó a la escarapela de los días de Mayo; los héroes civiles y militares de las grandes jornadas por la independencia americana y la libertad popular, eran seres errantes en la indiferencia o el destierro; la juventud argentina, destinada a ser el cuadro originario de la "nueva generación", trasponía las fronteras hacia Chile o Bolivia o encontraba asilo en el Uruguay o emprendía viajes hacia tierras más lejanas.

Las sombras se hacían cada vez más densas.

El tirano favorecía las fiestas en sus circos de barrio y la sociedad restauradora aumentaba el acopio para sus tablas de sangre.

La mano del terror ahogaba el grito de protesta o de dolor en las gargantas, pero en cambio cundía con altanería de consigna del poder público el pregón fatídico: "¡Viva la Santa Federación!" hasta repercutir en los más extremos límites de la República. En San Juan y Mendoza, después de Angaco y Rodeo del Medio; en Catamarca, después de Cuba; en Tucumán y Salta, después de Famaillá y Metán; en Jujuy hasta Tupiza, después de la muerte de Lavalle; en la Mesopotamia después de Pago Largo, como en el Centro después de Quebracho Herrado.

8

EN la atmósfera social que presagiaba este porvenir de pavor y de pesadilla, la joven generación asumió su papel histórico.

Ya era la Asociación; ya era la tertulia clandestina en la librería de Sastre; ya era el panfleto anónimo o la carta para ser comunicada sólo a los adeptos distantes.

La joven generación en defensa de Mayo conspiraba y siguiendo los pasos de la conspiración, la patrulla de la Mazorca, interrumpía los conciliábulos: "¡Viva la Santa Federación! ¡Mueran los salvajes unitarios!"

Era la Restauración del antiguo estado de cosas en el Plata contra la Revolución de Mayo.

Alberdi pensó que para obtener un buen sistema revolucionario, se necesitaba un buen sistema de opiniones. El programa vendría en el Dogma, pero era preciso que la supervivencia de Mayo, cuerpo y alma, hiciera visible su presencia y oída su palabra.

Con sus amigos de siempre, pocos y buenos, concibió el periódico "La Moda". ¡Inocente empresa! ¡Pueril empresa! ¡Anacrónica empresa! ¡Gacetín semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres!

Alguien habría dicho: ¡como para música y poesía están los tiempos!

Y como era preciso vivir para poder filosofar, aún tratándose de modas, música y poesía, el periódico entró por la puerta estrecha del orden policial. Llevaba en su primera página, la invocación de estilo: ¡Viva la Federación!

9

“ALBERDI ya está con la tiranía. ¿No ven que ha sacado con sus amigos un periódico de Modas, que empieza hablando de los vestidos para hombres, de las modas francesas, de las modas porteñas, del corte de las levitas y pantalones y no ven que también su periódico proclama la consigna de la tiranía: ¡Viva la Federación!?”

El periódico tenía en verdad estas apariencias, en su contenido general. Pero, allí, entre las líneas que se proponían estudiar los peinados y los colores de los géneros, enunciaba que el gacetín contendría “una idea suscita del valor específico y social de toda producción inteligente que apareciese en nuestro país”. “Nociones de literatura, claras y breves, sin metafísica. La literatura no sería para “La Moda” Virgilio y Cicerón; sería un modo de expresión particular, serían las ideas y los intereses sociales”. Hay que arraigar el hábito de leer. Y divulgar nociones simples y sanas de una urbanidad democrática y noble, en el baile, en las visitas, en los espectáculos, en los templos. Y tendría el periódico crónicas pintorescas de paseos, funciones teatrales, bailes, etc.

Veamos a Juan Bautista Alberdi pequeño de estatura, flaco, pálido, enfermizo, inclinado sobre la carilla de papel en su cuarto de redacción, meditando, imprecando, escribiendo, mientras en las calles en sombras el tropel de las patrullas rosistas da noción del estado de las cosas públicas y el pregón federativo o el grito de espanto frente al crimen vecino pone frío en la sangre.

Alberdi escribe. Debe escribir. Su pasión revolucionaria es también un deber. ¿No es un soldado de la causa de Mayo? El gacetín tiene que llenar una misión: Hoy es de moda vestir los muebles. Los géneros escoceses no son ahora de buen gusto. Levita: siempre muy corta, de menos vuelo, botones chicos. Pero también había ya puesto en el "Prospecto" aquellas palabras que tenían su sentido particular y eran como las de un santo y seña para los iniciados: "valor específico y social", "las ideas y los intereses sociales", "nociones simples y sanas de urbanidad democrática".

10

EL primer número de "La Moda" incluía un minué de Figarillo, es decir de Alberdi.

Es posible que el periódico no moviera demasiado la curiosidad política, dada su presentación de tan extraordinaria insensibilidad aparente.

¿Seguiría en el mismo tono?

Sí. Pero el lector de "La Moda" debía moverse de tanto en tanto en el sillón, cuando al leer la crónica de teatros tropezaba con este párrafo: "Una de las condiciones por otra parte de la nacionalidad del teatro, es la nacionalidad de los actores que deben hallarse penetrados del espíritu del pueblo cuyas ideas y pasiones están destinados a expresar sobre las tablas"; o bien con aquella presentación de Massini, bajo el título de "Novedad inteligente":

"Massini, coloso de 30 años, jefe de la joven Europa, odio mortal de los Reyes, cuyas páginas son llamas sagradas y cuyo espíritu es un soplo de vida, se ha hecho el objeto del anatema de los déspotas del viejo mundo, porque ha cometido el crimen de pedir por forma gubernamental de la Europa venidera, la república representativa que hoy gobierna el mundo de Colón. Hoy está en Malta en relación con todo el mundo republicano; su vida que es la actividad misma es de la humanidad; varios centinelas la guardan cuando duerme, de las perfidias de la tiranía. Apóstol de la República Europea, debe contar con la simpatía de la República Americana. Su cuna es de la Italia, su genio es del Mundo; su tumba será probablemente del pueblo más libre que le preste asilo, esto es si no la obtiene de la libertad o de la tiranía de su patria".

O bien esta recomendación de leer a Larra: Los que deseen ver una muestra útil de una literatura socialista y progresiva, lean a Larra... (número 2).

11

EL gacetín ha de aprovechar un articulillo sobre "Modas para señoras" para hacer lo que llama "una declaración de los principios que deben reglar nuestros juicios en punto a modas, para evitar de un golpe toda controversia".

¿Y por qué tanta filosofía y tanta meditación sobre las modas?, se diría el lector, como hoy podríamos preguntar nosotros.

Pues por esto, escrito en 2 de Diciembre de 1837:

"La moda participa entre nosotros de la indecisión que afecta todas nuestras cosas sociales. No tenemos modas dominantes, como no tenemos ideas, ni costumbres dominantes. Entretanto es menester caminar a la homogeneidad; y como para llegar a un punto común, es indispensable partir también de un punto común, bueno es entenderse sobre este punto común de arranque. El faro digámoslo así, sobre el cual deben clavar sus ojos, para escapar al caos de antítesis que nos envuelve, la legislación, la moralidad, la educación, la ciencia, el arte lo mismo que la moda, es la democracia".

Al llegar a este punto, el lector que esperaba, con desconcierto, llegar a las modas de señoras, se veía, de golpe, sobre la palabra nefanda. Y doblaría el gacetín para guardarlo o cerraría la ventana para que el pregón de la patrulla no le recordara la hora en que vivía.

No terminaba ahí la "moda de señoras". Decía, en seguida:

"Partiendo de este grande hecho americano y propenso a volverse humanitario, M. Tocqueville ha conseguido dar una cuenta fiel de todos los fenómenos sociales que presentan los Estados Unidos de Norte América; porque en efecto todo parte allí de la igualdad y propende a la igualdad de clases. La democracia resalta allí tanto en los vestidos y en las maneras como en la constitución política de los estados. Colocados en idéntica ruta, nosotros debemos observar las propias leyes. De modo que una moda como una costumbre, como una institución cualquiera será para nosotros tanto más bella, cuanto más democrática sea en su esencia, es decir, cuanto más sobria, más simple, más modesta fuera, cuanto menos se habrá armado de una pompa insultante a la honrada medianía del común de los ciudadanos". Seguirá después la descripción del peinado de la Duquesa de Orleans, pa-

ra elogiarlo por su sencillez, sin una peineta, ni una cinta, ni una flor. (número 3).

Pertenece a "Figarillo", es decir, a Alberdi, el artículo de costumbres donde en medio de un largo comentario deja caer su apología del ridículo al proclamar que es necesario idealizar lo ridículo lo mismo que lo perfecto para alejarse de lo uno y acercarse a lo otro.

Alberdi prepara el camino de sus crónicas, diciendo que no había porqué enojarse. "Ningún pueblo más civilizado que el pueblo inglés y en ningún país del mundo se forjan más caricaturas, más sátiras, más sarcasmos contra los ingleses que en Inglaterra misma; porque a pesar de ser el pueblo más ilustrado es también el pueblo más lleno de ridiculeses. Sin embargo aunque en Inglaterra como en todas partes hay zonzos, nunca ha habido uno tan zongo que creyese que estas burlas degradan la altura británica" (número 4).

12

UNA vez, sintió Alberdi la necesidad de explicar en "La Moda" su nombre de Figarillo y su plan periodístico. El es obra de Fígaro y se llama Figarillo. No se ocupa sino de frivolidades, de cosas que a nadie le van ni le vienen, como son las modas, los estilos, los usos, una que otra vez las ideas, las letras, las costumbres y así, cosas todas de que los espíritus serios no deben hacer caso. En este artículo referirá lo que respecto a este país oyera de un comentarista inglés:

"Lo revelo aquí en confianza —dice Figarillo— en el círculo oscuro de los lectores de este papelín que el inglés no leerá en su vida: En este país, exceptuando una que otra familia que por *no haber entrado en la revolución* conserva las costumbres puras de España, todo el resto se divide en tres clases de canalla" . . . Lo miré a la cara, medio se burló y me dijo: "pues . . . esta es mi opinión . . . yo no sé". De ahí infiere Figarillo que lo que conviene es mantener lo español, como la familia que por no haber entrado en la revolución, no forma parte de la canalla.

Pasa entonces a explicar su plan, en términos impregnados de esa agudeza epigramática que le era propia, que superaba, en muchas ocasiones a la del mismo Larra y puso fuera de juicio, en sus polémicas, más de una vez a Sarmiento:

"He explicado mi nombre: voy a explicar mi plan que poco tiene que explicar a la verdad. Soy hijo de español y ya se sabe que todo

hijo de español no debe hacer toda su vida sino lo mismo que hizo su padre; no debe ser más que una imitación, una copia, una tradición de su padre, es decir, siempre imitación, siempre copia, siempre rutina, como verbigracia, nuestra patria, de su madre patria. ¿Qué ha hecho, ahora bien, mi padre, durante su corta pero aprovechada y provechosa vida? Alabar a sus abuelos, recomendar sus tradiciones, respetar lo que el tiempo ha respetado; pues tal será mi constante afán: alabar, aprobarlo todo, como buen hijo de español, y en especial lo que traiga origen peninsular, porque en virtud de la índole ibérica, el mejor hijo es aquel que no sólo imita al padre sino también al abuelo, al bisabuelo y así de generación en generación hasta nuestro primer padre Adán, exclusivo, por haber caído él de puro innovador y experimentador, por lo cual los españoles y descendientes siempre hemos tenido horror al árbol de la ciencia, de que no seremos nosotros, a buen seguro, los que volveremos a comer el fruto. Pienso no dejar mi nombre ni mi plan mientras viva y dejaría de ser hijo de Fígaro si así no lo hiciera. A bien que, corta será mi vida para alabar todo lo que tengo que alabar en esta tierra llena de recuerdos y de legados de nuestras pasadas generaciones, que Dios perdone" (número 5).

13

EN su Boletín Cómico sobre "El brace" (número 10) dirá que el brace "como las sociedades y las cadenas humanas es hijo de la debilidad"; dirá su crítica a la justicia (número 12), cuando doña Rita se queja porque el juez amigo no ha fallado en su favor. Muy notablemente en "Predicar en desiertos" (número 17) cuando habla de la juventud: "Estimular la juventud al pensamiento, al patriotismo, al desprendimiento, es predicar en desiertos. La noble juventud se hace sorda y corriendo afanosa tras los deleites frívolos, por encima de un hombro desdeñoso, envía una mirada de tibieza sobre las lágrimas de la Patria". O cuando ocupa el púlpito, en calidad de predicador, para lanzar su apóstrofe:

"Bienaventurados los pobres de espíritu y más bienaventurados los faltos de espíritu y más bienaventurados todavía los brutos, los cuadrúpedos, que no tienen que escribir papeles públicos, ni memoriales, ni libros, porque de ellos es el reino de la tierra, y no del cielo, que no es para los brutos, ni les importa eso tampoco, ni quieren el cielo ni se acuerdan de eso para nada, porque de ellos es la tranquili-

dad de la tierra y los frutos de la tierra y las gangas y las alegrías de la tierra; con más la amistad de los tenderos, el amor de las mujeres y la consideración de los viejos. En no andando el palo listo y en andando listo el buche, el bienaventurado contento. A nada más aspira, porque nada más conoce”.

.....
“Malditos sean, condenados sean, molidos, amasados y fritos sean los hombres de espíritu porque de ellos son las pillerías y los embrollos, y las maldades y las culpas de las desgracias de la tierra. En no pudiendo escribir, ya están inquietos; en no viendo leer ya no saben que hacer; leer y escribir es todo su furor, y a leer y escribir quieren someter al mundo”.

.....
“Bienaventurados los faltos de espíritu porque de ellos es el reino de la mofa y de la sátira. Yo os amonesto a habitar eternamente estos reinos favorecidos, y favorables a los tiranos” (número 21).

14

LOS días de “La Moda” están contados. En el penúltimo número (22), se lee el artículo titulado el “Trece de Abril” dedicado a la evocación del Viernes Santo, a la muerte de Jesús. Aparecen Jesús y Rosas, en un parangón sarcástico que sin duda colmaría las iras de los redactores de la “Gaceta” del tirano.

“Ayer, 13 de abril, se han cumplido 1805 años en que humeó en Jerusalem la sangre que debía fecundar de nuevo los cielos y la tierra”. Después, venía la apología de Cristo. Y después el ditirambo a Rosas, en estos términos:

“También ayer se han cumplido tres años memorables para nuestra patria, tres años desde el día en que el pueblo de Buenos Aires, acosado de tantos padecimientos inmerecidos, se arrojó, él mismo, en los brazos del hombre poderoso que tan dignamente le ha conducido hasta este día. Que los detractores del poder actual se expresen a sus anchas, en el sentido que les dicte su egoísta encono, nosotros no podremos olvidar jamás que no somos testigos de un acto sólo dirigido a estorbar el desarrollo de los sagrados principios de nuestra regeneración social. Un hecho sólo sobre mil, pudiera a este respecto formar su mejor apología; y es el admirable progreso inteligente operado en la juventud durante el período de su mando. En los tiernos anales

de la inteligencia argentina, no se encuentra un movimiento inteligente más rápido y fecundo que el que ha visto nacer en su seno el período federativo. Jurisprudencia, ciencia moral, filosofía, ciencias religiosas, literatura, historia, todo ha sido removido y levantado a la altura de la Europa del siglo 19. Más adelante todo esto será sucesivamente puesto a la vista de todos, con arreglo a la capacidad de nuestras páginas. Las luces pues no tienen sino motivos de gratitud, respecto de un poder que no ha restringido la importación de libros, que no ha sofocado la prensa, que no ha mutilado las bibliotecas, que no ha invertido la instrucción pública, que no ha levantado censura periodística ni universitaria. Las luces no tienen más enemigos que los restos consuetudinales del antiguo régimen, cuya demolición no es de la misión oficial, sino exclusivamente de la prensa literaria y moralista. Las costumbres no deben ser reformadas sino por las costumbres mismas, ha dicho Montesquieu y nosotros, escritores de costumbres, nos hemos puesto a realizarlo, merced a la ilustrada y noble tolerancia de un gobierno que tenemos la honra de saludar en el tercer aniversario de su feliz establecimiento”.

“Noble tolerancia” del gobierno es lo que permite vivir a “La Moda”. Es la verdad.

NO se puede someter a juicio este comentario fuera de la índole del periódico y de las realidades del ambiente. De ello surge con nitidez la intención satírica del ditirambo que Figarillo, es decir Alberdi, se encargará de reducir a sus bien acertadas dimensiones, cuando, en el número siguiente, escribiendo sobre los escritores nuevos y los escritos viejos, allí, en el diálogo cáustico ha de hablarnos de estas proposiciones: “el derecho es la vida”, “el juri es la libertad”, “la literatura es la expresión de la sociedad”, “la emancipación de la mujer es la primera condición de la nueva sociabilidad”.

Oye la réplica del lector a sus comentarios, que le dice: “No se canse usted señor, aquí no entendemos ni queremos entender esos modos de hablar vagos y absurdos. Estamos acostumbrados a las verdades sólidas y gruesas que se dejan agarrar a dos manos. Todas esas verdades francesas son puro vapor, humo no más, ruido de voces, armonías aéreas, pero sin sentido, que nos entran por un oído y nos salen por el otro. Nos gusta el modo de expresión material y espeso del

país de la materia, del país del pan y del vino, o más bien del país pan, pan, vino, vino. Sáquenlos Vd. de aquí y ya nos tiene a oscuras. Llame Vd. libertad a la libertad y le entenderemos, porque, ¿quién no sabe que la libertad es el poder salir a pasear, de comer, de dormir, de ir al teatro, al mercado, al baile, a misa? Pero no diga usted que la libertad es la vida, porque eso es disparate. ¿Qué tiene que ver Chana con Juana? ¿No se puede vivir sin libertad? ¿La libertad es pan, grasa, carne, algún artículo de primera necesidad? Ahora, si la libertad es otra cosa, nosotros no lo sabemos; si no es cosa de comer y beber, ya es otra cosa. Aquí no entendemos ni queremos entender sino lo que se come y bebe. Todo lo demás son teorías, especulaciones, vapores, sueños de visionarios, locos y niños”.

Era la réplica del ambiente conformado a la sumisión. Era la realidad social. La especulación de Figarillo, echaba por tierra lo explícito y lo implícito en favor de Rosas del artículo anterior de “La Moda”.

Pero no termina aquí la anatomía de sus contemporáneos:

“Escriba usted, pues, como nos han enseñado nuestros antepasados, como se ha escrito toda la vida en nuestro país. A qué es meterse ahora con novedades, para enmendarlo todo, para que no podamos entendernos y se vuelva nuestra tierra una Babilonia. No, señor, más vale lo malo conocido que lo bueno a conocer. Evite Vd. no más cuidando las palabras que pudieran ser mal tomadas. Así, aun cuando Vd. hable de calandrias, no nombre pluma porque lo pueden tomar por mal lado; no diga Vd. coquetería porque ya han de creer que habla Vd. de nuestras damas; no diga Vd. mala fé porque han de creer que Vd. ha querido hablar mal de nuestros comerciantes. Porque eso sí, nuestra gente es tan pilla como se le ha dicho ya, que en la menor palabra encuentra diez sentidos, de los cuales nueve son malos sin que se siga que el décimo es bueno. También es tan moral y susceptible que hasta los visos de la inmoralidad la espantan, porque, es claro el que más se escandaliza, es más moral, como sucede en el mundo”.

A lo que Figarillo contesta:

“—Pues, Señor, será lo que Vd. dice. Me propongo entonces abrir en adelante un curso público de lecciones elementales de los nuevos principios, redactados con una claridad que no dejará que desear. El sábado que viene se abre la cátedra”. (número 23).

Llegó el sábado y llegó el otro sábado, y pasó el otro sábado.
No se abrió la cátedra.

“La Moda” había desaparecido para siempre.

Pero se siguió oyendo en todo el país, cada vez más pavoroso, el pregón siniestro: “¡Viva la Santa Federación!”.

16

¿POR qué profesamos tanta admiración a Alberdi? ¿Por qué nos atraen sus escritos?

Porque somos, como él, los hombres de este tiempo, militantes en las ideas generales de su política; porque sus escritos plantean, a pesar del tiempo, nuestros mismos problemas sociales contemporáneos en su sentido democrático; porque todavía Alberdi es nuestro intérprete; porque como él, las generaciones de hoy, combaten por los ideales, cada día más vastos, de la revolución que dió nacimiento a la patria.

17

LA última página de “La Moda” no fué, por supuesto, su última página por la libertad humana ni su última admonición a la tiranía.

Abandonó Buenos Aires, forzado por los acontecimientos. El aire federal, era para él, como para todos los hombres pensadores de su tiempo, irrespirable.

En Montevideo, su acción será múltiple; en la prensa revolucionaria, por el panfleto, por la proclama, en la conspiración. Estará presente en “El Iniciador” y otros periódicos de la misma estirpe. El será en cierta medida, un comisario político de los primeros ejércitos de Lavalle, como lo fuera antes Monteagudo al lado de San Martín o más tarde Sarmiento al lado del Urquiza de Caseros.

Su empeño inmediato se unió a todos los hombres aplicados al mismo objetivo: organizar a los que aspiraban, como condición primera para retomar el itinerario de Mayo, vencer la contra-revolución rosista, derribar al tirano.

Habían fracasado las campañas militares esporádicas y no le conmovían las derrotas de Lavalle ni el fracaso de la escuadra francesa. Lo diría con prosa impregnada de énfasis, en su escrito dirigido “a

33

los argentinos”, en 10 de Enero de 1841. (“Obras”, Tomo II, pág. 131).

¿Estos contrastes significan la pérdida de la revolución contra Rosas? “¿Concluiremos de aquí que la revolución está perdida y que debemos proclamar vencedor a Rosas?”

Se levanta entonces su pensamiento sobre el desfallecimiento de sus partidarios y habla al pueblo con el sentido profundo del analista.

No!

“He aquí —dirá— una de las preocupaciones derivadas del sistema absurdo que ha visto encarnada la revolución en el ejército del General Lavalle; concepción por la cual debían expirar la libertad y la patria allí donde acabase el ejército. Por fortuna esta doctrina desesperante no es exacta y se pueden perder muchos ejércitos sin que la revolución se pierda con ellos. El Desaguadero, Vilcapugio, Ayohuma, Sipesipe, Cancha Rayada, Moquegua, son sepulcros donde yacen ejércitos americanos, pero la revolución no se ha sepultado en ellos”.

“No: nosotros no creeremos que sea preciso poner una piedra sepulcral en el “Quebrachito”, para ocultar a los ojos de los vivos una revolución que cuenta treinta años de triunfo, que está destinada a vivir siglos, que comprende un mundo, que reside en el pueblo y descansa en la justicia. El 28 de Noviembre no cerrará esa cadena de brillantes días a que da principio el 25 de Mayo. Lo contrario solo será cierto para esos que habían trazado un círculo de veinte pies de diámetro y dijeron “aquí está la revolución, aquí la libertad y la patria; fuera de aquí sólo hay corrupción y tiranía”. No. La revolución argentina no es el ejército de Lavalle y la escuadra francesa. La escuadra y el ejército eran dos medios de la revolución, no la revolución misma. Y tan cierto es esto que ella acaba de perder estos dos medios y ella misma no se ha perdido”.

Los medios que existen todavía son inmensos, pero hay que darles organización.

18

QUÉ falta?

Él da la respuesta. No faltan medios. Falta un buen sistema revolucionario.

¿Cuáles son los obstáculos?

34

No son las bayonetas de Rosas, son nuestras preocupaciones, nuestra equivocada manera de ver los hombres y las cosas y la necesidad primordial de producir un cambio en los espíritus.

Por eso escribió estas palabras definidoras:

“¿Qué necesitamos para obtener un buen sistema revolucionario? Un buen sistema de opiniones: porque siendo la acción la traducción de las ideas, los hechos van bien cuando las ideas caminan bien;

“Necesitamos, pues, hacer un cambio de las actuales ideas revolucionarias, por otras ideas más exactas; sustituir los hechos a las preocupaciones y sacudir aberraciones, arrojar fantasmas, mirar con menos vanidad y arrogancia las cosas, y tener el coraje de familiarizarnos con la realidad que no gusta: esto es la política, lo demás es novela;

“La política no escoje y la política revolucionaria, especialmente, lo abraza todo y todo lo organiza;

“Apartarnos de más en más del sistema personal y pandillero de Rosas; no aplicarle a nadie, ni a los ángeles del cielo;

“Colocar los principios, la libertad, la patria, arriba del General tal y del Doctor tal;

“Volcar los altares en que se queman inciensos por personas y no arrojar perfumes sino a las aras de la civilización;

“Si el general tal es inepto y compromete la gran revolución, abajo el general inepto y viva la gran revolución; los pueblos no están destinados para los generales, sino para la libertad y para el bien;

“Ver las cosas y los hombres de otro modo que los hemos visto hasta aquí;

“No dividir el suelo de la revolución, como un tablero de damas, en miserables casillas;

“No figurarse que la revolución es una cruzada religiosa destinada a libertar un santo sepulcro, en la cual sólo debían entrar los hombres sin reproche;

“No cometer la impertinencia, finalmente, de exigir dos revoluciones a la misma generación porque la vida del hombre es corta para dar a luz una revolución de independencia y otra revolución de libertad”.

ALBERDI entra en polémica con los errores y prejuicios que le circundan, que dividen y malogran los esfuerzos, que crean la lucha de personalismos, como lo puso en evidencia en lo que él llamó “peti pieza cómica”, “El Gigante Amapolas y sus formidables enemigos” (“Obras”, tomo II, pág. 107). Entonces, organiza su refutación diciéndoles a aquellos que tienen una estimación equivocada del sentido de la revolución por la libertad:

“Los argentinos que tengan delicadeza, no pueden vacilar sobre el partido que están llamados a abrazar en lo futuro. Es entrar en el camino de la depravación el concebir siquiera la idea de familiarizarnos con el orden actual de Buenos Aires.”

“Es un sofisma ignominioso y cruel el suponer que este orden de cosas haya dejado de existir porque ya no se hagan estragos nuevos y el sosiego deba reemplazar en adelante a las pasadas medidas del terror; los consumados hasta aquí tienen un carácter de permanencia tal, que mientras no se deroguen por medidas ulteriores de amnistía, de que Rosas es incapaz, seguirán haciendo de la sociedad un caos perpetuo de escándalo y de iniquidad; tales son las enormes confiscaciones de propiedades hechas hasta ahora, en virtud de las cuales una mitad del país vive hoy y seguirá viviendo en la miseria, mientras subsista Rosas, no por actos nuevos de violencia, sino por los consumados antes de ahora; poco importa pues que no se hagan nuevos robos o nuevas muertes; ¿y los robos y las muertes hechas hasta aquí?, ¿quedarán convertidos en actos legítimos?, ¿y los asesinatos en castigos legales, los asesinos en hombres de bien, los despojos en propiedades consagradas y los ladrones en legítimos dueños?”

“Así es como la revolución se halla entrañada en el orden mismo que subsiste en Buenos Aires. Está, no en los soldados, —dice— ni en los grupos sublevados contra la tiranía, sino en las grandes y profundas necesidades de un cambio social y político que harán brotar soldados de todas partes y bajo la mano misma del tirano, el día que aparezca la ocasión y manos hábiles que sepan fecundarlas. He aquí la fuente inagotable de esperanzas y consuelos fundados para los amigos de la civilización y que no debían abandonarlos aún en los momentos en que aparezca más sombrío el horizonte del porvenir”.

EL análisis de la situación general y de los medios al alcance del pueblo como de la adopción de su sistema de ideas sobre la revolución, cumple todas sus esperanzas y les dice a los timoratos que los elementos de la revolución “son tan grandes y numerosos en el momento en que estamos, que sólo piden un regular sistema de dirección para sublevarse, en un poder que hará desaparecer como el humo el de esa tiranía afortunada y ridícula que sólo vive de nuestras candideces y mezquinas credulidades”.

De estos pensamientos nació la teatralización cómica de la tiranía y de las luchas contra el tirano.

“El Gigante Amapolas”, tiene —conforme a la descripción que hace el autor de la obra— tres varas; está armado de un puñal de hoja de lata de dimensión enorme, bañado en sangre. A su lado, un soldado de centinela.

El centinela se lamenta de su condición de soldado; monologa sobre el poder del gigante: somos cuatro gatos, estamos maniatados, tenemos a la cabeza un héroe de paja. Los enemigos no necesitan que nadie los derrote. Se derrotan ellos mismos. Puede uno ser un gigante de paja y con sólo estarse quieto vencerlos a cada instante.

Pero llega el tambor. Toca alarma. La mujer del tambor llora el fin que le espera a su marido. La batalla es inminente. Ella con sus propios ojos, ha visto a las fuerzas enemigas. Son numerosas. Son tres divisiones. Tienen tres jefes; el capitán Mosquito, el teniente Guitarra, el mayor Mentirola. Pero no tienen general. Además, cada división tiene su uniforme, su bandera, su escarapela. De modo que —comenta la mujer del tambor— en lugar de ser un solo ejército como ustedes, se puede decir que son tres ejércitos enteros y verdaderos... tan independientes unos de los otros, que muchas veces se han dado de balazos entre sí.

Suenan disparos y se oyen cornetas en dirección del campo enemigo.

Aparecen los soldados del Gigante Amapolas, los pies atados y los brazos atados por los codos. Los manda un oficial y los arenga:

“Los enemigos de vuestras libertades están al frente; dentro de una hora habrán cruzado sus armas serviles con vuestras bayonetas altaneras; envidiosos de vuestra libertad y gloria, vienen a cargaros de cadenas; enseñadles a conocer lo que valen los libres; perecer en

el campo, antes que fiar vuestros brazos gloriosos a la opresión de sus bárbaras cadenas. El gigante os guiará a la victoria... imitad sus fatigas; haced lo que él hace y saldreis vencedores. Permaneced inmóviles como él y triunfareis sin duda por el generoso comedimiento de nuestros adversarios que nunca dan que hacer a sus enemigos. Soldados, ¡viva el glorioso Gigante!”

Las tres divisiones enemigas avanzan. Pero hay que nombrar un jefe. No puede haber tres jefes. Todos están de acuerdo y al procederse a la elección del que ha de ser el jefe, uno de ellos, descontento por no ser objeto de elección, se retira con su tropa y los dos restantes se ponen de acuerdo para ejercer la jefatura ambos, cada uno por una hora. Mas la disputa aparece de nuevo, porque el jefe de turno resuelve que la división del otro ocupe la vanguardia y no es aceptada tal orden erizada de peligros.

La división enemiga que se queda en el campo es arengada por su jefe, pero los soldados se amotinan porque no quieren que les corten la cabeza.

Entonces el jefe de la división resuelve que un soldado, con una caña larga, compruebe si el gigante hace demostraciones agresivas, para descubrir el plan de su defensa. El gigante no se mueve, lo que es considerado malo por el jefe que ordena una retirada precipitada.

Los soldados del gigante ríen a carcajadas y elevan vítores al gigante Amapolas.

Los ejércitos enemigos han de rehacerse. Empezarán de nuevo el avance. Observan desde la distancia las fuerzas del gigante y ven poderosa artillería, infantería numerosa, escuadrones de caballería. Calculan que las fuerzas enemigas son superiores y ordenan contramarcha, otra vez.

Pero la tropa ha acordado y decidido amotinarse y ha confiado la dirección de las operaciones a un sargento, de modo que cuando los jefes de las tres divisiones ordenan retirada, el sargento surge de las filas y se niega a cumplir la orden de contramarcha.

El sargento arenga a sus soldados. No somos vencedores porque no queremos. Por nuestras disparadas locas y cobardes se han arruinado fortunas cuantiosas, se han perdido años preciosos, oportunidades que tal vez no vuelvan, vidas que tenían porvenir, poblaciones enteras de hombres.

Los jefes abandonan sus divisiones y el sargento ordena la carga contra el gigante. El sargento abraza el cuerpo del gigante, lo levanta

ta, lo pone de cabeza y dispersa por el aire sus pedazos.

La tropa tributa homenajes al jefe vencedor que ella misma eligiera. El sargento contiene los entusiasmos.

¡No, señores! Yo no soy grande ni glorioso porque ninguna gloria hay en ser vencedor de gigantes de paja. Yo he tenido el buen sentido del pueblo —dirá el sargento en su arenga— y el valor insignificante de ejecutar una operación que se dejaba comprender de todo el mundo. Si los generales y hombres de estado que nos han dirigido hasta aquí hubieran comprendido lo que comprendía la generalidad más común, hace mucho tiempo que habríamos llegado al término de nuestras fatigas.

Compañeros: la patria ha sido libertada sin que hayan intervenido libertadores; saludad las revoluciones anónimas; ¡ellas son los verdaderos triunfos de la libertad!

LE tocaría a Alberdi ver de cerca gran parte del proceso libertador de la Revolución de Mayo, encadenada por una tiranía de veinte años, pagando así el crimen de haber entregado al pueblo los instrumentos de la libertad, como el dios mitológico, por haber puesto en manos de los hombres el fuego original.

En sus desvelos y meditaciones y combates, el pensador argentino alcanzaría a comprender que el ideal de Mayo siempre necesita custodia perenne y frente a sus relativos triunfos, después de arduas empresas, en cada etapa histórica llegaría a la conciencia que estuvo presente hasta el último día —y que debe estar presente en todos nosotros— de la inmortalidad de la Revolución. Oiría por eso, en el silencio de su infortunio, en sus peregrinaciones de expatriado, en sus abatimientos apostólicos, oiría, para bien de la gloriosa esperanza de sus ideales, la voz esquiliana recordándole las palabras del titán encadenado pero no vencido.

No hay afrenta en que un enemigo padezca bajo el poder de su enemigo —dijo Prometeo a Hermes, amenazante mensajero de Zeus, que llegó hasta la cima caucásica buscando su arrepentimiento.

No.

Que caiga sobre mí la serpiente llameante;

Que el Eter sea sacudido por el estampido del trueno y el huracán de los vientos desatados;

Que la tempestad arranque la tierra desde sus cimientos:
Que la ola del mar con bárbara furia, invada los caminos de
los astros uránicos:

¡Que Zeus arroje mi cuerpo, en irresistible torbellino, a las pro-
fundidades del negro Tártaro!

¡Como quiera, no podría darme la muerte!

MARIO BRAVO



MITOLOGIA ARGENTINA

ALFREDO L. PALACIOS

por

ADOLFO KORN VILLAFANE

~

Los progresos materiales crearon la civilización; los mitos la cultura.

ALEJANDRO KORN

A L F R E D O L. P A L A C I O S



1

LA multitud, con cándida mirada, no percibe en Alfredo L. Palacios los rasgos individualizados de su perfil latino, sino tan sólo la cabellera y el bigote. Millones de argentinos lo identifican por estas dos singularidades, a las cuales atribuyen una virtud de magia, como de un nuevo Sansón. Los que observan, descubren una frente despejada, una nariz visible y recta, una boca varonil y un mentón enérgico. El rostro, de matiz muy claro, no llega a la palidez; y en épocas ostenta un tono bronceado, reflejo de las playas marítimas o de los valles serranos. Pero la clave de su fisonomía son sus ojos renegridos. Muchas mujeres hermosas se miraron en estas pupilas como en un espejo encantado.

De estatura mediana, su exacta proporción corporal lo hace aparecer más alto. Erguido, de pecho vigoroso y de espaldas anchas, es ágil y aplomado al mismo tiempo. Tiene estilo y porte. La gimnasia para decirlo a la manera helénica, lo mantiene en perenne juventud. La arrogancia de los años iniciales, que inspiró tantos dibujos estilizados, todavía la exhibe, un poco agresiva, en los estrados públicos; pero en la intimidad se ha diluído en un gesto de patriarcal sencillez.

La indumentaria de Palacios varía muy poco. Habitualmente usa traje oscuro y corbata de falla negra, atada en lazo geométrico sobre el cuello de la camisa blanca. En invierno, para abrigo, un poncho de vicuña que se ha hecho célebre, liviano como un pañuelo, echado como

bufanda sobre los hombros, con negligencia viril. Ni sobretodo, ni paraguas. En ocasiones, un bastón de guindo. Su chambergo romántico se ha vuelto clásico sin perder su nimbo proletario. El embrujo irresistible de sus alas requintadas sobre los corazones femeninos, seguramente perdura; pero hoy por hoy —y por mañana— este chambergo se ha transfigurado en uno de los pocos símbolos populares que poseemos de la argentinidad. En verano Palacios viste traje blanco, que realza su aspecto autoritario; y sin embargo, al mismo tiempo, acentúa su hálito juvenil. Muchas veces lo he visto trabajar en su biblioteca con un blusón casero de hilo o de lana, según la temperatura —nunca de seda ni de terciopelo—. Lo he visto también, en bombacha de esgrima, diestro en fintas de espada, flexible como un discóbolo, con el pecho desnudo. Pero jamás se exhibe en mangas de camisa.

En efecto; la discreción de Palacios es proverbial; pero no en la acepción corriente, sino a la manera bíblica, como un eco de la sabiduría salomónica. Pocos tienen de la conciencia humana un conocimiento tan preciso y profundo como Palacios. Sus contemplaciones psicológicas —ajenas y propias— vislumbran el horizonte peligroso de los místicos. De haber estudiado medicina, habría podido formular diagnósticos desconcertantes por su lucidez. Pintor, habría sido un retratista. De estas intuiciones, instantáneas como relámpagos, deriva su discreción; quién todo lo comprende —claro está— comprende y calla. Y si estuviéramos en Nueva York, donde tanto se aman las extravagancias, sería el caso de ofrecer públicamente, en apuesta, una gran suma de dinero a quién pudiera referir una sola indiscreción de Palacios. Con todo, este es el mismo hombre que desde su banca parlamentaria o desde la tribuna popular, hace públicas, a todos los que quieran o no quieran oírlo, esas indiscreciones sublimes que salvan a los pueblos de las catástrofes irremediables.

Otra de las virtudes que posee Palacios en grado heroico —como diría un hagiógrafo— es la cortesía. Siempre amable con las damas, con cierta aspereza varonil que las seduce; siempre afable con los varones, con cierta brusquedad cordial que le ha conquistado tantos amigos, tiene la valentía temeraria, de saber contestar con sí y no. Nadie puede alegar que Palacios le ha engañado: su cortesía es inseparable de su sinceridad. Ni promesas falaces, ni palabras desleales. Pero algunas veces, con algunas gentes, Palacios calla. Su silencio —según ellas— tiene algo de aterrador.

Ha llegado Palacios a un grado de autodisciplina tan alto, que se puede hablar, en su referencia, de una vida ejemplar. De su auto-

disciplina, que ordena todos los actos de su vida, deriva su indiscutida capacidad de mando, ese don, casi milagroso, que lo distingue, de coordinar opiniones e intereses divergentes, haciéndolos coincidir en una acción unificada, que su mano poderosa, exornada con un joyel, regula con prudencia, acelerándola o moderándola con la genial visión del político por antonomasia. Dice un retruécano católico: el que manda ha de ser prudente; y si tiene virtud, mejor. Palacios reúne ambas condiciones. Su prudencia —para los impacientes— suele ser desconcertante. Todo está perdido —según ellos. Sin embargo, los hechos históricos, una vez acontecidos, invariablemente justifican dicha prudencia. Otras veces, Palacios desconcierta a los tímidos por la audacia de su estrategia de avance. Todo está perdido, aseguran. Pero luego, el éxito sanciona y legitima la temida intrepidez, la prudente intrepidez de Palacios.

Muchas veces he oído elogiar la extraordinaria paciencia del autor de la *Universidad Nueva*. Por mi parte carezco de certeza al respecto. Más exacto sería, me parece, que habláramos de su perseverancia. Esta virtud la posee, es verdad, en manera prodigiosa. Los ideales azules de su niñez y los sueños dorados de su juventud, viven todavía, con la vehemencia de entonces, en su alma heroica, pero transfigurados en férreas disciplinas de una cosmocontemplación intelectual. La misma sed de justicia que hacía estremecerse en palabras de rebeldía sus rojos labios de adolescente, inspira con fervor las invocaciones que el patricio ilustre dirige a la nueva generación, exhortándola al sacrificio patriótico, timbrada su voz con varonil angustia.

Pero por encima de todas sus demás virtudes, Palacios tuvo y tiene la magnífica altivez de su pobreza, consecuencia de su honradez como político y de su generosidad privada. Ha vivido y vive en la continuidad ininterrumpida del apostolado, en el desinterés absoluto. Voluntariamente, vive en el amor a la pobreza.

Aún en las épocas económicamente más difíciles, con generosidad inquebrantable, invitaba a comer en su casa a los amigos predilectos. El ágape era siempre de una sencillez impresionante. Al sentarse a la mesa, Palacios, literalmente, cortaba el pan en tantos pedazos como comensales había. No faltaba nunca un humilde pero sazonado plato de resistencia. Algunas veces se servía postre. En vajilla de vidrio, sobre mantel immaculado, brillaban el agua y la sal.

La conversación circundaba siempre grandes temas patrióticos, universitarios o de alta cultura. También se comentaban los acontecimientos políticos. Reinaba un ambiente de absoluta libertad mental, en el respeto personal recíproco, dentro de un severo decoro. La des-

treza de Palacios para presidir una reunión de amigos es muy grande, pues ejerce una autoridad continua que se hace efectiva sin que ninguno se aperciba.

Entre amigos, Palacios no rehuye la confidencia, ni calla la anécdota sobre terceros, agudo, ingenioso. Así crea un ambiente. Pero no tolera la maledicencia, ni el relato procaz.

Nunca, que yo recuerde, se sirvió vino en las comidas, ni se convidó con licores. Sólo en una ocasión, para sorpresa de todos, el dueño de casa, en tono festivo, anunció que sería servida una copa de vino selecto.

Esa semana, como siempre, Palacios había sido el salvador de por lo menos diez trabajadores, caídos, por razones diversas, en poder de la policía; y cuyo perdón de sus infracciones lograra. Y uno de ellos, inidentificable, volvió como en la parábola de San Lucas 17, 11, ofrendando en obsequio una botella de vino. Palacios, conmovido con este gesto de gratitud inesperada —y que acaso nunca se haya repetido— relató las circunstancias del milagro; y con inocencia y prodigalidad, llenó personalmente las copas de los comensales.

Cuando llevé la mía a los labios, comprobé que bebía el agua de siempre aunque teñida esta vez con leves reflejos dorados. “¡Este vino es agua!” exclamó de pronto con indignación el dueño de casa. La verdad sea dicha: un niño travieso a quién daba albergue y educación —como ayudaba a tantos otros— había bebido a ocultas gran cantidad del vino, llenando después la botella con agua y disimulando con sutileza la violación del envase. Todos reímos; y Palacios más que cualquiera.

Estas comidas, espiritualmente tan suntuosas, tan alegres, tan cordiales y a ratos hasta humorísticas, merecen evocarse, porque definen el contorno y el temperamento evangélico del dueño de casa. Y ese vino que era tan solamente agua, será siempre, para aquellos que lo probaron, el mejor que bebieron en toda su vida, porque en nuestro recuerdo se ha transfigurado, alegóricamente, como aquel de la boda de Canáa. Y la sal que exornaba aquella mesa, será para quienes la probaron, la de más exquisito sabor que conocerán sus labios; porque, por la simple presencia de aquel taumaturgo —como la sal de la tierra del simbolismo bíblico— sazónaba las almas.

Por mi parte, los azares de una actuación universitaria, hicieron que me tocara en suerte —buena o mala— sentarme a la mesa, en ocasiones, de algunos que se proclamaban ricos y de otros que se jactaban de ser poderosos. En verdad, no lo eran. El rico y el poderoso era este

otro, que sin lacayos ni platería, sin cubiertos de estilo ni manteles de encaje, sabía ofrecer en su mesa, dignificada por el ejemplo de su vida y por su palabra, los manjares de la más elevada y noble espiritualidad.

Hoy mismo —¡veinte años después! . . .— Senador al Congreso y Presidente de la Universidad de La Plata, la aversión de Palacios por el lujo es tan irremediable que no ha introducido cambio ni en el ajuar de su casa, ni en el empaque de su mesa patriarcal. Sin duda, hay como una atenuación amable, apenas perceptible, de la antigua severidad —una fuente de porcelana, una cuchara *georgian*, o alguna copa de cristal— pero perdura con romántica fidelidad la misma austera sencillez de entonces, con el mismo decoro y decorado. Solamente cuando obispos o generales le acompañan en el yantar, por causa de esa delicadeza innata y traslúcida que le distingue en su don de gentes, Palacios ordena que se agreguen copas y les sirve un vino honorable.

Hoy por hoy, el solaz de sentarse a esta mesa, para un hombre joven, equivale a un espaldarazo que le arma caballero. Para cualquiera que sea, es un honor codiciado que Palacios lo invite a concurrir a su casa “a las trece en punto” —pues no le gustan los retrasados— para compartir su pan. Así con todo, esta es la mesa más humilde del país. San Lucas 21, 34: “No suceda que se ofusquen vuestros corazones con la glotonería y embriaguez y los cuidados de esta vida”.

En la cercanía de Plaza Italia, Palacios habita desde hace muchísimos años una antigua casona que le brinda en su amplitud patriarcal un clima de expansión que la casa contemporánea no concede a sus albergados. En la planta baja, una espaciosa sala —biblioteca y *living room*— se ubica hacia la calle, con altos ventanales. En paralelo, con el ancho vestíbulo de por medio, el comedor se orienta al filo de una terraza abierta, la cual, en miniatura —como el lírico huerto *verlainiano*, sellado y prodigioso— remeda un jardín. Sobre la balustrada, en múltiples macetas se alinean geranios de todos los matices, desde el blanco hasta el rosa tímido, desde el morado hasta el rojo audaz. En este ambiente encantador, rústico, pero ingenuamente poético, una inmensa jaula de canarios ofrece una nota bulliciosa y de áureo deslumbramiento. Bullicio maravilloso de trinos y melodías; dorada inquietud de alas que no se detienen sino por un instante, e impiden, veleidosas, que podamos contar el número exacto de los despabilados cantores.

Por encima de la cerca florida, sirviendo de contorno pintoresco a esta jaula musical, un bosque se yergue ante la terraza. En un espacio libre, rodeado de murallas, árboles de cedrón y otros arbustos, entre

enredaderas, alzan en su verdor perenne y perfumado, agresivas sus ramas enmarañadas, con la pretensión de imitar una pequeña selva. Un humilde sendero, breve y sinuoso, apenas transitable por causa del ramaje que lo invade, muere al pie del muro adusto de la casa vecina. La luz del sol alumbra hasta después del mediodía este retazo de naturaleza.

Sobre la terraza, entre flores níveas y escarlatas, a la vera de su parque enclaustrado, escuchando el canto de los rubios pájaros, se recrea el autor de la *Universidad Nueva* en las primeras horas de las mañanas solares. El contacto de la naturaleza lo despeja con eufórica unción. Serenamente levanta la mirada hacia el cielo azul. . . Nadie ha escuchado el murmullo de sus labios; pero, por la expresión de su rostro y por la limpidez de sus pupilas, es lícito inducir que Palacios, de pie en su "jardín magnífico y cerrado", conmovido y humilde, alaba al Creador de la naturaleza y de las almas.

Preveo una objeción. Al grabar los perfiles de Palacios, no se me oculta que una mano audaz pudiera, con intención aviesa, alzar esta medalla del arca de sándalo que la custodia, para presentarla al público de reverso.

El castigo del impertinente sería instantáneo.

Sin duda, ésta medalla tiene su reverso, como la de todos los héroes y aun de todos los santos; pero su cifra y su inscripción sólo realza con un nuevo embrujo —esta vez bien humano, es cierto— la personalidad de nuestro prócer, alegorizando indiscretamente los secretos de su corazón varonil: Salomé, la princesa, imagen milenaria de lo que hoy llamamos "eterno femenino", aparece y danza su baile purpúreo, flotantes y a la vez ceñidos, los velos multicolores del corpiño y del cinturón. Y nada más.

Aconseja la preceptiva poner fin a párrafos o capítulos con la evocación de alguna hazaña o anécdota que realce al héroe del tema y exalte al lector. Así lo haré.

De los mil acontecimientos que merecen ser señalados en la vida de Palacios, vida que es una aventura nunca interrumpida —y me refiero a su apostolado social— sin vacilación me decido a elegir un suceso nimbado de ternura, aunque no le falta el estremecimiento trágico que acompaña invariablemente a los grandes arrebatos espirituales.

En 1894, José Manuel Estrada fué sepultado en Buenos Aires. Entre los oradores que expresaron ante su tumba católica, aureolada de extraño resplandor, la angustia de todos los corazones por la muerte

del santo, se hallaba un niño de catorce años: era Alfredo L. Palacios. ¿ en la alucinación de aquellos momentos pasionales, aquel niño, con sus ojos llorosos y sus cabellos largos, evocó ante aquella multitud directa, en réplica humana, a Jesús disertando ante doctores.

El alma de Estrada gozaba ya de la eterna bienaventuranza; pero inclinada todavía sobre los abismos terrenales, se demoraba, como en un éxtasis, para escuchar los sollozos de su pueblo atribulado. Antes de partir, exhaló una última plegaria, en súplica para aquel adolescente pálido, que se proclamaba —y que era— su Discípulo. Pidióle a Cristo, que sin compasión, lo persiguiera noche y día y cubriéndole con el pendón de su túnica blanca las negras pupilas, enceguciéndole con celestiales luces, le concediera el don de las visiones proféticas.

2

EN treinta volúmenes, dispares como contenido y formato, pero equivalentes como vuelo intelectual, cualquiera puede ostentar en los anaqueles de su biblioteca las páginas que contienen exposiciones habladas y escritas de Alfredo L. Palacios, producidas en casi cuarenta años de actuación y meditación.

De este conjunto, que —dentro de su fisonomía original— no desmerece las recopilaciones patriarcales de un Estrada o de un González, se destacan por gravitación propia dos obras de sistematización que son como el alfa y el omega de toda la serie. Se trata de trabajos doctrinarios que sin perder el contacto ni con la realidad histórica ni con el apostolado patriótico del autor, se elevan a tal altura teórica que pueden ser clasificadas como ensayos filosóficos. Me refiero al *Nuevo Derecho* y a la *Universidad Nueva*.

El *Nuevo Derecho* fué publicado en Buenos Aires en 1920. Con emoción vuelvo a leer mi nombre, citado en una de sus páginas, con intención de estímulo, por el más benévolo de mis maestros. Este libro es el único en nuestro país que dilucida metódicamente una doctrina jurídica y social antagónica, pero en varios sentidos afin con la encíclica *Quædam Novarum*. Pertenece como linaje doctrinario a la escuela de Jean Jaurès, de quien Palacios era, por un imperativo temperamental, un discípulo por generación espontánea, si así puede decirse, mucho tiempo antes de que leyera sus valoraciones filosóficas del marxismo o que escuchara sus conferencias en Buenos Aires.

El *Nuevo Derecho*, escrito con un criterio unilateral, que hoy día Palacios ha superado —como lo comprueba su libro *El Delito de Opinión y la Tradición Argentina (1937)*— no menciona la inmortal encíclica pontificia; pero la lectura del libro demuestra que la tiene presente. El trabajo por mí publicado en 1936, intitulado *El Código de Malinas y la Constitución Nacional*, es una enérgica protesta, formulada con criterio católico, no por cierto contra este libro de mi admirado maestro, sino contra su unilateralidad. Sea como fuere, *El Nuevo Derecho* contiene las bases de una época argentina que supera el ciclo de Caseros, realzando el pensamiento de Echeverría, menos individualista que aquellos de su generación que le sobrevivieron.

Llegará irrevocablemente una hora en que *El Nuevo Derecho* será objeto de críticas tan agresivas como las que en los últimos decenios han pretendido reducir el mérito de las *Bases*. Un nuevo Groussac por ahora en potencia, escribirá una valoración llena de observaciones agudas, poniendo de relieve, acaso con estilo magnífico, las imperfecciones del libro. Pero así como sobrevivieron las *Bases* —y el *Facundo* de Sarmiento y la *Historia de Belgrano* de Mitre— también sobrevivirá *El Nuevo Derecho* —y la *Restauración Nacionalista* de Ricardo Rojas, *La Libertad Creadora* de Alejandro Korn y las *Montañas del Oro* de Leopoldo Lugones— como anuncio y cifra intelectual de un nuevo ciclo histórico.

El tema central que se dilucida en *El Nuevo Derecho*, a saber *si el Estado debe intervenir racionalmente* —pero nunca en grado totalitario— *para tutelar al proletariado con una nueva legislación social* —tema que el libro resuelve afirmativamente, se impone por razón histórica; y todo argentino, sea socialista o católico, está forzado a aceptar esta conclusión en el plano filosófico-jurídico, como una verdad que se halla fuera de toda controversia, en este siglo. Aun el simple planteo de una disidencia parcial con el texto de *El Nuevo Derecho*, por de pronto, conduce a un católico a la solidaridad previa con su argumento esencial: que la *Justicia Social* —ontológicamente definida y reconocida por el Romano Pontífice— *es una realidad jurídica contemporánea*, concepto-eje en que se inspira *El Nuevo Derecho*.

Por de pronto, Palacios, más dichoso que Alberdi, cuya influencia fué exclusivamente doctrinaria, como hombre de acción, al lograr que el Congreso sancionara la ley del descanso dominical, obligó al Estado Argentino a abandonar su intransigencia no intervencionista. Era en

1904; y esta es la fecha inicial del nuevo ciclo que en la historia argentina supera al de Caseros; y cuya clave jurídica es *El Nuevo Derecho*.

En cuanto a *La Universidad Nueva*, publicada en 1925, ensayamos en las notas que acompañan el texto de la segunda edición una apreciación bibliográfica de índole más analítica, a cuya lectura me remito. Baste por ahora afirmar que *La Universidad Nueva* representa la tentativa, magníficamente realizada por el autor, de proyectar y sistematizar en el campo de la alta cultura los mismos principios filosóficos que en estilización técnico-jurídica inspiran *El Nuevo Derecho*. Fiel al método que es la característica de Palacios, este libro mantiene el contacto con los hechos históricos acontecidos y con el apostolado social del autor; y es, en consecuencia, un paradigma de la Reforma Universitaria.

Todos los demás escritos de Palacios que integran con los dos libros individualizados el conjunto de los treinta volúmenes publicados, en realidad están contenidos implícitamente en aquellas dos obras; pero esta afirmación no reduce el mérito que poseen como elaboración más concreta de temas diferenciados.

La valorización individualizada de cada volumen no es posible intentarla en este ensayo, pues exige el espacio de un libro. Solamente en una de ellos, por una circunstancia de alto vuelo anecdótico, me detengo unos instantes. Se intitula *El Delito de Opinión y la Tradición Argentina*.

En el tercer capítulo de este volumen, que reproduce el debate sobre represión del comunismo que tuvo lugar en el Senado de la Nación, figura un párrafo que a continuación transcribo, y cuya sola lectura pone de manifiesto la trascendencia de su alegoría intelectual.

“Para mí, la idea de Justicia es la idea directriz de la sociedad. De ahí el afán misterioso por alcanzar el ideal dentro de los hechos humanos, contingentes y transitorios, en los cuales debe aplicarse el derecho; y que sin duda constituyen el elemento particular, mudable y caduco frente al *elemento unificado*, que es la idea de Justicia”.

En este párrafo la inteligencia de Alfredo L. Palacios, con un razonamiento exacto, en un lenguaje de escolástica certeza, llevado del impulso de su sinceridad, pareciera afirmar la existencia de un *elemento unificado*, que no sería ni contingente, ni transitorio, ni mudable, ni caduco —que se definiría por *contrario sensu* como inmutable y eterno— y que él llama *Justicia*. A esta *Justicia*, como *elemento uni-*

ficado, inmutable y eterna, frente a todas las contingencias terrenales, Santo Tomás seguramente la habría llamado *Dios*.

Así, en 1936, en el recinto del Senado de la República, en la sesión del 28 de diciembre, fecha mística, a semejanza de aquel que cabalgaba hacia Damasco, Palacios tuvo la vislumbre intelectual del Dogma. La sesión según la versión taquigráfica, empezó a las 19.30 horas y terminó a las 20.42. Una hora histórica, a mi juicio. ¿No estaba anunciado, acaso, que los de límpido corazón verán a Dios?

3

ALFREDO L. Palacios nació en la ciudad de Buenos Aires. Huérfano de padre desde la primera edad, la madre, de temperamento heroico, amparó y educó sus hijos con sacrificios cotidianos. Desde muy joven, Alfredo L. Palacios colaboró al sostén del hogar. Entretanto cursaba sus estudios secundarios.

Recibido de bachiller, el despejo de su inteligencia y su gallardía de adolescente, le valió un modesto empleo en la Administración de Impuestos Internos, que le permitió costear sus estudios de abogacía en la Universidad de Buenos Aires, recibéndose con una tesis doctoral titulada *La miseria en la República Argentina* que sintetiza, proféticamente, los treinta volúmenes que escribiera después. Don Ernesto Bosch, que desempeñaba la Secretaría de la Presidencia, con el doctor Evaristo Urriburu, favoreció la ubicación del joven predestinado y merece que hoy le honre el agradecimiento del país.

Entretanto, desde niño, un afán apostólico inspiraba su alma, sobre la cual gravitaba simultáneamente el ejemplo del agresivo liberalismo del padre y el ejemplo de las virtudes católicas de la madre. A los catorce años adhirió a la acción apostólica que antes, en 1892, inició el Padre Grote en concordancia con los preceptos de la *Rerum Novarum*, de reciente publicación y difusión. Sus calidades de orador en ciernes impusieron su personalidad desde el primer momento; tanto que a los pocos meses de actuación fué designado para hacer uso de la palabra, en uno de los Círculos de Obreros Católicos, en un acto público.

En tal ocasión pronunció una alocución fogosa comentando la encíclica *Rerum Novarum*. Entre los asistentes se hallaba el Arzobispo de

Buenos Aires, quien escuchó con estupor las audaces doctrinas sociales de León XIII, pregonadas con vehemencia por los labios elocuentes —pero todavía imberbes— de tan juvenil feligrés. Si se tiene presente que sólo en 1936 el Obispado Argentino ha publicado una Carta Pastoral que pone en vigencia en nuestro país, si así puede decirse, la encíclica de 1891, nadie se extrañará de saber que el señor Arzobispo, antes de retirarse, tal vez escandalizado, previniera al Padre Grote para que aconsejara al apostólico niño prudencia en el vuelo del pensamiento y moderación en el tono de la voz.

Cumplido por el Padre Grote este superior mandato de admonición, planteóle a la conciencia del adolescente católico una crisis espiritual de sinceridad. Optó por vivir en la plenitud de su apostolado social, que consideró —y hoy es el caso de reconocer su acierto— como de iniciación impostergable en el tiempo ilimitable en la integridad de su alcance doctrinario.

Así se perdió para el apostolado social católico esta personalidad, a la cual guiaba la mano de Dios; y por otros caminos, más ásperos y menos luminosos, el titán que se ocultaba en el alma de este niño, llevó a cabo su heroico apostolado de redención proletaria. Ofuscado por la prudencia arzobispal, se alejó del dogma, pero ininterrumpidamente en su largo y penoso camino —*via crucis*, también— le acompañó, como ascua purpúrea, la caridad de Cristo.

En 1901 se incorpora al Partido Socialista; y en 1904 inicia Palacios su actuación política como diputado nacional. Una ley de elecciones por distrito, que hiciera sancionar el entonces Ministro del Interior doctor Joaquín V. González, facilitó este triunfo que desconcertó al Poder Ejecutivo. Ejercía la Presidencia el General Roca. Inmediatamente la ley electoral fué modificada, retomándose la base del sistema anterior. El Ministro González, con perspicacia genial, superando la visión oligárquica, envió al Congreso su célebre proyecto de legislación del trabajo, en sistematización orgánica; pero el Congreso rehuyó la sanción.

La lectura de autores socialistas había armado a Palacios de temibles argumentos dialécticos y una sutil técnica política, congénita, hicieron que ya entonces despertara, aun entre los más decididos adversarios, simpatías personales y admiración intelectual. Como orador parlamentario arrancó aplausos frenéticos al recinto y a la barra.

No fué marxista en el sentido ortodoxo de la palabra. Nunca dejó de sentirse criollo y cristiano. De ahí que la llegada de Jaurés, fuera

para Palacios un acontecimiento de largo alcance, no en el sentido de que influyera sobre su formación mental bien lograda, sino en cuanto quedó científicamente legitimada su interpretación genial —uso el adjetivo en sus dos significados— de la doctrina socialista, al exponer Jaurés, con validez ontológica, nuevos puntos de vista que superaban el marxismo ortodoxo, aunque sin desconocer la significación de Marx.

En los cuatro años del desempeño de su diputación nacional, Palacios no logró, naturalmente, hacer sancionar un sistema de legislación del trabajo. Pero el gran impulso inicial estaba dado: fueron aprobadas por su iniciativa las leyes del descanso hebdomadario, del impuesto progresivo a las sucesiones, de la liberación de patentes, de reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños, etc.

La modificación de la ley de elecciones impidió su reelección.

La reforma electoral de Sáenz Peña, al dar representación en el parlamento a las minorías políticas, llevó nuevamente a la Cámara de Diputados al autor de la ley del descanso dominical, en 1912. De las dos bancas que obtuvo el Partido Socialista la segunda correspondió al doctor Juan B. Justo. La labor fué fecunda en este período. Por iniciativa de Palacios el Congreso sancionó la ley de inspección y vigilancia directa y permanente en los establecimientos industriales y comerciales; la ley para la aplicación del descanso hebdomadario en los territorios nacionales; la ley sobre trata de blancas, que por antonomasia es llamada ley Palacios e incorporada al Código Penal; la ley de amparo a los menores abandonados. . .

Es honroso poder recordar que en los años 1912-14 Palacios pudo contar con el apoyo eficaz de los diputados católicos Arturo M. Bas y Juan F. Cafferata, noble ejemplo de colaboración del socialismo y del catolicismo, labor patriótica digna de alabanza, que ha favorecido al pueblo argentino, sin mengua de la libertad de conciencia de los antagónicos colaboradores. Este ejemplo preclaro debe ser imitado y ampliado en su alcance en el futuro.

Entretanto, un grave conflicto se cernía sobre la vida interna del Partido cuya representación ejercía Palacios en el parlamento. Es sabido que esta agrupación política se organizó sobre la base de severísimos principios, que definían una verdadera ascética socialista. Entre estas normas figura una que prohíbe a los afiliados batirse en duelo.

Palacios, temperamento romántico, invocando el ejemplo de Lassalle se batió por repetidas veces. Un congreso del partido prohibióle

provocar o aceptar un nuevo duelo; y como el amonestado incurriera en nueva infracción, fué expulsado del Partido Socialista en 1915.

Así se escribe la historia. Pero en realidad los acontecimientos relacionados con estas prohibiciones de duelo respondían a las incidencias de una lucha por la orientación del partido, entre Juan B. Justo y Alfredo Palacios. Es sabido que Justo definía el socialismo como ubicado fuera del orbe espiritual cristiano. Según Palacios el socialismo es inseparable de la moral cristiana. Y este fué el verdadero motivo del antagonismo que separaba a los dos *leaders*.

Otra vez, como en los años de su juventud, nuestro héroe debió alejarse del apostolado al cuál había dedicado la sinceridad ardiente de su corazón y las devociones de su inteligencia. Durante quince años, hubo de vivir en el destierro político, en su propio país.

En 1915 realizó una de las más audaces y nobles iniciativas de su vida: la fundación del Partido Socialista Argentino, creación que traduce el genio profético de Palacios. En efecto; hoy en el mundo entero, es un socialismo nacionalista el que mueve las palancas universales. Tal iniciativa no logró prosperar; y el silencio político se hizo en torno de su nombre.

Fué casualmente en aquellos años —aparentemente lúgubres— en que pude tratar fraternalmente a Palacios. La luz interior de su vida brillaba con más intensidad que nunca. Su altivez espiritual alcanzó las alturas religiosas de la humanidad cristiana, solio el más excelso que pueden escalar los hijos de Dios. Místicos impulsos de alegría, le compensaban de su falta de actuación.

Su popularidad, en la plaza pública, con todo, no disminuyó, a pesar de las fluctuaciones de su éxito político; y fué en esta época del destierro político que Palacios afianzó su personalidad universitaria. Su alta labor doctrinaria pertenece a este período. De 1920 es *El Nuevo Derecho*, de 1925 *La Universidad Nueva*.

En 1915 se incorporó como Profesor suplente a la Facultad de Derecho de Buenos Aires. Pocos años después a la de Ciencias Económicas en la misma Universidad. Enseguida fué nombrado Profesor en la Facultad de Derecho de La Plata y al poco tiempo, allí mismo, elegido Decano. Recuerdo con agradecimiento que por su invitación me incorporé, previo concurso, al cuerpo docente de la Facultad. Hasta aquí el lector puede amplificar la órbita de esta línea biográfica con ayuda del libro profético de Antonio Herrero, publicado en 1925 e intitulado *Alfredo L. Palacios*. En 1930 Palacios desempeñaba el cargo de Decano

en la Facultad de Derecho de Buenos Aires. Actualmente ejerce la Presidencia de la Universidad de La Plata. Tan brillante carrera universitaria no tiene ejemplo anterior en nuestro país.

En 1930 el Partido Socialista invitó al expulsado de 1915 a reincorporarse como afiliado. Su presencia en el Partido se hacía cada día más deseada. El doctor Justo había muerto; y un franco anhelo de renovación espiritual, de argentinización y de cristianización, se hacía sentir en las almas de los afiliados selectos de la agrupación. Sólo el nombre de nuestro prócer podía unir a los antiguos compañeros y atraer al socialismo a las nuevas generaciones para afrontar las graves responsabilidades patrióticas de la hora difícil. Palacios aceptó y su reingreso tiene un significado definitorio en la historia argentina.

Poco tiempo después fué elegido senador nacional en la ciudad de Buenos Aires por el Partido Socialista; y terminado su mandato fué reelecto. Y hay quien piensa que Alfredo L. Palacios, tan progresista en sus concepciones políticas, tan respetuoso de la tradición, y tan auténticamente cristiano, puede en cualquier momento, como portaestandarte de la legalidad electoral y de la probidad administrativa, prestar gloriosos servicios a la República rigiéndola como primer magistrado para promover con prudencia la reforma social. ¡Garantía a todos los derechos legítimos! tal pudiera ser el lema de su Gobierno.

Desde los días inolvidables en que el pueblo argentino pudo oír a José Manuel Estrada defender desde las tribunas públicas la democracia representativa y condenar a la demagogia, no se ha erguido sobre el horizonte de nuestra política una figura de más severo perfil moral que la de Alfredo L. Palacios. Socialistas: ¡Admiradlo; pero sabed que no es tan sólo vuestro! Católicos: ¡Respetadlo por su sinceridad heroica, tal como él os respeta, cuando vosotros la tenéis! Ciudadanos de buena voluntad: ¡Colaborad con él!

4

LA *Universidad Nueva*, puedo asegurarle, es un libro cristiano. La tarea magníficamente honrosa de valorarlo y anotarle, la he podido realizar, en mi calidad de católico doctrinario y práctico, con plena libertad de espíritu. No admito que la admiración que profeso a su autor haya podido influir en mis juicios.

Sin ser un metafísico en el sentido hermético del vocablo, Palacios contempla con espíritu filosófico, desde una alta cumbre, los contemporáneos problemas intelectuales. Como jurista, es un eximio expositor de temas. La claridad de expresión es su característica, reflejo de la nitidez de su pensamiento; sin ser un escritor por antonomasia, en el significado unilateral de la palabra. No lo seduce el juego estético de los vocablos, a la manera de Lugones; y no se encuentran en sus páginas los desbordes de riqueza idiomática que exornan la prosa de Rojas. La estilificación, como malabarismo técnico, no le entusiasma. Sólo atento a la adecuación del término con la idea —para emplear la expresión de Groussac, al elogiar el estilo de Alberdi— cuando escribe, pareciera desdeñar para su propio uso la rebúsqueda de epítetos raros y preciosos; y prescindir de aquel torturado afán de sinecdoque, preocupación de los temperamentos demasiado filológicos.

Pero su dominio sobre el idioma es tan rotundo, su vocabulario tan preciso y tan amplio, que su obra escrita perdurará por gravitación propia en el acervo de la cultura argentina, no solamente por su valor científico, sino también por la fácil fluencia del lenguaje, eufórico, no exento de originalidad. En sus cartas, en espontáneo ritmo, se refleja fielmente su policromada personalidad. Cultura y aventura, diría Santayana —alma y varonía— es el lema que sintetiza, en clave mágica, el caleidoscopio ecuménico de su labor magistral.

Tiene el don divino de la palabra hablada: nació orador. Nunca tuvo que perfeccionar sus dotes, ensayándose —como Demóstenes, su precursor— a la margen del Río de la Plata. Fué un don de Dios: el primer día que concurrió a clase en el colegio infantil, con su delantal blanco, y repitió la lección de su maestra, la maravilló y la sedujo con la fluidez de su dicción. Fué su primera admiradora.

Ya he hablado de sus triunfos juveniles en la tribuna. Luego su caja torácica se ensanchó; y es dable afirmar que fué como una campana de mística resonancia que llamaba al combate y cuya voz profunda, límpida y modulada, vibró sobre toda la América Latina.

“¿Qué otra cosa se propone el socialismo sino acercarnos al reinado de la Fraternidad y la Justicia sobre la tierra, de acuerdo con los principios contenidos en las enseñanzas éticas y espirituales de Jesús?” (Alfredo L. Palacios, *El Delito de Opinión y la Tradición Argentina*, pág. 62). Tal repetía siempre esta voz, en todos los tonos, en todas las circunstancias, en todas las angustias; ya fuere como un anuncio de

redención humana, o en efusión patriótica, o como el grito de la Libertad y de la Paz.

Hoy que la parte más difícil de ese apostolado augusto está cumplida, esclarecidas por él las conciencias de las muchedumbres y encendidas por él las luces solidarias de los pueblos de América, es deber y es halago evocar al tribuno formidable, cuya palabra fué y será siempre un espejo de aquella otra palabra.

No es fácil dar la impresión de un discurso de Palacios. Para lograrlo es necesario recurrir a metáforas desconcertantes; como aquella comparación bíblica de la torre de marfil, invocada para hacer el elogio místico de una alegórica figura. Estas extravagancias literarias, con todo, tienen su eficacia; y provocan la exaltación.

Palacios, orador, es como un árbol gigantesco que tiene raíz, tronco, flores y frutos. Cuando asciende a la tribuna no lo hace como nosotros que subimos con paso vacilante, con los lentes y las anotaciones en la mano temblorosa. Viéndole allí, parece un roble recio que ha crecido con raigambre de acero, desafiando los huracanes. Embrujados desde las primeras palabras, quienes le escuchan, lo ven así, en la sucesión cinematográfica de las luces emocionales, dada la estilización fantástica.

Es día primero de mayo; y los corazones de todos los obreros del mundo tiemblan de angustia y de esperanza. La voz broncínea y melodiosa comienza su discurso; y se perciben los golpes de millones de martillos sobre millones de yunques; y el fulgor del fuego de millones de hornallas. Conmovido, con dramática simplicidad, habla de la justicia social. Su concepto es alto, firme y fuerte. Es como un tronco de roble; y en torno giran estrellas, como las mariposas que circundan los árboles en flor; o como blancas gaviotas que escoltan desde el cielo los navíos del mar. La túnica de Cristo, encendida, pasa en vuelo tau-matúrgico, desplegada como bandera por ángeles y santos.

El orador calla un instante; y ya no vemos el árbol majestuoso, sino una figura humana de noble porte, de pie en la tribuna, arrogante, un poco agresiva, con traje oscuro y corbata de faya negra, atada en lazo geométrico sobre la camisa blanca. Su cabellera, en sombrío contorno, agitada por la brisa, realza la blancura de su rostro. Todos pueden ver su frente despejada, las pupilas luminosas, la nariz visible y recta, la boca varonil con el bigote enhiesto; y el mentón enérgico. Es Alfredo L. Palacios. Levanta la cabeza y contempla el cielo.

Ha retomado la palabra. Árbol otra vez, muestra nuevo matiz en su elocuencia, como en una transfiguración estética. Son las milagrosas flores del roble. Largas fustas exornadas de vistosos pétalos ondean en el aire. Quiere levantar y alegrar los corazones y fortalecer las conciencias. Pareciera que pájaros pintados, cantando, huyeran del ramaje. La crueldad de los temas sociales se propone compensarla con evocaciones de belleza. Conjura un ser de irresistible encanto y lo describe; una deidad, la diosa de la Esperanza. Y sobre la frente de cada obrero se percibe un resplandor.

Otro instante de silencio se produce; y en seguida prosigue. Ahora el árbol está cubierto de frutos eufóricos. Serenos se mecen al sol. Brillan alegres, honestos, como senos de mujeres hermosas. Sí, seamos argentinos, seamos cristianos, proclama Alfredo L. Palacios. Su voz no tiembla.

Tales son sus enseñanzas; frutos dorados, como las manzanas de los Hesperides, que hacían dichosos y heroicos a los pueblos que las cultivaban.

Ha dicho; y se dispone a descender de la tribuna. Los aplausos arrecian en desborde jubiloso; y desde lejos, perdidos entre la muchedumbre, innumerables alucinados levantan sus manos en el aire, en la intención quimérica de abrazarlo; y estrecharlo, llorando, contra su corazón.

Así, igual como lo estilizó el artista, la multitud, con cándida mirada, ve a su caudillo. Un juego de luces, invisible pero agresivo, a la vez radiante y áspero, le circunda de un contorno imperial; y le nimba, con sutiles recursos de cincelaje, de un halo de traslúcida espiritualidad. Cuarenta años de glorias argentinas se reflejan, dolorosas, sobre esta frente altiva. Jubilosa, casi mística, fulgura a través de las pupilas, su alma heroica, que desde los abismos de las imperfecciones terrenales quiso y logró elevarse hasta los horizontes empíreos. La línea del yunque nasal es recta como su conducta. Esos labios pronunciaron palabras inmortales. Su mentón de acero se asemeja a la proa de un navío de combate . . .

ADOLFO KORN VILLAFANE.



LAS SEMANAS DEL JARDIN

RETRATO DE CARLOTA

por

CARYBÉ

POESÍA Y LENGUAJE POÉTICO

por

ARTURO HORACIO GHIDA

~

*Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias
y asomos de las Semanas del Jardín.*

CERVANTES.



Carlota .

RETRATO DE CARLOTA — *Carybé.*



POESIA Y LENGUAJE POETICO

NO sólo la poesía es, en sí misma, una aventura del espíritu, un abandono de los caminos dóciles, de las trayectorias clara y distintamente deslindadas. También es una aventura difícil y azarosa el aproximarse a las zonas que la circundan, sobornar a los ángeles y abrirse paso a través de los astros para deleitar la mirada en el implacable resplandor de sus huellas. Numerosos viajeros han ensayado la andanza; muchos han entrevisto las formas de la divinidad esquiva. Algunos —los poetas— la persiguen para poseerla con plenitud; otros —los críticos— tienen ambiciones más pequeñas: se resignan a gozar por reflejo, indirectamente. Contemplan en los ojos que se arriesgaron la deslumbrada palpitación de unas alas, descubren en las manos el recuerdo de la llama que las hizo horribles, purificándolas, y comienzan a conjeturar. Acuden a sus sistemas de pesas y medidas, a su bagaje de conceptos y valoraciones, y se preguntan inquietos cómo pudieron ser esas alas, qué fuerza temblaría en la llama que se enredó, en abrazo amoroso, al escudriñador. Y no faltan, ¿acaso habían de estar ellos ausentes?, los doctos profesores, los eruditos venerables y cenicientos, siempre dispuestos a exhumar sus fichas para advertir, azorados, que la tradición no admite la aventura y que es pernicioso atentar contra el orden normativo, inmutable y eterno.

La poesía, no obstante, se evade de las clasificaciones y se evade, también, de las manos del poeta. ¿Cómo definirla? ¿Cómo aprehender en fórmulas conceptuales una realidad que encierra en su esencia la vida y la muerte y que envuelve en sus redes invisibles todo el edificio de la creación? Las flores conversadoras, que recogen el cuerpo caído de la luna, hacen poesía. Los escorpiones malignos que muerden el viento cuando los azotan con sus látigos los demonios del furor, protestan poéticamente. Las cumbres de las exaltadas cordilleras, pensativas bajo el sueño de la nieve, se identifican con la soledad de los ensimismados nocturnos y conocen los secretos del cielo. En la tierra, en el mar, en el aire, en el fuego, en la naturaleza y en el espíritu vive la poesía, sin alejarse, por ello, de su morada dilecta: el corazón del hombre, criatura poética por vocación y por destino.

Las definiciones proceden, según lo enseñan los libros de lógica, por género próximo y diferencia específica. Limitan la extensión de los conceptos y sólo son aplicables a conceptos. Pero la poesía no es un concepto; no es un silogismo ni un triángulo ni una ecuación. Y rompe los esquemas racionales que pretenden explicarla y abarcarla. Grato ejercicio, sin duda, el de intentar aproximaciones dialécticas. Esa esgrima elegante y sutil puede practicarse sin riesgos para la poesía. Se ha teorizado con exceso, desde el romanticismo, sobre sus problemas. Se ha dicho que es esto o aquello, siguiendo, a menudo, el dictamen tornadizo de las modas filosóficas o los dogmas, más incorruptibles, de las escuelas literarias. La polémica gira en un círculo vicioso de preferencias subjetivas. Y la poesía, en tanto, como el río de que hablaba Heráclito, que nunca es el mismo porque fluye y cambia, permaneciendo, sin embargo, idéntico a sí mismo, corre por las cuatro ramas de una copla y por los bosques poblados de carbones celestes y verdes dioses arborescentes de los himnos antiguos.

Baudelaire decía que “lo que crea el espíritu es más vivo que la materia”. Por hundir sus raíces en el espíritu, la poesía atraviesa las edades, lucha con el tiempo, renace en cada aurora, límpida e inocente, y acerca su voz a quienes saben merecerla. No nos engañemos demasiado. Desconfiemos de los maestros de retórica que afirman, con el aire jactancioso del que está en el secreto, que es una voz hecha solamente de palabras, es decir, de letras, de literatura. Jacques Maritain ha señalado, con precisión, que la literatura es al arte lo que el amor propio a la vida moral, y que la poesía se refleja en aquél como la gracia se proyecta en ésta. Así entendida —agrega— la poe-

sía deja de ser privilegio exclusivo de poetas. Su lenguaje es, entonces, el lenguaje de las plantas y las piedras, de los animales y las estrellas. Es, en la parábola de Claudel, la misteriosa canción que Anima entonaba detrás de las puertas clausuradas, cuando Animo —el marido pedantón e inteligente— salía de la casa. Recordemos el relato del Génesis, la aparición del primer hombre-poeta. “Formó, pues, Jehová Dios de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y trájolas a Adam, para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adam llamó a los animales vivientes, ese es su nombre”. Adán no hacía literatura, no se vanagloriaba de destrezas técnicas, no buscaba siquiera la belleza. Era como un niño sorprendido y alegre, que levanta entre sus brazos un gran florero azul, rodeado de rosas de papel amarillo, y le dice a la madre que teje junto a un rayo de sol: —¡Mira: aquí te traigo el cielo y una nube de mariposas!

A los pies de Adán se acercaban los elefantes, moviendo sus lentas orejas, para ser consagrados, y venían las orugas delicadas y tristes y venía la serpiente de belleza luminosa, casi angélica antes de pecar, y venían las águilas y los albatros y las palomas y las selvas y las flores encendidas como madrigales silvestres, en una infinita columna de adoración. Adán nombraba a las criaturas. Sus palabras equivalían a las cosas y presidían su nacimiento mágico. Era el poeta total. Él decía: ¡pantera!, y ante sus ojos surgía la esbelta arquitectura de la ágil crueldad; él decía: ¡azufre!, y la sonrisa pálida y desdentada de una forma amarilla se alargaba hasta sus manos.

Citemos nuevamente a Claudel. En su carta al abate Bremond acerca de la inspiración poética, escribe: “Empleamos en la vida ordinaria las palabras no propiamente en tanto que significan los objetos, sino en tanto que los designan y en tanto que prácticamente nos permiten tomarlos y servirnos de ellos. Nos dan una especie de reducción fácil y grosera, un valor trivial como la moneda. Pero el poeta no se sirve de las palabras de la misma manera. Se sirve no para la utilidad, sino para constituir de todos esos fantasmas sonoros que la palabra pone a su disposición, un cuadro a la vez inteligible y deleitable. La costumbre que substituye a la naturaleza real de las cosas una segunda naturaleza, es decir un valor puramente práctico, manejable y eficaz, ha llegado a ser su enemiga, una enemiga que es necesario dominar y adormecer como hiciera antiguamente la flauta de Hermes con el cruel Argos”. Subrayemos: la costumbre es la enemiga que hay que vencer. El lenguaje es una costumbre, un ins-

trumento de comunicación e información, un útil y ordenado inventario de noticias. Pero también pasa por la sangre de las palabras una vida profunda, hecha de subjetividad y misterio, de atmósferas psíquicas, de escorzos volitivos y emocionales. “Sería preciso —apunta Valéry— hacer notar de qué manera contiene el lenguaje recursos emotivos mezclados con sus propiedades prácticas y de significado diverso. El deber, el trabajo, la función del poeta, es poner en evidencia y en acción estas potencias de movimiento y encanto, excitantes de la vida afectiva y de la sensibilidad intelectual que están confundidos en el lenguaje usual y los medios de la vida superficial y corriente. El poeta se consagra y consume en la definición y construcción de un lenguaje dentro del lenguaje, y esta operación, que es larga, difícil y delicada, que solicita las más diversas cualidades del espíritu y que jamás llega a terminarse —porque nunca es, tampoco, exactamente posible— tiende a llegar a ser el idioma de un ser más puro, más potente y feliz con su palabra, que no importa qué personaje real” (*). Mallarmé, en fórmula más sintética, recuerda que al poeta corresponde “dar un sentido más puro a las palabras de la tribu”, reintegrándolas a lo esencial.

Replegado en las profundidades de su alma, con la suma lucidez consciente o en ese estado de receptividad absoluta en que la conciencia se desvanece, el poeta repite a Prometeo: se apodera del fuego divino y lo entrega a los hombres, transformándolo, metamorfoseándolo. Por su voz todas las cosas se expresan; por ella la realidad habla y canta, como una sinfonía que sube desde el hondo silencio. La realidad —así entrevista— es terrible y poderosa como la inocencia. El hombre común lo ignora; confunde la realidad con el catálogo de convenciones, hábitos y espejismos que le rodean. Supone que en el círculo diminuto de los fantasmas que maneja se agota la creación. No advierte o no quiere advertir que detrás de lo visible acecha lo invisible, que lo natural es simplemente una de las caras de lo sobrenatural. Y el poeta se aproxima al hombre que duerme, golpea en sus ojos —en los ojos de su espíritu— y le desvela. Es el descubridor, el revelador. Y la verdad no aparece directamente, sino soslayada, a través de formas y perfiles que se insinúan apenas y desaparecen de pronto como el rostro de una flor que asoma entre las nieblas de un espejo.



(*) Citado por Fernando Vela: “La poesía pura”.

“El poeta —escribe Rimbaud— llega a lo desconocido y, cuando, enloquecido, termina por perder la inteligencia de sus visiones, las ha visto. Que estalle su entusiasmo por las cosas inauditas e innombrables”. Mallarmé y Valéry, por un lado, Rimbaud, por otro, marcan dos rutas divergentes: la de poesía de maestría y la de poesía de iluminación. Las huellas de ambos caminos pueden rastrearse hasta en la antigüedad griega. Si la poesía es una forma de conocimiento de lo absoluto, de sumersión en las fuentes del ser, de descubrimiento de las cosas “inauditas e innombrables”, será preferible optar por la vía que eligió el aventurero de “Una temporada en el infierno”, el que “escribía silencios, noches, anotaba lo inexpresable, fijaba vértigos”. El lenguaje poético adquiere ese patetismo, ese estremecimiento vivo y ardiente a que alude Jacques Rivière cuando nos transmite una de sus experiencias: leyendo a Rimbaud sintió a su lado, casi como en contacto físico, la presencia real de la criatura que nombraban las imágenes del poeta. Al introducir el desorden en su alma, el poeta intuye las corrientes mágicas, las fuerzas que se mueven más allá de los objetos delimitados por la geometría solar. Y por virtud de correspondencias analógicas crea síntesis, símbolos y mitos con su imaginación inventora. Penetra en los cielos y explora las estrellas de nuevas constelaciones; conversa con los árboles y sabe que ellos también sufren y temen a la muerte, que escuchan los pasos del otoño con resignada melancolía y miran el advenimiento de la primavera con jubilosa expectación; discurre el poeta con los utensilios más humildes, con las tabaqueras confidenciales, con los breviaros que nunca han sido jóvenes, con las flores que se deshojan sobre los pianos solitarios y negros; contempla el fuerte pelo de una mujer y piensa —como en El Talmud— que “los cabellos son desnudez”. Entre la intensidad y riqueza de su experiencia y la fuerza sugestiva de su lenguaje existen relaciones directas. Ninguna triquiñuela verbal podrá disimular o subsanar la insuficiencia de aquélla. Y la experiencia nace de una íntima fusión entre pensamiento, imaginación y sentimiento.

Las innumerables riquezas de la creación llaman y reclaman al poeta. Necesitan su voz para expresarse y salvarse de la muerte. Instalado entre lo que nace y lo que se destruye, en el centro mismo de la realidad, el poeta responde con su palabra a todas las solicitudes. Es un mensaje, no una comunicación; es un grito, no una

demostración. La naturaleza de sus visiones le exige a veces un estilo hermético, no siempre. Y así va testimoniando la existencia de las cosas y creándolas al nombrarlas con su lenguaje purificado —como los labios de Isaías— por el fuego que se alimenta de astros.

ARTURO HORACIO GHIDA

•



EL SONIDO Y LA INTENCION

HERÁCLITO

por

FRANCISCO ROMERO

~

*Digo que mis cantos son
para los unos sonido
y para otros intención.*

MARTÍN FIERRO

H E R A C L I T O



HE aquí la ley del mundo y la verdad primera,
Según las enseñanzas de Heráclito el Oscuro:
Todo transcurre y cambia, y nada persevera.
Si dos veces te bañas en un río, es seguro

*Que hundes tu cuerpo en ríos diferentes. La onda
Pasa y pasa incansable, y su ser es pasar,
Y pasa el cauce mismo que en su pasar ahonda,
Y onda, cauce y ribera van corriendo hacia el mar.*

*Todo cambia sin término —sólo el cambio perdura.
Este fluír del cosmos, pese a su aspecto estático
—Fluír del agua bajo la helada costra dura—
¡Cómo lo viste, efesio profundo y enigmático!*

*¿Qué mágico poder tenía tu mirada,
Capaz de disolver la rígida apariencia
Y transformar en una fuga precipitada
El “ralenti” engañoso que nos da la experiencia?*

*Del cosmos griego, un orden de cuerpos y figuras,
La Edad Media hizo un orbe del que Dios es el eje.
Y las cosas siguieron sólidas y seguras.
Tú, de Tales a Kant, fuíste el único hereje.*

*Yo, desde este rincón del sur americano,
Te columbro en el hondo pasado, relojero,
Y veo cómo al mundo le da cuerda tu mano,
Y echan a andar rodajes y horario y minuterero.*

*Pero no; porque el mundo no es un reloj solemne,
Sino un incendio vivo en que arde toda cosa.
Y tú, el primero, viste este fuego perenne,
Y te volvió sonámbulo la hoguera prodigiosa,*

*Y dijiste palabras confusas de borracho
Que libros eruditos comentaron más tarde.
—Si quieres entender a Heráclito, muchacho,
Préndele fuego al libro y mira cómo arde.*

*EN horas de mi infancia que jamás he olvidado,
Pasadas junto a la familiar chimenea,
Mientras huía el tiempo miraba hipnotizado
Arder, varia e idéntica, la llama heraclitea.*

*Acaso de aquel fuego proviene el que ahora inflama
Mi espíritu, en un vasto incendio rojo y puro.
(Hoy eres para mí claro como una llama,
Claro como una llama, Heráclito el Oscuro).*

FRANCISCO ROMERO.

EL ROBLE Y LA VERBENA

EL "CAMPING" SOBRE LA TUMBA

por

JOSÉ GABRIEL

EL VIOLÍN DE INGRES

por

MARÍA DE VILLARINO

ANTOLOGÍA DE POEMAS DE
ALEJANDRO KORN

traducción de

ERNESTO PALACIO

~

Él constituye una etapa, un meridiano. Se le podrá superar, se le debe superar, quizás ya esté superado: pero siempre habrá que adoptar su punto de partida cuando se quiera meditar filosóficamente.

LUIS AZNAR

EL "CAMPING" SOBRE LA TUMBA



UNA de nuestras grandes debilidades (nuestras ¿de quién? ¿de los argentinos? ¿de los hombres del presente? ¿de los humanos?) es el miedo a la muerte. Por causa de ese miedo depositamos a nuestros muertos en panteones macabros, mitad cavernas, mitad almacenes. ¡Qué espantoso espectáculo es un cementerio nuestro! Dicen que en Norte América son jardines. Como aquí no pueden serlo, debo tener a mi lado, en mi casa, sobre la mesa en que escribo, las cenizas de mis muertos. No están mal tratándose conmigo diariamente, como en otros tiempos. Pero hubiera preferido tenerlos en la tierra, bajo un tendal de gramilla, al pie de un árbol, con un trozo de granito por señal. Sin duda que en la urna que guarda a mis muertos los tengo más conmigo; pero acaso no con pleno derecho, puesto que ahora pertenecen al universo más que a mí. Fueron míos cuando vivieron; ahora pertenecen a todos. Debían hallarse pues en la tierra. Pero no me los dejan tener. Debo comprar o alquilar (ya se alquilan, como casas de departamentos) un panteón, una bóveda, un estante de tienda. ¡Qué desafuero!

¡Feliz en la muerte, como lo fué en la vida, el viejo Korn que está ahora para todos en la tierra, configurando la tumba más hermosa de la República y una de las más hermosas del mundo! Tiene lo que yo quisiera para mí y hubiera querido para los míos: tierra, gramilla, un árbol, una piedra. Y aún la vela marina y la columna y la estrella del

ideal. No sé que pueda ser más grata la morada eterna. Siempre que voy al cementerio de La Plata, me acerco a ella a alegrarme la cara y el ánimo. A menudo invito a amigos, a muchachos como yo, a mis alumnos. Vamos de "camping". Nos sentamos en la hierba y nos ponemos a charlar. Nunca hallamos más fácil la conexión de nuestras palabras con el mundo, es decir, nuestra armonía con los otros. Podemos conversar de filosofía, de literatura, de arte, de política, de los buenos poetas platenses, de los malos profesores de Humanidades, de la opípara y barata comida de Berisso, de nuestras aventuras amorosas (las mías, mucho más ricas, en el matrimonio, las de la muchachada por las chimeneas), o del partido de fútbol de ayer. Nuestras palabras son lo de menos; lo importante es que vertemos por ellas nuestra impregnación de la tierra y de la eternidad.

El viejo Korn, en otros años sentado con nosotros en los sillones del Jockey Club o ambulando por las veredas de la Calle 7 o interrumpiendo el tráfico en los pasillos de la Facultad ahora atascados de vieja mercadería, está igualmente a nuestro lado, sólo que en reposo, quizás fumando su eterno cigarrillo, succionando su eterna ilusión. Sentimos en el vaho de la tierra su piadosa ironía. Era muchacho como yo lo soy, como espero que lo sean mis muchachos. Es muchacho aún. Lo será siempre. Tan muchacho, que podría haber merecido el insigne reproche de viejo verde, lo mismo que el pacará de Seguro, otro refugio habitual mío. Un vendaval urbano volteó hace poco treinta y cinco mil árboles; al centenario pacará del fraile antivariológico —salvador de gauchos— no le desgajó una ramita; van mutilándolo a hachazos. ¿Qué vendaval de los años hubiese abatido al viejo Korn? Siempre lo conocimos viejo Korn. ¿Lo imaginan estudiantito? Pero tampoco podrían imaginarlo decrepito. El viejo Korn, a quien no conocimos con el pantalón corto, fué y será muchacho toda la vida y toda la muerte. Con él, en su tumba, estamos mis muchachos y yo de "camping".

El sol hace su curso del día sin ocultársenos. Al atardecer va buscándonos el pecho. En el pecho se nos acurruca. Nos levantamos de la tierra tendida de verde. Queda en la gramilla dócil, la huella, no de nuestro asiento, sino de nuestro gozo, como quedan los atardeceres domingueros en el suelo de los recreos de los "pic-nics". Saludamos al viejo Korn hasta mañana —mañana es cualquier día que volvamos, o aunque no volvamos, porque nos vamos con un poco de él, con su

“humus”—. Salimos del cementerio callejeando incómodamente, sorteando adefesios —Dios perdone al cariño mal aconsejado— y un poco estupefactos a pesar nuestro. Creo que vamos con la prodigiosa sensación de haber estado algo muertos, de haber sido algo más que Humanos, de habernos aproximado de veras al viejo Korn, dichoso en la vida y en la muerte.

Sólo los grandes gozadores cuentan en el mundo. ¡Hasta mañana, viejo Korn! Mañana volveré de “camping” con mis muchachos. Le traeré sus eternos cigarrillos y mi gozo.

JOSÉ GABRIEL



EL VIOLIN DE INGRES

Poemas de Alejandro Korn

HACE poco tiempo, refiriéndome a la vida de Alejandro Korn, recordé una de las últimas veladas en la que el maestro, presidiendo la comida habitual de amigos y discípulos, dijo, a instancias de los que compartíamos el ángulo de la mesa, a su lado, algunos de sus poemas que guardaba celosamente como cosa de juventud y a los que no atribuía ninguna importancia.

Era —lo recuerdo bien— en un salón del “American”, tan lleno siempre de su presencia y de su voz. Fué la última vez que lo vi. Ya andaban sus pasos por la muerte, y el sacrificio de concedernos su con-

fesión poética, brotaba de la voz trémula. En anticipación de su ausencia se prestaba aún a darnos a beber, con alegría, el viejo vino de su juventud.

Sus antiguos versos parecían nacer conmovidos, para ese instante:

*Como el mar
suena en el hueco de la caracola,
así siento resonar,
eco de épocas remotas,
un melodioso acorde de suavísimas notas
cuyo exacto sentido
hace ya mucho, mucho tiempo, se ha perdido.*

Ahora, iluminada su figura en su muerte por los mismos contornos que alumbraran su vida, aparecen sus poemas, que recorren sesenta años para llegar hasta nosotros y alcanzarnos, después del tiempo y del silencio, ese magnífico ejemplo de dignidad en donde la poesía nos lleva hacia la luz de su generosa existencia.

No hubo en Alejandro Korn un impulso poético constante, porque durante treinta años —los que van desde 1884 a 1913— expresó sus momentos de inspiración sólo cuando se hallaba en las cumbres de ella. Por eso no adolece de una “voluntad” de poesía. Por el contrario, es un fluir sencillo y natural del lenguaje poético. Pero poco podríamos juzgar por él; pues aunque parezca extraño, la poesía de Alejandro Korn, fué escrita en alemán, así hablara a “los desiertos llanos de su patria” o a su propio corazón, que era cuando hablaba al corazón del hombre. Sólo entonces escribió en alemán. Toda su obra filosófica fué pensada en castellano, idioma que regía en su pensamiento los rigores de la razón.

Su *ex-libris* dice “Mente latina, corazón germano”. Del prólogo a sus poemas, transcribo su explicación: “En el primer plano se yergue, a orillas del mar, una acanalada columna helénica cuyas severas líneas simbolizan la claridad y el rigor del pensamiento filosófico que fija en lo incognoscible los límites de la razón humana. Pero en el fondo se vislumbra la nave viking que parte, con las velas hinchadas, hacia las ignotas regiones del misticismo intuitivo”.

Y este misticismo intuitivo, este comunicarse con la voz de su corazón, hace poderoso el lenguaje que le es familiar, el más hondo, el más vivo. El de sentir, no el de razonar.

Poesías algunas de 1884, otras de 1913. Distintas épocas, influencias temporáneas, procesos de madurez. Pero siempre, así juegue con el humor o acentúe el tono grave, una honda penetración de la vida, una emoción contenida, y un manejo austero y claro de las ideas, gobiernan la inspiración. Y por sobre todas las cosas un contacto profundo con lo humano. Su poesía es viviente, nunca retórica; y no hay meras descripciones, ni estados plenos de poesía que no estén vinculados a ese contexto de comprensión que va dirigido al hombre, a sus problemas, a los problemas de sus ideas, al pensamiento y al corazón.

Y como creo que no es hora de juzgar en él al poeta, sino al corazón del hombre y su tiempo, a través de su poesía, ya que al juzgar al filósofo, el pensamiento se orienta a disciplinas de la razón, busquemos las fuentes de su emoción para volver a andar en su cariñosa compañía.

De su acento poético, de su confesión espiritual, surgirá la conducta, no desmentida nunca, de la vida del filósofo. Iniciándonos en el camino de su comunión con el sentimiento poético, él mismo nos hablará, en ese lenguaje, para decirnos que el tormento de la existencia se borraría si supiera iluminarse con la cabeza.

Belleza que halló en el vivir cabal, en la plenitud constante y en la generosidad; generosidad no exenta de fina ironía, de sabia y no hiriente ironía. Que a ella ha de decirle:

*Sola tú siempre fiel me fuiste
sola me diste compañía
en la hora alegre y en la triste.*

Su ironía frente al hombre era señalar la preocupación de sus propios problemas; frente a la naturaleza pródiga, el latido angustiado del corazón humano; frente a la mujer bella el de su juego esquivo; frente a la fea, su compasión. Y en amor la gravedad de su silencio como el de la confesión de algún ridículo. Pero el afán de la solución, la fe, el anhelo, no ha buscarlo en la ironía; pues ya fuera de ella, dirá:

*Traspasé mi alma de una vida
múltiple color y pasión.*

Toda su vida fué así. Cabal, bien dirigida, múltiple y una. Todos sus versos son la profecía de su vida. Por eso, hace cincuenta años, pudo decir:

*La magna obra está cumplida
con aliento de eternidad.*

Su fe en la vida fué su vida. Porque tuvo fe, miró el futuro con la misma videncia con que se elige el camino presente y con esa dignidad inmodificable con que supo indicar el camino a los otros, de tal manera que cada uno tuviera la impresión de haberlo elegido por sí mismo.

*Fué, por cierto duro el combate
y sin descanso*

porque luchó por sus principios, afirmó sus ideales, hizo fecunda la luz de su corazón; qué amigo de los otros fué el gran amigo de sí mismo. Sólo así pudo llevar su serenidad, tan alta, hasta el término de su vida:

*Ya pueden seguir, bajo el viejo
yugo, los años su caravana.
Yo, con el signo de la dicha
me yergo, ileso, en la batalla.*

He aquí como la poesía del viejo maestro, el escondido y siempre alerta rumor de su juventud, nos muestra su vida que no conocimos, fuertemente enraizada a la que conocimos, como si ésta fuera una continuidad de aquélla, para cuya perduración sólo el acento autobiográfico, que no escapa a la poesía de ningún poeta, pudo dar sin balbuceos su totalidad.

Sé que es extemporánea y mezquina toda alabanza a su poesía. Y ni he intentado hacerlo porque el Viejo —que “ya ni le llevaba el apunte”— hubiera sonreído con su ironía generosa. Pero eso sí, veámosle llegar de nuevo a la mesa íntima, ya que ha vuelto, sólo para estrechar manos a la amistad, conversar y escuchar con su sonrisa severa y luminosa este lenguaje conmovido de los que siempre pasaremos la vida siguiéndole los pasos.

MARÍA DE VILLARINO



ANTOLOGIA DE POEMAS DE ALEJANDRO KORN

LO QUE SOÑÉ

LO que soñé me fué otorgado,
obtuve al fin lo que anhelaba;
y sin cadenas, en clara paz,
libre y ligera se alza mi alma.
Fué, por cierto, duro el combate
y sin descanso. Soportaban
apenas de la vida el peso
mis alas fatigadas.
Pero llegó el supremo instante,
llegó por fin la hora esperada,
y en un segundo conquisté
toda mi bienaventuranza.
Ya pueden seguir, bajo el viejo
yugo, los años su caravana.
Yo, con el signo de la dicha,
Me yergo, ileso, en la batalla.

(1893)

ME ALCÉ

ME alcé hasta las más altas cumbres
humanas con la inspiración
para comprender el enigma
que nos esconde la Creación.

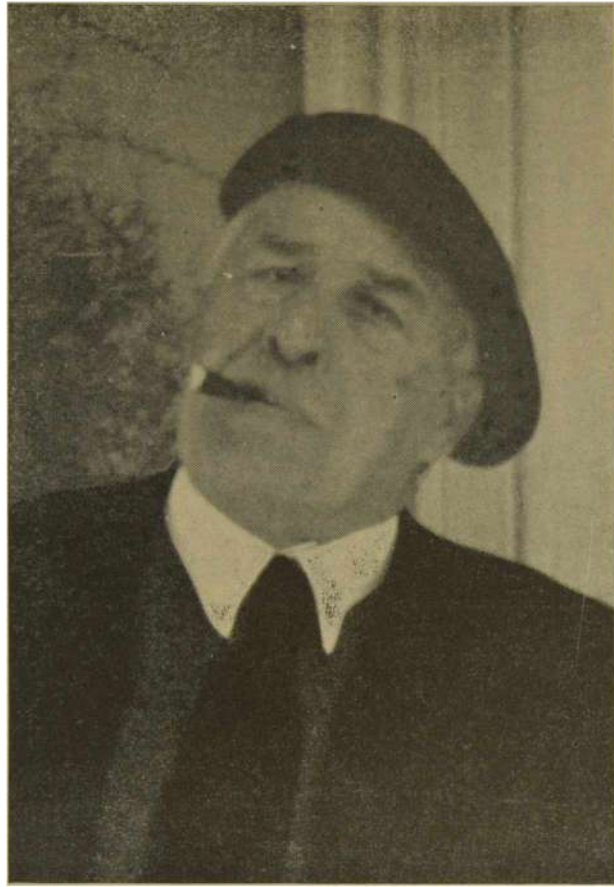
*Traspasé mi alma de una vida
múltiple: color y pasión.
Probé el goce, y la omnipotencia
sentí del sagrado dolor.
Y lo que en su cálido anhelo
mi corazón ansioso vió,
me fué concedido acuñarlo
en versos de bronceo son.*

(1895)

SOLA TÚ

*SOLA tú siempre fiel me fuiste,
sola, me diste compañía
en la hora alegre y en la triste,
¡oh, sacra, serena ironía!
Tú alumbras con luz compasiva
lo que ocultan los corazones
y penetras las intenciones
con tu sonrisa comprensiva.
¡Cómo huye de tu ojo sagaz
la Mentira, en sus zancos tiesa,
y de tu cáustica agudeza
el contertulio montaraz!
Por ayudarme a destruir
falsos enigmas que el sentido
enmarañan, la sal has sido
que dió sabor a mi existir.
Pero el anhelo de creación,
con fe cada vez más tenaz,
el afán por la solución:
esto, sin duda, no lo das.*

(1899)



Herbert C. King



CASA NATAL DE ALEJANDRO KORN *en San Vicente,*
Provincia de Buenos Aires

MI HOGAR

MI hogar no es de este mundo, ni se inmola
mi espíritu a la arcilla. Como el mar
suena en el hueco de la caracola,
así siento en el alma resonar,
eco lejano de épocas remotas,
un melodioso acorde de suavísimas notas
cuyo exacto sentido
hace ya mucho, mucho tiempo, se me ha perdido.
Al fin piadosamente sus alas ha plegado
el último anhelar que en el alma latía.
Como en otoño un dulce y soleado día,
mi corazón descansa, espejo immaculado.
El mundo se disipa en ideal torbellino,
envolviendo mi espíritu en un sopor profundo,
tal como si la rueda del tiempo sobre el mundo
hubiera detenido por siempre su camino.
Lentamente, la paz crepuscular
pone fin al rigor de la jornada.
Tú también algún día te podrás libertar,
fiel corazón, valiente camarada.
En creación y en ensueño prosigamos,
con más firme confianza, lo que ordene la vida.
Tengo una alta y gozosa promesa concedida:
Retornamos.

(1903)

SIEMPRE

SIEMPRE he odiado la torpe muchedumbre
que en el dolor ajeno halla solaz
y que en el Circo rumoroso inclina
hacia abajo el pulgar.
Pero odio sobre todo
el grosero patán
que con necia arrogancia manosea

*justicia y santidad.
Cuando se levantaban las hogueras
en torva majestad,
escupísteis insultos a los mártires
con ingenio procaz.
Pero si un héroe al fin se abre un camino
con su sangre y su afán,
como rebaño, en apretada masa,
seguís detrás.
Los que te levantaron, desde Cayo
Graco a Lasalle —lo has de recordar,
¡oh demócrata digno!— fueron todos
de una aristocracia integral.*

(1906)

LOS SONES

*LOS sones de las campanas,
cuál pájaros en el nido,
se acurrucan y se aprietan
dentro del hueco bronceo.
Y cuando están arrullándose
entre sí, desprevenidos,
el grosero sacristán
los espanta de improviso.
Como palomas silvestres
acosadas por el ritmo,
huyen en bandada y vienen
a posarse en nuestro oído.*

(1910)

COMO ÁGUILAS

*COMO águilas en torno a los peñascos,
los pensamientos sobre mi cabeza
vuelan con fuertes aletazos, trazan*

*a través del espacio arcos audaces.
Se esfuerzan por alzarse al firmamento
cuando un rayo de sol las ilusiona,
y se mecen con alas sosegadas
sobre el oscuro abismo.*

*Sólo una de ellas, de cerrada pluma,
sigue aferrada inmóvil a la piedra,
como un gris jeroglífico, indeleble,
grabado por la mano de un profeta.*

(1913)

EN LOS DESIERTOS LLANOS

E*N los desiertos llanos de mi patria
no eleva ningún monte su cabeza
nívea, ni hay arroyuelos sonrientes.
Naturaleza reina sin adornos.
Allí sólo se ven, interminables,
el cielo azul y la llanura verde,
y llega hasta los últimos confines
el soplo formidable del Pampero.
Allí el primer fulgor de la alborada
llama a los hombres a fatigas nuevas
y hombre y caballos son inseparables
en la lucha, en el triunfo y en la huida.
El hombre que allí manda es recio y fuerte,
tiene en los ojos un fulgor salvaje,
y cuando arroja el lazo, la arrogante
cerviz del toro humilla.
A la lucha constante destinado,
sabe hacer frente a todos los contrastes,
y como clava al potro las espuelas,
pone su sello a la llanura agreste.
Yo nunca oí el murmullo de los bosques,
ni soñé al borde de las cataratas.
Sólo aprendí a escuchar allí el latido*

*del angustiado corazón humano.
En ese corazón que no reposa
pulsaba la sangre de los hombres, cálida,
por donde corre en borbotones rápidos
el flujo interminable de la vida.
A ello dedico todo lo que brota
en lo profundo de mi corazón:
una nota perdida que, en mi boca,
rima con mi canción.*

(1893)

CUBRE EL ÁSPERO SUD

CUBRE el áspero sud de escarcha
el campo en rastrojo otra vez,
y con sus miembros ateridos
se pone el labrador en pie
penosamente. La negra yunta
ya al mohoso arado uncida está;
y todo el campo, sin premura,
surco a surco vuelve a trazar.
¿Y las heladas de primavera?
¿Y la furia del granizar?
¿En la espiga que el sol reseca
nuevo grano madurará?
Calla en mi corazón la duda,
calla la burla en mi canción
al ver como este pobre diablo
aún confía en el viejo Dios.

(1901)

EN LOS OJOS ATRIBULADOS

EN los ojos atribulados
del médico vió, con angustia
mortal, que le había llegado,

*inexorable, la hora última.
Y en la alta noche, quejumbroso,
se alzó del lecho con exhausto
vigor, pero resuelto: ¡quiero
mirar una vez más el campo!
Sus miembros sin fuerza lo arrastran
penosamente hasta el umbral:
se extendía bajo la luna
la Pampa inmensa, fantasmal.
La tierra libre que, en el mundo,
fué patria de su corazón;
la vasta Pampa en que, por años,
sus tropillás apacentó.
La que, joven, cruzó al galope
impetuoso de su corcel;
dondé abatiera al enemigo,
y conquistara a su mujer.
Fué toda una vida humana,
llena de dicha y de contento,
en un éxtasis evocada...
Sin un gemido cayó muerto.*

(1909)

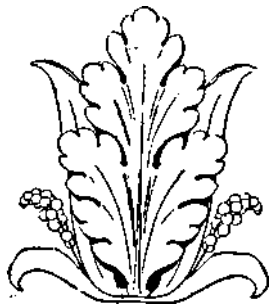
LOS VERSOS

*LOS versos que te dedicara,
tus ojos nunca los verán,
e incomprensidos, mudos, su hálito
en el aire se perderá.
La vida nos ha separado
y no volverá a unirnos más.
No nos saludamos siquiera
y no nos debemos nombrar.
Cuando admirada y aclamada
te muestras, toda dignidad,
sospecho que es a veces mío
tu más recóndito pensar.*

*Yo debo luchar por mi suerte,
con siempre renovado afán,
mas quiero dirigirte a veces
un eco, un tímido cantar.
Cantar para ti sola escrito,
para ti sola y nadie más:
extraño son de idioma extraño
que nunca sabrás descifrar.*

(1896)

Traducción de ERNESTO PALACIO



HAY MUCHO QUE VER

UN "LAURO" IMPONENTE

por

GUILLERMO KORN

A TREINTA AÑOS DE CASEROS

por

JOSÉ FONTANA

FOTOGRAFÍAS

por

GRETE STERN Y HORACIO COPPOLA

~

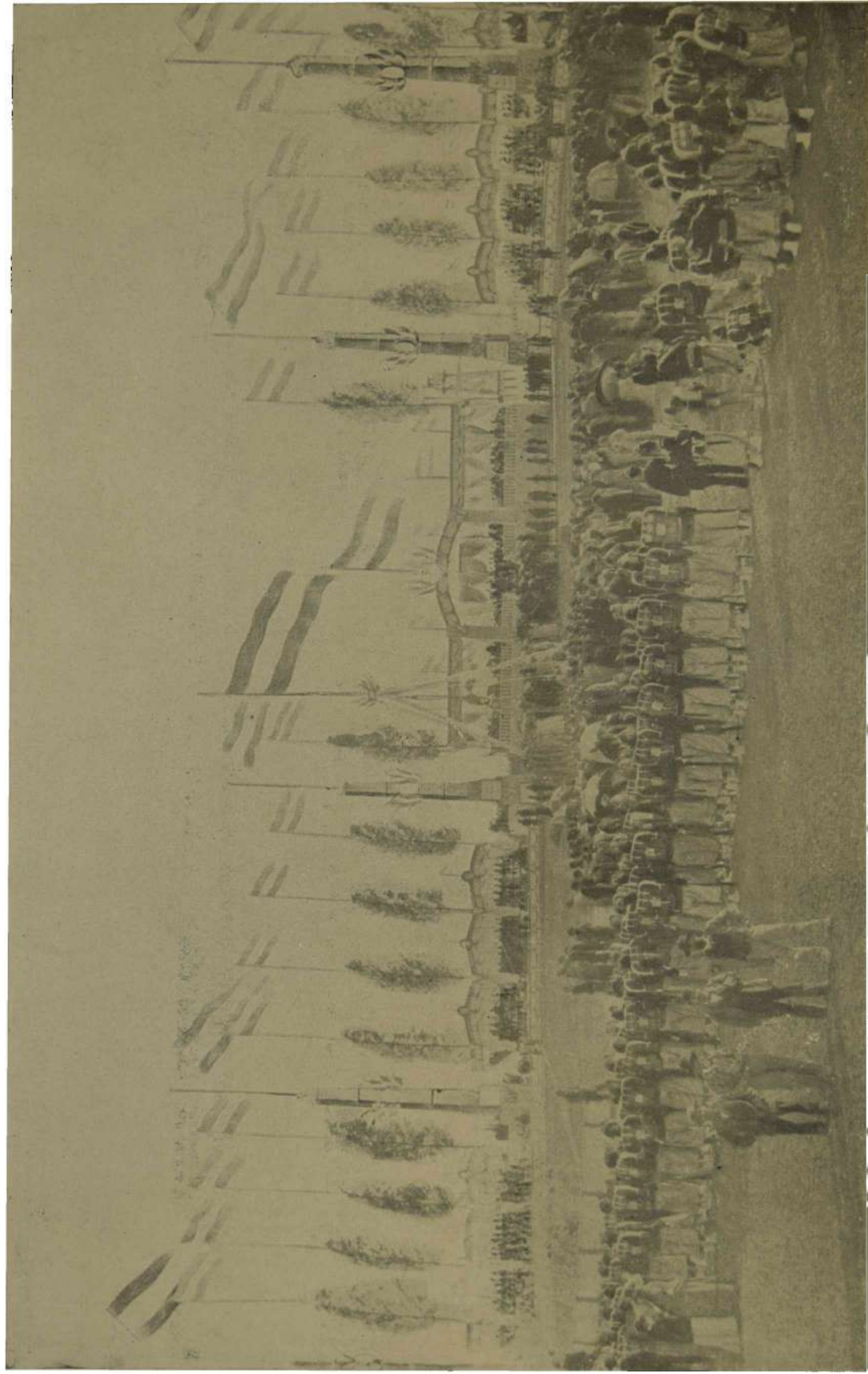
*Vamos a La Plata
que hay mucho que ver:
Hombres a caballo
y mujeres a pie.*

(COPLA DE LA FUNDACIÓN)



(El original mide 105 por 75 centímetros.)

ALEGORIA: Litografía de la fundación de La Plata



DOCUMENTO: *Fotografía de la fundación de La Plata*

UN LA V O R O I M P O N E N T E



EN el mes de mayo de 1883, seis meses después de la fundación de la ciudad de La Plata, está fechado el primer documento que he encontrado sobre la famosa litografía que alegoriza la ceremonia de la fundación de La Plata y constituye una de las más auténticas tradiciones de la ciudad. Cada 19 de noviembre se la ve reaparecer, exhumada quién sabe de dónde, y entre cintas argentinas se la exhibe en las vidrieras de algún comercio del centro. De las salas familiares hace tiempo que ha sido desalojada injustamente. Persiste en marcos de arbitrarios caracolillos en más de una cantina italiana. Empeñado en convertir en culto popular de mi ciudad a la hermosa litografía cara a la emoción de los antiguos pobladores de las Lomas de Iraola, me he empeñado para que la Municipalidad de La Plata salve de la desaparición los pocos ejemplares que aún quedan y trate de adquirir alguno para donarlo al Museo de Bellas Artes de La Plata. Estoy seguro que sería bien recibido por la comprensión artística de su director, Emilio Petorutti. A ese mismo propósito responde la reproducción en colores y las ampliaciones en detalle, hechas por Grete Stern, que se publican en este número junto con una nota, llena de sabor auténtico, de don José Fontana, patriarca de nuestras artes gráficas.

En ese documento de mayo de 1883, ya empieza a sudar tinta, literalmente, el fotógrafo don Tomás Bradley, cuyo nombre se puede

ver todavía, estampado en el rígido cartón de muchas bellas fotografías de la época, con letras de perfiles románticos exornadas de arabescos caligráficos y sostenidas por la referencia exacta, señuelo y sugestión de la ubicación del estudio: Florida 266.

Bradley fué el fotógrafo oficial de la ceremonia de la fundación y nos ha dejado una documentación inapreciable recogida en 2 gruesos álbumes, que existen en la Biblioteca de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, algunas de cuyas notas más características reproduje en 1939 en el libro *La Plata, a su fundador*, que dirigí por encargo de la Municipalidad de La Plata. La ceremonia misma de la fundación ha sido captada en una toma de gran efecto que abarca desde el cielo y la agitación de las banderas hasta las tribunas oficiales, el público, el batallón Guardia Provincial — hasta con los niños tambores— y, en primer término, equilibrando el encuadre, cuatro impagables personajes típicos del trabajo creador que jadeó el milagro de la nueva capital.

Tomás Bradley recibió de Dardo Rocha el encargo de confeccionar una gran ampliación en colores de la ceremonia de la colocación de la piedra fundamental. Nuestro gran fotógrafo se desespera. De pronto se convierte en el centro de una intriga política en la que convergen las pasiones de la hora que hicieron correr sangre entre provincianos y porteños. Rocha quiere que la reproducción iluminada sea tal como la ceremonia debió ser. El fotógrafo sólo sabe de exactitud documental. Ni Sarmiento, ni el General Roca, ni Julito Roca, que hubo, con Carlitos Rocha, de tirar de las cintas en el momento culminante de la ceremonia, estuvieron presentes por causa de un entredicho insalvable en las relaciones entre el gobierno de la Nación y el gobierno de la provincia. En este punto concibe Bradley la confección de un *pastiche* monumental en el que se intercalan en la composición fotográfica las cabezas de los ausentes. Truco impresionante. El pegote que luego fué enviado a Milán se ha perdido o, acaso, esté en los archivos de los sucesores del *Stabilimento Oleográfico M. Meneghini* —Vía Solferino 40, Milán—, que tan gallardamente, al fin, acertó a superar las angustias del fotógrafo, el adefesio de la fotografía trucada y hasta el odio entre porteños y provincianos, resolviendo con operística grandiosidad la alegoría de la fundación basada en la documentación fotográfica de Bradley.

“Siendo usted uno de los concurrentes a la colocación de la piedra fundamental de La Plata y debiendo figurar en el gran cuadro

que representa dicho acto, le ruego quiera tomarse la molestia de pasar por mi Estudio Fotográfico a fin de poder completar el grupo que debe formar dicho cuadro, el que me es urgente remitir a Europa para su reproducción en oleografía." Una carta de este tenor envía Bradley en mayo de 1883 a tirios y a troyanos, es decir, a los que estuvieron presentes en el acto de la fundación pero no habían entrado en la fotografía y a los que no estuvieron presentes pero la conciliadora voluntad de Dardo Rocha quería que aparecieran fotografiados de cuerpo presente.

En agosto del mismo año el pobre Bradley sigue sudando tinta. Reitera la carta a los remisos. Ahora se contenta con menos: "Si le fuera imposible el venir a sacarse bastaría con mandarme su retrato si lo tiene bueno", escribe el atribulado fotógrafo. Rocha lo apremia. En el mismo mes de agosto de 1883 le explica al gobernador y le pide ayuda: "Mi querido doctor: Adjunto a usted la lista de las personas que aun me faltan para concluir el cuadro de la inauguración de La Plata, hoy he pasado una nueva invitación a éstos, sin embargo una palabra de usted hará más efecto. He convenido ya hasta cierto punto con el representante de una casa de oleografías de Milán y que actualmente se encuentra en ésta para hacer dicho trabajo y del cual le adjunto su tarjeta. Sin embargo antes de comprometerme definitivamente deseo consultarlo con usted, pues su último precio por quinientos ejemplares es de tres mil pesos, garantiendo el trabajo con todas las reglas del arte y comprometiéndose a concluir el mismo en cinco meses desde el día de la llegada de los dibujos y retratos a Milán. Con respecto a los trabajos de dicha casa tengo los mejores informes, tengo también algunas muestras de trabajos hechos allí en mi poder, los cuales son muy buenos y si usted desea puede verlos. Sin otro motivo le pido no se olvide del memorándum que le dije. Y ordene a S.S.S. *T. Bradley.*"

El representante del *Stabilimento Oleográfico* es un señor Luigi Santambrogio. El trato se dilata. Estamos ya en marzo de 1885 cuando Bradley deja de discutir con el representante y cierra trato directamente con la litografía milanesa. Al mismo tiempo Bradley sufre una desilusión. "El cuadro que estoy haciendo —decía en carta a Rocha de febrero de 1883— y que servirá de base, será un magnífico cuadro y un lindo trabajo que estoy seguro lo admirarán". Pero el señor Giulio Conti (por M. Meneghini e Cía.) le dice el 15 de

marzo de 1885: “Dopo tutto ciò dovete considerare che abbiamo perso quasi due mesi di tempo per allestire il nuovo aquarello, perché come sapete il vostro non prestavisi per una riproduzione oleográfica”. ¡Tanto trabajo para que, *dopo tutto*, su *magnífico cuadro*, su *lindo trabajo*, resultara inútil para la reproducción oleográfica! El señor Giulio Conti lo consuela en la misma carta: “State certo che vi apporremo il vostro nome —Bradley foto— ai piedi di tutte le 600 copie commesseci”.

El pintor Quinzio Cenni, utilizando las fotografías de Bradley, realiza un cuadro magnífico que sirve de base para la reproducción litográfica. José Fontana nos relata el proceso de esta extraordinaria estampa cuyo elogio hace la misma casa impresora de Milán, orgullosa de su trabajo: “Trattasi di un lavoro imponente por la sua grandezza e per il numero dei personaggi che vi devono figurare, i quali vano lavorati con una scrupulosa precisione a finitezza per ottenere la perfecta rassomiglianza”. No menos orgulloso que la casa impresora y que los litógrafos quedó el pintor de las glorias garibaldinas por la realización del *imponente lavoro*. Según lo ha descubierto Grete Stern, al hacer las ampliaciones fotográficas de los deliciosos detalles de la litografía —que parecen inesperados Manet—, junto a su firma introdujo su autorretrato inmortalizándose como fundador de la ciudad cartesiana con la legítima superchería de pintarse entre los asistentes a la colocación de la piedra fundamental. Y bien podemos decir que sus títulos de fundador resultan tan auténticos como los de Sarmiento, el general Roca y Julito Roca. Pero el autorretrato del pintor italiano perdura intacto en todos los ejemplares de la litografía que he podido identificar en La Plata, mientras que muchos viejos fundadores de la ciudad han mutilado la estampa recorriendo a navaja las cabezas de los compatriotas intrusos. Desconcertante supervivencia popular de nuestro pasado de hacha y tiza, cuando andaba en las coplas y en la punta de las bayonetas el odio irreductible entre provincianos y porteños.

GUILLERMO KORN



Foto Grete Stern

LITOGRAFIA DE LA FUNDACION DE LA PLATA ~ *Detalle*



Foto Grete Stern



Foto Grete Stern



Abajo, a la izquierda, autorretrato del autor

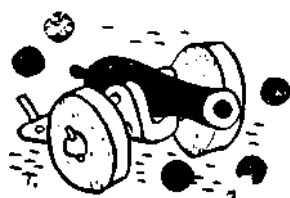
Foto Grete Stern

LITOGRAFIA DE LA FUNDACION DE LA PLATA ~ *Detalles*



Fotos Grete Stern

LITOGRAFIA DE LA FUNDACION DE LA PLATA ~ *Detalles*



A TREINTA AÑOS DE CASEROS

LA primera etapa de la organización nacional, iniciada por Urquiza con la batalla de Caseros, que impuso el finis a la época rosista, culmina con la fundación de La Plata.

El siglo XIX se halla en su faz crepuscular. El mundo se industrializa rápidamente y ya tenemos, con la electricidad, un nuevo sol del porvenir aparejado al del gran capitán del pueblo, José Garibaldi, quien expira en su isla de Caprea el mismo año en que la ciudad de Dardo Rocha se inaugura solemnemente ante las autoridades supremas de la Nación y la flor y nata de la política, la ciencia, el arte y lo mejor de aquella hora propicia.

La hora áurea de la litografía

El gran progreso, aún no superado, del arte litográfico de aquellos días, dió al mundo piezas estupendas. Las gloriosas piedras de Solhenofen que habían consignado para la posteridad las hirientes sátiras monocromicas de Philippon y las composiciones de Gavarni, iniciaron un avance avasallador en el campo del color, logrando efectos crómicos prodigiosos y culminando,

con la oleografía, su ascensión hacia la perfección absoluta.

Se reprodujeron lienzos famosos, a la perfección, siendo su ejecución esencialmente cerebral y manual. Se tiraba un solo color a la vez. Matizándolo con puntitos disminutos, los que según la densidad mayor o menor de su agrupación producían el sfumado. Labor de benedictinos la de estos técnicos avezados llamados "cromistas".

De tan excelsos maestros, arrollados luego por la fotolitografía mecánica, no queda ni el recuerdo.

Quien ésto escribe, conoció algunos de estos virtuosos, como ser Anesi y Gianelli, eximios litógrafos cromistas de una categoría superior, que más tarde, se tuvo apartada y en menosprecio, pues el objetivo crómico selector y la acción bruja de unos ácidos, que sobrepasó su producción en la "cantidad", habían de arrancarles sus bien merecidos laureles, ganados en las lides de la excelencia artística.

Las oleografías de aquel tiempo

Desde allende los Alpes llegaban oleografías perfectas. En Italia, Milán, corazón del joven arte industrial del "Bel Paese", logró igualar y casi sobrepasar la calidad de los maestros co-

terráneos de Senefelder, el patriarca de la litografía.

Recuerdo perfectamente, siendo yo niño, que en las casas de gente acomodada lucían, puestas en marcos, cromolitografías ilustrando los hechos más sobresalientes de la época del "Risorgimento": batallas, episodios, hechos heroicos y sus protagonistas reproducidos a todo color, y con perfección deslumbrante para la época.

El pintor Quinzio Cenni

El autor del "Cuadro de La Plata" que nos ocupa, Quinzio Cenni, ha sido especialmente un pintor de batallas. El citado período histórico italiano, tuvo sus "Meissonieres" en Induno, Pagliano, Fattori y Cenni. El último citado, se especializó en asuntos adaptados a la reproducción oleográfica. Recuerdo de él varios episodios de las guerras del 48, 59, 60 y 66 y una reproducción oleográfica famosa, la batalla garibaldina de Bezzacca, con centenares de figuras y la fiel reproducción de los lugares de la lucha.

En aquel tiempo Quinzio Cenni era el artista en boga y su fama se extendió a los países del Plata y nada más natural que a él se le haya confiado el encargo de dar vida crómica a la escena trascendental de la que nos ocupamos en esta nota.

El monumento gráfico

El "Cuadro de La Plata" constituye una pieza indiscutiblemente magistral, tanto por su composición como por la interpretación crómica, la tirada impecable, el perfecto registro y la homogeneidad de los matices.

A mi entender, la foto original sacada en el momento de la ceremonia inaugural, ha sido convenientemente

ampliada para padrón del pintor Cenni, quien ciertamente reprodujo en lienzo la escena, embelleciéndola, en dimensiones mayores y a todo color: un verdadero cuadro mural.

Luego los fotógrafos sacaron una foto que fué proyectada sobre blanco "squermo" al tamaño definitivo con el auxilio de la lámpara amplificadora o proyectora aún en uso en los talleres y laboratorios fotográficos. Y aquí empieza la obra sutil de los cromistas seleccionadores de los colores. Dichos especialistas, verdaderos intérpretes de las más difíciles composiciones de colores, empleando magistralmente sus vastas nociones de "patología colorista", tras la guía del trazado matriz, sacado del "lucido" de la obra, van seleccionando uno tras otro los matices, intuyendo el juego de acoplamiento que se produce durante las varias tiradas hasta lograr el efecto apetecido por el pintor mismo.

Creo no estar equivocado, si calculo en treinta o más la tirada singular de colores, a un solo efecto. Ciertamente no son menos de tres los tonos diferentes por cada color del iris sucesivamente impresos, compendiados por un gris, un marrón y un negro, por lo menos.

Añoranzas

Pues bien: la tecnomecánica actual permite reproducir este trabajo a la perfección, con solo cuatro tiradas sucesivas. La fotocromolito es hoy tan perfecta que aplicando los tres colores básicos, y uno de compendio, se logra el summum de lo apetecible en casos análogos, resultando el trabajo mucho más rápido y barato que el de 1882, lo que va a tono con la época materialista actual.

Pero la pieza oleográfica de Quinzio Cenni tiene un valor humano y no material, cerebral y no tecnológico, artístico y no mecánico. En esto se basa su excelencia. Ha sido concebida por el hombre, ejecutada por el hombre y para el hombre.

Al admirar este cuadro con centenares de figuras se respira el aire del fin del siglo XIX. Todo es poesía, vida, quietud, reposo, aún siendo dinámico el episodio que consigna, engalanado por las banderas nacionales y los estandartes de las sociedades "Stella de Italia" y "Les enfants de Beranger".

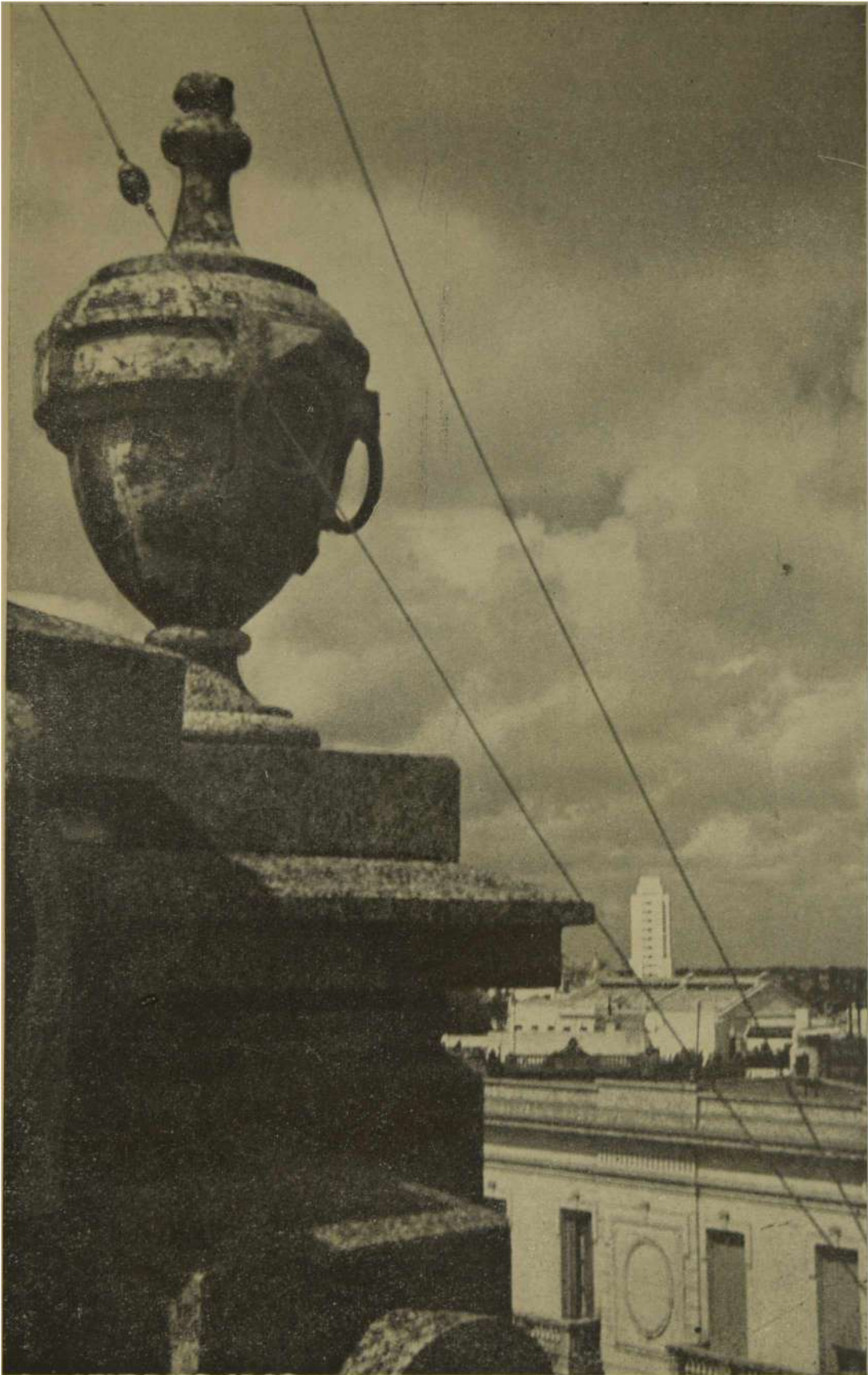
Las personas, los uniformes, el peinado, la indumentaria, el ambiente, todo nos recuerda un suave pasado

que el halo del tiempo reviste con un misterioso velo de romanticismo. Los actores de tan emotiva escena han muerto casi todos, sólo sobrevive el niño, y tal vez, alguna de las bellas niñas, florecillas fragantes en aquél entonces, ahora figuras crepusculares de nobles damas.

Los colores de la bandera nacional son en realidad diferentes de los que pintó el autor, inspirado en el pabellón de los tiempos de la Marsellesa. Pero esto se explica fácilmente: Quinzio Cenni, que veía los colores "a la heroica" no podía entender a la bandera argentina, trasunto de virtudes humanas intensas pero pacíficas, apriionando en sus linos una emelga de lirios entre franjas de purísimo cielo...

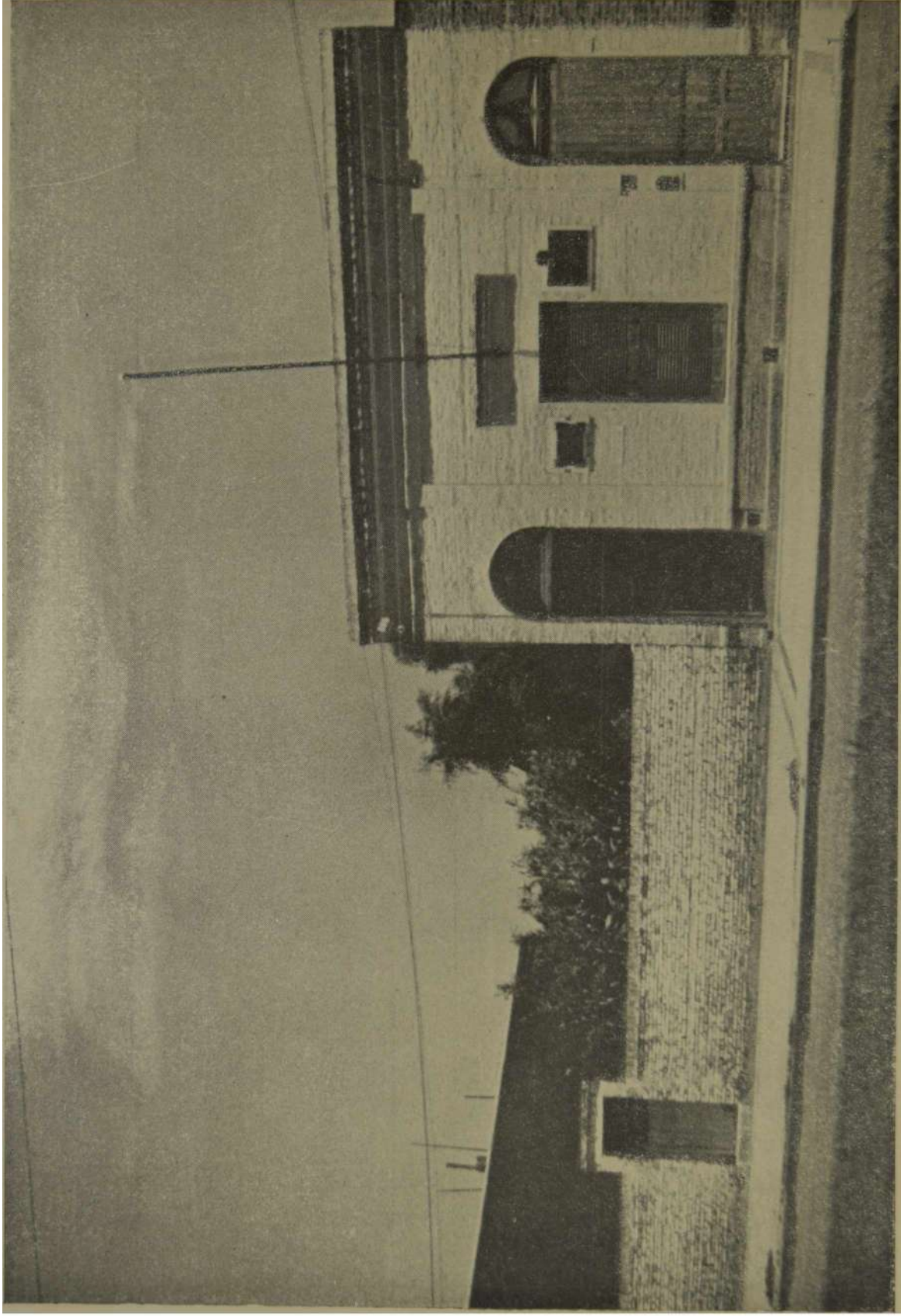
JOSÉ FONTANA.





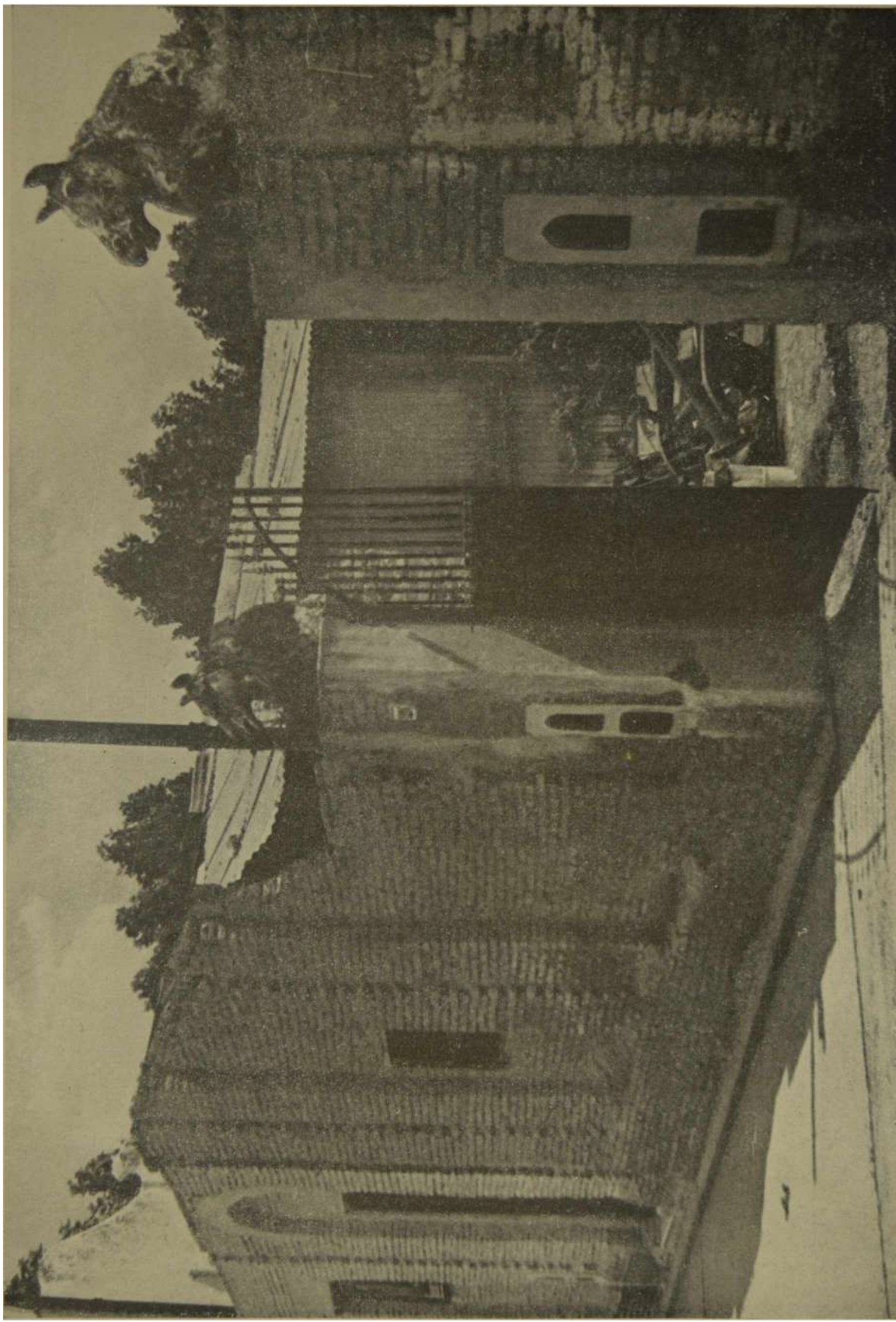
LA PLATA

Foto Horacio Cópola



LA PLATA

Foto Horacio Cópola



LA PLATA

Foto Horacio Cóppola



LA PLATA

Foto Horacio Cópola

MADRID, CASTILLO FAMOSO

SALUDO AL GENERAL MIAJA

por

CLEMENT MOREAU

CARTA DE JUAN MALASAÑA A
ANTONIO COLL

por

ANGEL OSSORIO

ESTAMPA ESPAÑOLA

por

ANTONIO GINZO

~

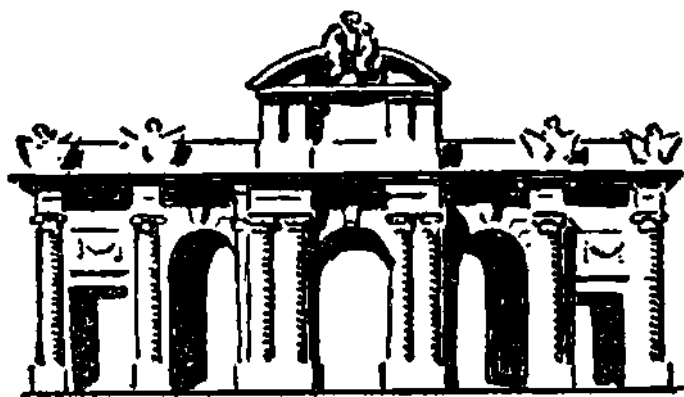
*Madrid, castillo famoso,
Que al rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso
por ser el natal dichoso
De Alimenón de Toledo.*

NICOLÁS F. DE MORATÍN.



SALUDO AL GENERAL MIAJA — *Clement Moreau*

CARTA DE JUAN MALASAÑA A ANTONIO COLL



EN este mundo ignoto de las virtudes y las heroicidades, te busco y no te encuentro, Antonio Coll. Y es fuerza que nos veamos y nos hablemos porque todavía tenemos algo que hacer los dos.

Seguramente tú no ignoras quien soy yo porque la Historia, la leyenda y las artes plásticas me han inmortalizado. Yo soy aquel chispero, padre de Manuela Malasaña, que se batió en el madrileño barrio de Maravillas contra los coraceros de Napoleón y fué muerta por ellos, de lo cual yo tomé venganza matando los que pude, con mi navaja, hasta que ellos dieron también fin de mí. Yo sé bien que tú eres el inventor de la hazaña inverosímil de atacar a pecho descubierto a un tanque y lanzarle una bomba incendiándole y exterminando a los agresores que le ocupan. Sé que en 1936 derribaste en Madrid tres o cuatro de esos aparatos infernales hasta que otro de ellos acabó contigo. Y sé también que a tu audacia se debe que no fuese Madrid tomado por sus invasores, pues un día que tú o quizás otro como tú, destruyó un tanque, en el cadáver de uno de sus ocupantes se encontró el plan de ataque para el día siguiente, con lo cual, descubierto el propósito pudo Madrid defenderse y salvarse.

Nuestras hazañas son parejas, porque, si bien se mira, un coracero napoleónico, forrado en hierro, dotado de armas magníficas y jactancioso de su gloria, era en 1808 lo equivalente a un tanque en 1936; y una navaja para atacar al coracero era un absurdo tan grande como una bomba de mano para enfrentar a un tanque.

En esos detalles está nuestro parecido, pero en los espíritus hay una verdadera identidad porque tú y yo hemos probado que ante la injusticia sanguinaria y deshonrosa, lo importante no es tener armas sino tener amor a la libertad y decencia varonil para defenderla aunque sepamos que la hemos de perder juntamente con nuestra vida. Porque los pueblos no alientan por el éxito de un día sino por el honor glorioso de su conducta ante la Historia.

Yo necesito concertarme contigo, Antonio Coll, porque estoy enterado de lo que pasa en el mundo y sé muy bien que frente a los actuales verdugos de la Humanidad —como en mi tiempo lo era Napoleón— hay pueblos que se han rendido sin disparar un tiro, algunos que cobardemente se han entregado a la tiranía ofensora y algún otro que la resiste con bravura indómita dando un ejemplo asombroso. Y estoy enterado también de que cuando se piensa en la negociación de una paz futura, se disponen a hablar todos, los traidores y los leales, los valientes y los cobardes, los decentes y los indecentes. Mas de quien nunca hablan los manejadores, gerentes y explotadores del mundo, es de España. Injusticia tan irritante es bastante para hacer resucitar a los muertos; porque si Napoleón cayó a principios del último siglo en Rusia, fué porque antes había habido en Madrid un Malasaña y si hoy está cayendo Hitler también en Rusia, es porque antes hubo en Madrid un Antonio Coll. Lo mío lo han reconocido ya todos los historiadores. Lo tuyo lo reconocerán también cuando pase sabe Dios cuánto tiempo. Y lo que yo quiero que tú y yo exijamos, es que la gloria y la razón de España se reconozcan ahora, ahora mismo, antes de que empiecen esas grandes trapisondas que se llaman negociaciones de paz.

Cuando éstas den comienzo los tenedores del dinero y del poder harán verdaderas diabluras para que el mundo se arregle a gusto de ellos y para que se perpetúen las mismas infamias que han acarreado la situación presente y para que los pueblos sigan esclavizados por los tradicionales amos de la riqueza que son, en definitiva, quienes manejan la diplomacia y la política, la Iglesia y el ejército y la prensa. Y discurrirán un zurcido de voluntades que servirá para que los pobres sean más pobres y la libertad sea más negada y la democracia más oprimida. Todavía falta bastante para que se vean claras las cosas de la guerra y ya apuntan las habilidades inmorales, las transigencias codiciosas, las componendas antidemocráticas. ¿Tú te has enterado de qué Gobiernos mantienen dentro de sus pueblos los países americanos que se dicen demócratas? ¿Tú has visto quién es el personaje que man-

da en Argelia para proteger la libertad? Pues no necesito decirte más.

Esto me irrita y me subleva. Por eso quiero que tú y yo nos pongamos de acuerdo y antes de que se reúnan los mandarines mundiales, nos presentemos ante ellos y digamos:

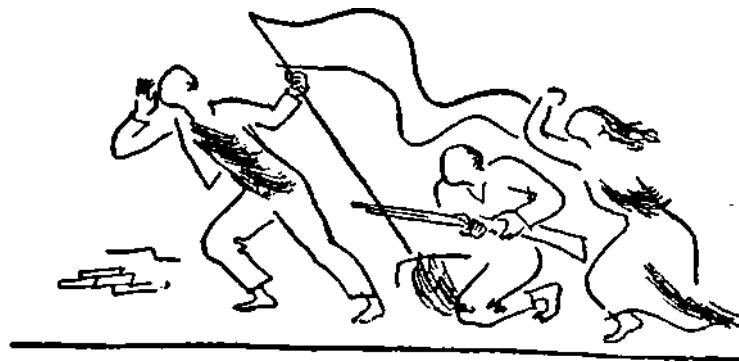
“¡Eh, amigos! ¡A ver que se hace! Porque las democracias no son ustedes que actúan en su nombre con poderes más o menos legítimos. La democracia somos nosotros, Juan Malasaña y Antonio Coll que traemos la representación de millones, de muchísimos millones de seres que se pudren debajo de la tierra porque dieron su sangre en homenaje a la libertad. Somos los apoderados de esa enormidad de millones de hombres que labraron las tierras, beneficiaron las minas, practicaron las industrias, condujeron los trenes y los barcos para que vosotros viviérais holgados y felices. Hablamos en nombre de los siervos de tantos siglos y pedimos que la servidumbre tenga un término. Hablamos en nombre de los desheredados, de los vencidos, de los miserables. De todos aquellos que fueron traídos a la tierra para sufrir en beneficio vuestro. Hablamos en nombre de los hindúes, de los judíos, de los indios, de los negros, del proletariado de todas partes, de los republicanos españoles que arrastran por el mundo su dolor y su vencimiento ante vuestra criminal indiferencia; de todos aquellos núcleos que en Brasil y en Perú y en Guatemala y en Santo Domingo y en tantos otros sitios, tienen perdidos sus derechos y sufren por motivos políticos angustias y persecuciones inacabables. Clamamos en defensa de todos aquellos millones de hombres a quienes se les ponderó siempre el derecho a la vida y se les estimuló a la conformidad cristiana, pero a los cuales se les negó dormir bajo techado, comer lo suficiente y cubrir sus carnes. A eso venimos y eso pedimos. Vosotros podréis engañarnos otra vez como nos engañásteis después del Tratado de Versalles. Pero no os equivoquéis. Más pronto o más tarde llegará nuestro día. Y lo que ese día pasará no queremos decíroslo. Vosotros lo podréis suponer”.

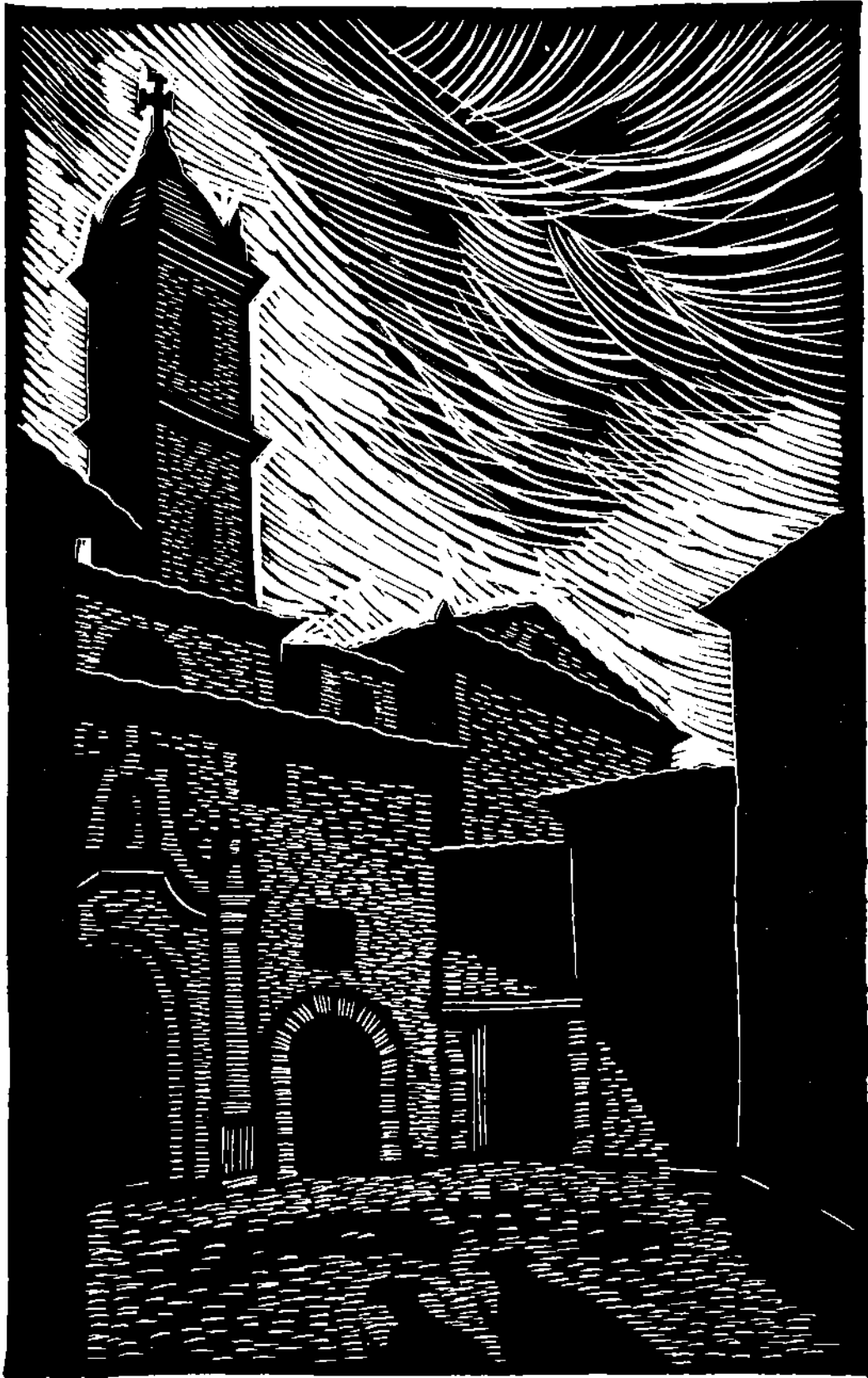
¿No será esto lo justo, Antonio Coll? Yo creo que sí y que debemos hacer lo que te propongo. Bien descuento que los señorones dirán ese día: “¿Quiénes son estos pobres diablos de Juan Malasaña y Antonio Coll? No los conocemos”. Pero nosotros, violentos y airados, replicaremos: “Somos el pueblo español, nada menos que el pueblo español. Sabed que la historia del mundo sería muy distinta si no hubiera habido Sagunto y Numancia y la barrera española contra la invasión árabe y las leyes de Castilla, Aragón y Cataluña y el descubrimiento de América y la guerra de la Independencia y las Cortes de

Cádiz y la guerra antifascista de 1936 a 1939". Quizás no nos escuchen. Pero si no nos oyen será señal de que quieren desatar sobre la humanidad una catástrofe más horrenda todavía que la que ahora estamos presenciando.

Piensa en lo que te propongo, Antonio Coll y dime tu parecer. No te asuste que seamos humildes y pobres porque no hay humildad ni pobreza para los que se han desposado con la razón, con la justicia y con la gloria.

ANGEL OSSORIO.





ESTAMPA ESPAÑOLA — *Antonio Ginzo*

VIDRIOS ESTRELLADOS

¿Y AHORA QUÉ?

por

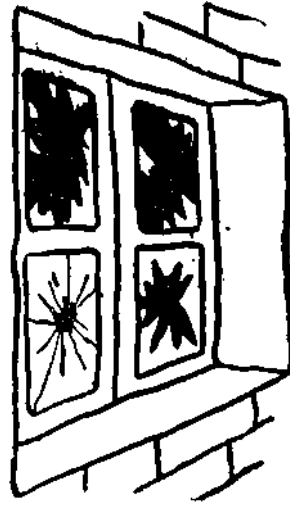
RAÚL OSEGUEDA

~

*Algunos vidrios estrellados y una venerable
poltrona perniquebrada nos tienen sin cui-
dado. Están en juego prendas más valiosas.*

ALEJANDRO KORN.

¿Y A H O R A Q U E?...



IMPRESIONES SOBRE UN CONGRESO

I

MI vida interior está entretejida con trama de acontecimientos memorables: un día bamboleó bajo mis plantas la tierra enloquecida y mi ciudad natal se desplomó por las furias infernales del más horrendo terremoto del siglo; otra vez, el agua, sudario líquido, amortajador de hombres y bestias, se precipitó de los cerros a los valles fecundando con muerte nueva vida; en una ocasión fuego y espanto pusieron en mi faz lívidos matices y hube de dejar detrás, en la fuga sin control, mar de llamas, crepitantes tizones de bosques, casas, hombres; he visto a la tierra encabritarse y desafiar al cielo con proyectiles de lava, piedras y arena de cientos de toneladas; el horror de la peste mundial despobló mi infancia de compañeros cuyo recuerdo me es brumoso; en mi ruta de viajero, más de una vez los vientos zarandearon mi barco o lo desarboló el rayo; si fué en tierra, vi árboles corpulentos, esbeltísimas palmeras y enraizadas ceibas volar como pajas en alas del huracán tropical o las casas arrancadas de sus anchos y españolísimos cimientos como si fueran nidos de aves; vi pasar al cometa Halley, llover estrellas, eclipsarse el sol y la luna y sentí caer muy próximo gigantesco meteorito.

Pasando de los elementos a los hombres, me ha tocado vivir las dos guerras; siendo niño supe del silbar de la metralla que durante una semana entera vomitó sobre ciudad inerme el exacerbamiento del vicio americano —en hombre o partido— de mantenerse en el poder y tomar como propia la res pública; inocente curiosidad infantil me llevó a presenciar la tarea del piquete de ejecuciones, enterándome de cómo se corta la vida humana en nombre de ley humana; he visto las masas conmovidas, hambrientas de justicia nueva, ser atropelladas (el ancho casco equino apoyado sobre las carnes y el garrote revoleante encontrando seguro destino sobre mar de apretadas cabezas de justos e inocentes); ante mí “enemigos públicos números x” hicieron funcionar los tambores de sus ametralladoras sobre no importa qué blanco; capté trozos de la caza del hombre, dramática y simple como la de la bestia; supe de atracos, timos, desfalcos sensacionales, crímenes inauditos; vi separar al hombre del seno de los suyos y condenarlo a la cárcel o al destierro; conocí cómo se castiga el crimen de pensar; fraternicé con el desterrado y compartí su pan y esperanzas; vi cómo la máquina desempleó millares de hombres y cómo los envolvió entre sus engranajes sin alma; munido de máquina bajé temeroso bajo aguas rientes o surqué desalado los cada vez menos anchos cielo y tierra.

Otra faz memorable de mi vida tiene notas referibles: me ha tocado convivir con media docena de pueblos fraternos y en ellos lo regional de sus almas se imprimió en la mía; en medio de las sombras, de la pendiente, de la caída, de ambas bancarrotas, he visto surgir del cieno la flor (color y aroma), de la muerte la vida, de la nada y la transitoriedad el ser y sus atributos; contemplé al hombre magnificarse y servirse de la materia como trampolín que acrecentó su impulso hacia lo alto; lo vi amar a sus niños y educarlos o abrirse hallando su alma en el alma ajena; doquiera me llevó mi destino encontré al hombre bueno, de mano amplia, de abierto corazón.

Y de rechazo he vivido con todos (todos hemos vivido) al par que las maravillas, lo negativo de un siglo llamado “de las luces”: vapor, fonógrafo, electricidad, radio, televisión, sulfamida, etc.; pero también sobre el alma buena se ha dejado oír el instinto sin freno y el hombre, dueño del arma de dos filos de una técnica sin alma, ha olvidado a Dios; antes arremetió contra el hombre en liza especial, pero ahora olvidó conquistas seculares y arremetió contra hogares, mujeres y niños; lo hemos visto burlar la palabra, la fe, escarnecer lo sagrado, violar lo inviolable; la pendiente por la que ha resbalado.

dura y erizada de aristas, muestra como trofeos vergonzosos girones de la misma humanidad enloquecida; la meta de la guerra se la situó más allá del sojuzgamiento material: intentó quedarse con el dominio de Dios junto con el del César; hemos vivido pesadillas de vigilia, pues el presente nos ahoga colectivamente, nos perturba pantagruélicas digestiones, las noches blancas, los días lisos, la satisfacción que tiene por límite nuestra piel; todos vivimos aires de tragedia sintiéndonos un poco culpables y avergonzados, pues nos sabemos capaces de la misma baja o de nuevo heroísmo, de la preocupación altruista o de la indiferencia encallecedora; personal y colectivamente, todo eso y más que he olvidado, me ha tocado experimentar. Por eso dije que mi vida interior está tejida con la trama de acontecimientos memorables.

2

POCOS hechos, a pesar de todo, me han conmovido más que el del eterno renovarse humano, especialmente de la juventud, siempre recomenzando e irrumpiendo ansiosa en el campo de la cultura; este espectáculo influenció mi vida. Todavía adolescente no temí afrontar la mofa de compañeros compadecidos por mi vocación: modesto maestro de escuela me ha quedado y estoy cada vez más contento. Presenciar los balbuceos de un alma en marcha es acto sagrado, no importa la altura de progreso de dicha alma, sea individual o bien colectiva; y ayudarlos a producirse, lo es tanto). Con este ánimo fui a Córdoba para ver expedirse a la juventud de uno de los primeros pueblos de América sobre sus propios problemas. Tal como lo presentía, fué espectáculo único, como no creo —sin mengua para ellas— estén en capacidad de ofrecer otras juventudes del siglo. Y esta paradójica Argentina (por tal llena de vida ascendente) permitió que contra las disposiciones de emergencia vigentes, su juventud convergiera en la ciudad colonial y prócer, y tratase libremente de encontrarse a sí misma, de aclarar el objeto de su vivir ya que sin fe y su afirmación la vida humana se desploma. Para ser sincera consigo misma, esa juventud permitió la intransigencia aislada, presente en el Congreso; no temió, en ningún momento, escuchar la exposición de cualquier sistema, pero, se reservó a su vez el derecho de tamizarlo, dividirlo, criticarlo hasta límites ya no juveniles, sino de plenitud de conciencia. Se llegó al calor de disputa, al climax emocional anulador de la razón,

pero al mismo tiempo tónico que la vivifica. Aquello fué avalancha, vida, confirmación de valores que hicieron enderezar rutas. Tal como el hombre, caminando al pie de elevados murallones en cuya cima explende el sol, esa juventud emprendió con valor la marcha difícil del espíritu, inalcanzable sin dolor (esfuerzo tenso, sacrificio de orgullo y luego de convicción); fué a derecha e izquierda extremas entrando en franjas de sombra, aunque supo siempre hallar de nuevo la recta perpendicular a la cenital transparencia que es el equilibrio entre bien y mal, verdad y error, gesto y mueca, convicción y descreimiento. La palabra del buen vecino, Mr. Roosevelt, ha recordado y dado autoridad al hecho de que la juventud no es la sola expuesta a error: que igual yerran las generaciones logradas. Y la juventud argentina, al dar la máxima lección de la hora al continente y al mundo, ha vuelto por sus fueros: su palabra, audible y necesaria fué veraz, moral, bella, llena de profunda fe en sí misma y en los hombres: fué humana. Por sobre toda bandería, por sobre toda limitación de paisaje que no fuera la limpia pampa sin accidentes, la juventud de la hora, desde las mesetas cordobesas dijo su palabra, demostró su elevada jerarquía interior en un múltiple mensaje a los niños, mujeres, jóvenes y hombres del planeta.

(Al pergeñar impresiones he puesto freno a la emoción; quise también permanecer sereno, abriendo los sentidos corporales e incorpóreos a la hora de los importantes debates; pero, el espectador premeditadamente frío era hombre y no pudo menos que abrir su alma cuando de todos los corazones brotó un mensaje cálido de amor, lleno de simpatía, pleno de olvido y desinterés).

LAS grandes jornadas anteriores han dejado de pertenecer al país; ésta, también. En nuestra opinión se ha dado un paso serio al futuro. La importancia cobrada por antigüedad y capacidad del estudiantado de derecho, le ha permitido encauzar los congresos estudiantiles en faz predominantemente política; ello ha sido normal en nuestros pueblos, nuevos en todos los terrenos. Mas, el creciente afianzamiento universitario exige que al lado del político los siguientes sectores ocupen el lugar integrativo que les corresponde. De ese modo, al lado de las ansiadas afirmaciones, con todo parciales, surgieron las del hombre total y esencialmente universitario. Al lado de la faz política —teórico-lírica—, perfecta, para la cual la juventud argentina tiene capacidad única, tomó lugar, al par que la complementación aludida,

la contribución práctica, demostración más que concreta del anhelo de ir más allá de la inercia verbalista, haciendo efectiva el ansia de contribución, por parte de la juventud, y en la parte que le toca, de alivio a los problemas que el mundo afronta. ¡Insólito espectáculo aquel!... Que un adolescente divague, sueñe, se desoriente, resulta normal; pero, conmueve ver ese mismo joven embargado con prematuras ansiedades, sacrificando horas de reposo, expansión o deleite para afrontar desnudos y graves hechos —y todavía más— para aprontar soluciones sin pedir nada en cambio. La delegación tucumana, por ejemplo, demostró conocer los problemas de su país, claramente y con amor. Su contribución valiosa no pudo ser contemplada con actitud de premura, pues ella había superado el repentismo meramente juvenil (al aludir a una delegación concreta, no desestimo los restantes esfuerzos; ocurre que me tocó estar cerca de ella, pudiendo comprobar la calidad de labor desarrollada). Tales contribuciones, por su naturaleza, superan la mera expresión de anhelos y son valioso aporte al planteo de problemas perennes; son resultado de amoroso estudio del esfuerzo de preclaros argentinos que antes, mucho antes que esta juventud, se han desvelado y sacrificado la vida entera en aras de ideales de mejoramiento colectivo. Una juventud que así se comporta no divaga: retoma el hilo por su cabo e hila su parte. De tal modo, por el afianzamiento del espíritu nacional, puede la juventud otear sobre el ancho globo con conciencia de capacidad y por tanto con derecho para ello. Las restantes delegaciones contribuyeron brillantemente con el cometido que se propusieron; todas permanecieron en su puesto hasta el final, hasta el momento mismo que se intentó superar dogmático verbalismo y se trató de equilibrar los derechos proclamados con los deberes por cumplir. Si las juventudes rozan el peligro de erigirse en sociedad cerrada, dueña de toda clase de ventajas que proclaman en son de desafío, la reunida en el congreso superó esa etapa negativa cuando demostró ser capaz de señalarse un plan de prestación social, de natural contribución a la totalidad argentina; lo demostró con su conducta puritana, con la austeridad de sus gestos, con la elevación de miras, con el reconocimiento, en fin, de sus deberes para con su patria y para con los hombres.

Las especialidades fueron parte, en el congreso, del espíritu integral del mismo; todos aprendimos de todos. Las distintas preocupaciones se propagaron de alma a alma; en muchos nacieron problemas ignorados y también interés por ellos; muchos confesamos la ignorancia y comprometimos nuestra adhesión.

La siempre nueva confrontación de la provincia y la gran ciudad dejó fuerte saldo a favor de aquella; frente a la oratoria fácil, grata, segurísima de sí misma del porteño, se alzó la voz provinciana llena de fe y fuerza de la tierra; frente al olvido o desconocimiento de la gran ciudad que se basta a sí misma, rodeada de regalo, surgió, hasta dominar, la voz pequeña, valiente, que sacó de sueño confiado al dormido. Los chicos no gritaron urgidos por acicates biológicos sino demostraron con holgura ser ellos los dueños de claves que abren el gran panorama de problemas que es la sociedad presente. No significó, de ningún modo, esa confrontación y su saldo, que el espíritu de la ciudad sea indiferente, necio (aunque sí muelle), apto sólo para eludir con la facilidad la hondura. Justo será decir entonces que la juventud, sin distingos geográficos, interpretó las tesis unitariamente, con el elevado sentido que es justo señalar y que se ha magnificado solo.

Superadas todas las diferencias, unificadas todas las miras, ha prendido en los ánimos la necesidad de realizar tal programa; anhelos del 1918 están en pie y la juventud se pregunta qué detiene su marcha; el afán de colaborar en la obra común está programado hace tiempo. No sería cierto decir, en todo caso, que nada se ha hecho, pero sí lo sería decir que hace falta hacer mucho más. Ya pasó la época en que la juventud, cumpliendo la necesidad de superar la generación que la formó, solamente derribaba; hoy, al tiempo que se arremete contra el mal hábito, signo de caducidad, se edifica con siempre mejores materiales, girones del alma en cuanto tiene de eterna, base de creciente progreso, de constante superación. La juventud sabe ya que le tocará ser juzgada y procura edificar lo más sólidamente posible su propia estructura para poder ofrecer dignificante ejemplo en el futuro, nunca lejano por cuanto tendrá tiempo de vivirlo.

Hecho fundamental que cabe destacar, es la conciencia de la participación universitaria en el gran campo de la educación, no circunscribiendo esta actividad a los lindes de la escuela de primeras letras sino ampliándolo al campo social. Allí surgió la necesidad de proclamar la docentización de la universidad entera, ya que el graduado universitario deberá responder, en la práctica, a la alta norma que lo ha formado, no importa en qué campo de la sociedad ejerza sus actividades. Si el graduado universitario, de hecho ejerce la docencia, debe adquirir el derecho preparándose consecuentemente. La visión humanista y global proclamada deberá llevar a la realización de una educación crecientemente más humana, plena del sentido de su eficiencia.

El natural romántico de la juventud hizo que ésta abrazase el partido de todas las causas nobles con elevado interés. La juventud argentina en Córdoba tomó a su cargo la promesa de no olvidar la niñez desposeída de su patria y de tomar el partido de los chicos de todas las causas, por cuanto los grandes se defienden solos. ¿Qué valor tiene la conciencia de esta promesa? Fácil resulta verlo: dentro de muy pocos años (desde ya) esa juventud pesa en su patria e interviene en su afianzamiento; imaginémosla mañana desde las más altas magistraturas, gobernando al país y no olvidando el sagrado compromiso universitario, multilateral, de colaboración, de responsabilidad, de soluciones integrales.

3

TRANSCURRIDO el Congreso, parodiando la frase yankee, podríamos preguntarnos: “¿Y ahora qué?...” En el campo de las realizaciones debemos limitarnos a nuestra Universidad. Por de pronto, la juventud lucha por comprender el momento que vive, por comprenderse a sí misma. Que no está satisfecha es signo promisorio de que algo le falta y anhela más. Quizá encuentre que le falta realizarse íntegramente dentro del campo social a que se debe y para el que se forma, aunque superando el mero sentido político banderizo, traba ésta que paraliza y hace fracasar los mejores propósitos. En La Plata, los signos son promisorios de obra grande, fecunda, definitiva. Señalemos la colaboración estudiantil en todos los campos: su magnífico coro, su teatro (del que mucho se espera) y su deporte le dan sentido de integralidad a las distintas carreras; Radio-Universidad presenta año con año apretada contribución de profesores y alumnos de todas las facultades, afrontando temarios de jerarquía que vuelcan sobre la sociedad entera; se organizan exposiciones de obras de arte que indican sentido superior en la dirección a que tales esfuerzos con desinterés se encaminan (cuando estas líneas salgan a luz una orquesta universitaria habrá dado ya su primer concierto); se hacen además, cursos libres y de repaso, conferencias, revistas orales e impresas de repercusión interna, fiestas magníficas y se agrupan los estudiantes por provincias. Todo es vida en nuestra república estudiantil; pugna con todas sus fuerzas por dejar de ser islote, quiste, sociedad cerrada dentro de nuestra bella ciudad y la provincia. Todavía pocos y escogidos realizan y la mayoría aplaudimos (o criticamos sin contribuir

con nada) la obra indiscutible. Pero, para romper definitivamente el cerco universitario hará falta que nuestra juventud vaya al pueblo que hace posible que ella sea clase archiprivilegiada. Deberá ir al pueblo —reiterémoslo— con sentido ajeno a banderías políticas y con un ideal superior de simple solidaridad humana, de reconocimiento, de deber, de mero ejercicio democrático. Este sentido de lo social no se nos enseña en nuestras casas de estudio cuya benemérita labor teórica no se discute. Nuestra formación está huérfana de experiencia. Hay un creciente clamor por que las aulas no sean fragmentos inconexos dentro de una misma escuela, porque se vinculen entre sí; hay clamor porque las universidades del país derriben las barreras con que se ocultan unas de otras. La misma juventud reclama actividad acorde al ritmo vertiginoso del siglo y protesta la cátedra magistral: quiere vitalizar su función; quiere terminar con doctores de derecho que se gradúan sin conocer un tribunal; con doctores en pedagogía que solamente recuerdan la escuela que los formó y desconocen, sin extrañarlos, las escuelas del presente; con agrónomos de piel empalidecida dentro del penumbroso aire enrarecido de aulas de teoría y que temen, sin conocerlo, al hermoso sol de la pampa; con ingenieros agotados con trabajos prácticos de mesa que ignoran del esfuerzo gigantesco y nacional que edifica al país, etc.

¿Qué se opone a tal clamor? Alguna vez hablamos del “transeuntismo”, refiriéndonos a la esclavitud del profesor al cronómetro. En el Congreso han pedido los tucumanos que el ejercicio de la cátedra se realice “full time”, con entera dedicación. Por ahora, nuestros maestros (con las honrosísimas excepciones por todos conocidas y apreciadas) nos dejan solos; solos quedamos cuando entonamos nuestro himno, cuando nos consume la duda, cuando clamamos por guía, cuando nos entregamos al regocijo, cuando un duelo nos enluta. El fenómeno, sin embargo, es normal dentro de una Universidad tan joven como la nuestra, que apenas rebasó el cuarto de siglo; vivos están, para nuestro bien, los auxiliares del gran maestro que la fundara. Siendo reciente su creación, sufrimos todavía el fenómeno de los primeros momentos: falta de maestros, suplida en buena hora con el benemérito esfuerzo del profesor transeúnte que se avino a hacer patria a kilómetros de su hogar. Hoy, en cambio, las casas de estudios cuentan con brillantes graduados, es decir, hay maestros suficientes. Faltará ahora para terminar con el transeuntismo (cuya existencia también la justifica el derecho del profesor universitario de mantener una posición decorosa en la sociedad de la que encarna mo-

delo y guía) asignar a cada catedrático los emolumentos que lo liberten de toda otra ansiedad que la docente.

Creemos que el prestigio del maestro Korn, amén de su valor indiscutible, se cimentó en la posibilidad de poder compartir con él horas amables donde el hombre asoma entero. Y un maestro así, que comparte fuera de lo docente, ciudad, casa, mesa; un maestro dedicado a su alumno, sabrá sentirse cómodo rodeado de juventud, podrá fundir el hielo que descende del alto Aconcagua del estrado magistral, suprimir los deprimentes diálogos que hoy tiene que entablar con el desconocido que ocupa el banquillo de exámenes. El alumno universitario tendrá en la vida, guiado por el maestro, ancho campo para sentirse capaz de ser algo más que un simple, cómodo y seguro aspirante a empleo. De ese modo nuestra realidad argentina y americana se magnificará a nuestros ojos, nos irá soltando sus secretos porque iremos rectamente a ella por nuestros propios pies, abierta el alma para captar su mensaje, y no la adulteraremos por apoyarnos exclusivamente en andaderas extrañas; sólo así nacerán nuestras propias teorías, nuestros propios libros cuyas tesis, si son hijas de realidad bien escudriñada y vista, se erigirán naturalmente en normas universales; solamente así devendrán realidad tanto una ciencia como científicos nacionales. Las condiciones presentes imponen el cumplimiento de ese programa cuyo fin será plenificar ante ojos neo-universitarios al niño, a la sociedad, a las instituciones, al alma, a la naturaleza y totalidad argentinos.

Y no proponemos un programa regionalista estrecho, ya que ese inmergirse en la realidad estaría dirigido magistralmente por la sabiduría acumulada durante años de esfuerzo, dedicación y por la capacidad indiscutida de nuestros maestros, amasada históricamente en cuanto de prócer tiene la humanidad y porque muy pronto todas las carreras de la casa tendrán ampliación humanista.

Creemos que es deber de la juventud edificar la sociedad que ella misma constituye edificándose a sí misma; pero también creemos que es su deber conocer su sociedad en los menores recodos y sobre todo tener conciencia de cómo y por qué resortes, de acuerdo a sus capacidades, va a incidir sobre ella para mejorarla. La actividad electoralista de los centros y sus restringidas proyecciones deberán ampliarse; deberán organizarse con fines educativos y de difusión de valores culturales. Además de su docentización como medio de ejercitación espiritual, el consultorio preventivo, la farmacia modelo, el consulto-

rio jurídico, el departamento pedagógico, etc., serán medios, contribución encaminada a velar por la salud material y espiritual del pueblo y para acrecentar la propia. No podrá argüirse ahora que el alumno sólo debe estudiar: el esfuerzo organizado podría comprometer la colaboración individual por un solo día del año y de ese día bastarían diez o quince minutos de acercamiento al pueblo en tren de información, consejo, prevención, ayuda. Reunidos los minutos de más de trece mil estudiantes como somos, sumarían años ganados al porvenir: del universitario llegaría al pueblo sencilla lección de verdad, de conducta, de belleza, de fe en sí misma, de ejemplo y preocupación por el bien individual y colectivo. Mientras tenemos casa propia, más de cien instituciones culturales de la ciudad nos esperan para iniciar sin alardes, calladamente, la gran cruzada (*).

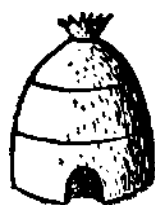
4

ABRIGAMOS la seguridad de que los congresos del futuro, además de cuidadosa preparación, contarán con la amplia colaboración de profesores. Difícil será encontrar —según las modalidades que tendrán— forma más promisoría para el desarrollo y evolución del pensar y hacer universitarios: permitiendo a una juventud obrar por sí misma en la preocupación, elucubración y realización de anhelos de integralidad, se tendrá la seguridad de poder contar con ciudadanos que podrán cumplir su función sin tanteos y con economía de esfuerzos. Saliendo de la universidad, la juventud llamada a orientar y dirigir —si se la ha preparado dentro de la misma sociedad, como parte integrante de la sociedad que es a su vez— tendrá mayor posibilidad de realizarse integralmente que en caso contrario.

(*) Nuestra Universidad Platense resulta para el estudiante la más barata del mundo; su juventud es escogida; su profesorado brillante. La Plata entera es la ciudad universitaria por excelencia: la naturaleza y el esfuerzo de sus hijos la han erigido en joya continental. Incorregibles descontentos, se nos enseñó a ver al futuro; soñamos. Vemos su comedor, su asistencia médica obligatoria, sus campos de deportes, sus muchas bibliotecas, sus salas de actos y exposiciones dispersas, su teatro, su coro, su orquesta, sus boletines, sus revistas, etc., etc., amalgamados, constituyendo fondo y forma, medios y espíritu del gran hogar universitario, ciudad viva de alumnos, erigida en el bosque, centro estratégico de todas las casas de estudios, refugio grato de egresados y maestros.

Una de las comisiones del Congreso desahució a la universidad argentina. No creo, de ninguna manera en tal diagnóstico y es ello en lo único que disiento con el Congreso; apelo en mi apoyo a lo mismos congresales: una universidad que forma en sus aulas a una juventud capaz de expedirse en la forma que lo ha hecho la juventud argentina en Córdoba, es una universidad que de ningún modo ha fracasado en su cometido.

RAÚL OSEGUEDA.



TIERRA SIN HOMBRES, HOMBRES SIN TIERRA

DESENCUENTRO ESPIRITUAL DE
NUESTRO HOMBRE

por
JOAQUÍN NEYRA

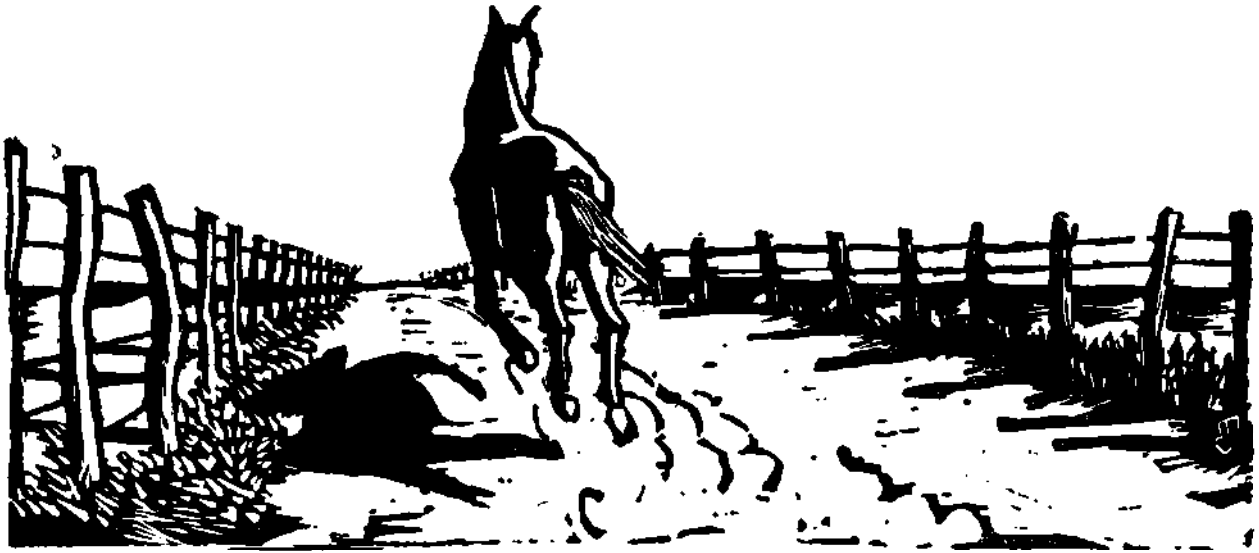
GRABADOS EN MADERA

por
CLEMENT MOREAU

~

*Eres esplendorosa y desvalida
Con un frío y ardor que no descansa
Desde el seno de Última Esperanza
Al Pilcomayo de agua bienvenida,
La indolente violencia de tus tierras
Se repite con lunas o entre sierras.*

SILVINA OCAMPO



DESENCUENTRO ESPIRITUAL DE NUESTRO HOMBRE

OBSERVADO panorámicamente el desarrollo de la vida argentina, se advierten etapas de diferenciación que permiten comprender la situación actual. Situación no muy clara, pero ya con una orientación alentadora, porque existe conciencia del problema. Y padecimiento, drama espiritual en muchos hombres, escritores, filósofos, artistas, alguno que otro político. Drama profundo, porque nos hemos dado cuenta que no somos quienes debíamos ser. Y el hecho de haber alcanzado a tener conciencia de la existencia de este drama del espíritu, que se debate entre el ser y el no ser es ya importantísimo. Ha comenzado la lucha. Ya se sabe qué queremos y hacia dónde vamos. Debe producirse el alumbramiento. Drama espiritual, acaso el más fecundo y del cual depende la creación de nuestro carácter como pueblo, de nuestra ubicación en el drama del mundo, de nuestra universalidad o ubicación definitiva como entidad geográfica y humana.

Por eso es necesario analizar estas etapas de formación para penetrar en esta crisis espiritual nuestra.

América, como tierra conquistada por un mundo completamente distinto, no pudo ser luego sino una factoría. Considerado el habitante autóctono como salvaje, sus fuentes de cultura fueron cegadas para

dar paso exclusivamente a la cultura del conquistador que se instaló con su idioma, su religión, su arte, su política, y naturalmente con todos los elementos que conformaban su vida europea. La tierra no podía contar sino en la medida en que producía materias primas, riquezas para el embarque y una literatura superficial de observación puramente objetiva. Cosa lógica, además.

Y como cosa lógica, para los españoles de la conquista y de la colonización todo afán fincó en reconstruir el mundo europeo en tierras americanas. La tierra no podía brindarles su secreto ni decirles nada. Los nombres de los pueblos, de las montañas, de los ríos fueron respetados en algunos casos, por la misma fuerza invencible de la tierra y en tantos otros totalmente sustituidos, borrados; casi todos, antepuestos o pospuestos a los nombres que correspondían, o al santoral y a las poblaciones españolas, origen de los nuevos pobladores o porque existía alguna similitud geográfica con ellas. No venían a crear un mundo sino a extender el mundo que les pertenecía para gloria del imperio, triunfo del catolicismo y de su cultura.

La colonia no ha conocido el drama de la contradicción, puesto que fué afirmativa y luchaba por una finalidad concreta, sin tener en cuenta para nada el pensamiento del indio, del nativo. La etapa de la liberación tampoco padeció el dilema ni vivió la angustia de ser o no ser, porque fué constructora, creadora de la nacionalidad, también con una finalidad definida. No hubo espíritu de duda, de vacilación. Los hombres eran o no eran. Los ideales de sus vidas, tanto en el individuo como en lo colectivo, fueron afirmación rotunda, identificación total.

En cuanto a la vida espiritual la afirmación era idéntica, porque todos aspiraban a una cultura en la que dominara la influencia europea en un cien por cien y especialmente que fuera francesa. Más tarde y antes y durante la organización del país existieron diferencias, pero no en el sentido del drama actual, sino entre el hombre del campo y el de la ciudad, que aun subsisten y existirán por mucho tiempo, mientras sea la distancia el factor principal y la incomprensión del litoral respecto al interior, se mantenga cerrada.

La crisis espiritual a que me refiero es mucho más nueva. Es reciente, en un sector importante de la intelectualidad argentina. La mayor parte de los argentinos no tienen conciencia plena de ello aunque sus efectos se sienten, especialmente en el hombre del interior. En el pueblo. Porque en las clases dirigentes ha primado siempre el aspecto



europizante a toda costa, seguido por la nación en su cultura y en su política. Y en la economía.

Cuando el continente ha buscado nuestra correspondencia, nos dimos cuenta perfecta que aquella política viejísima había dado sus frutos negativos. La Argentina no correspondía íntimamente a América y se hallaba como separada, como a espaldas de ella. Sigue con sus ojos puestos en Europa. Y cuando interrogamos al país en lo más hondo de la nacionalidad, nos damos cuenta que esa misma política ha dado resultados desastrosos para nuestra vida, porque ha evitado la formación del carácter, creando una desdichada dependencia del espíritu. Más, un servilismo espiritual y político.

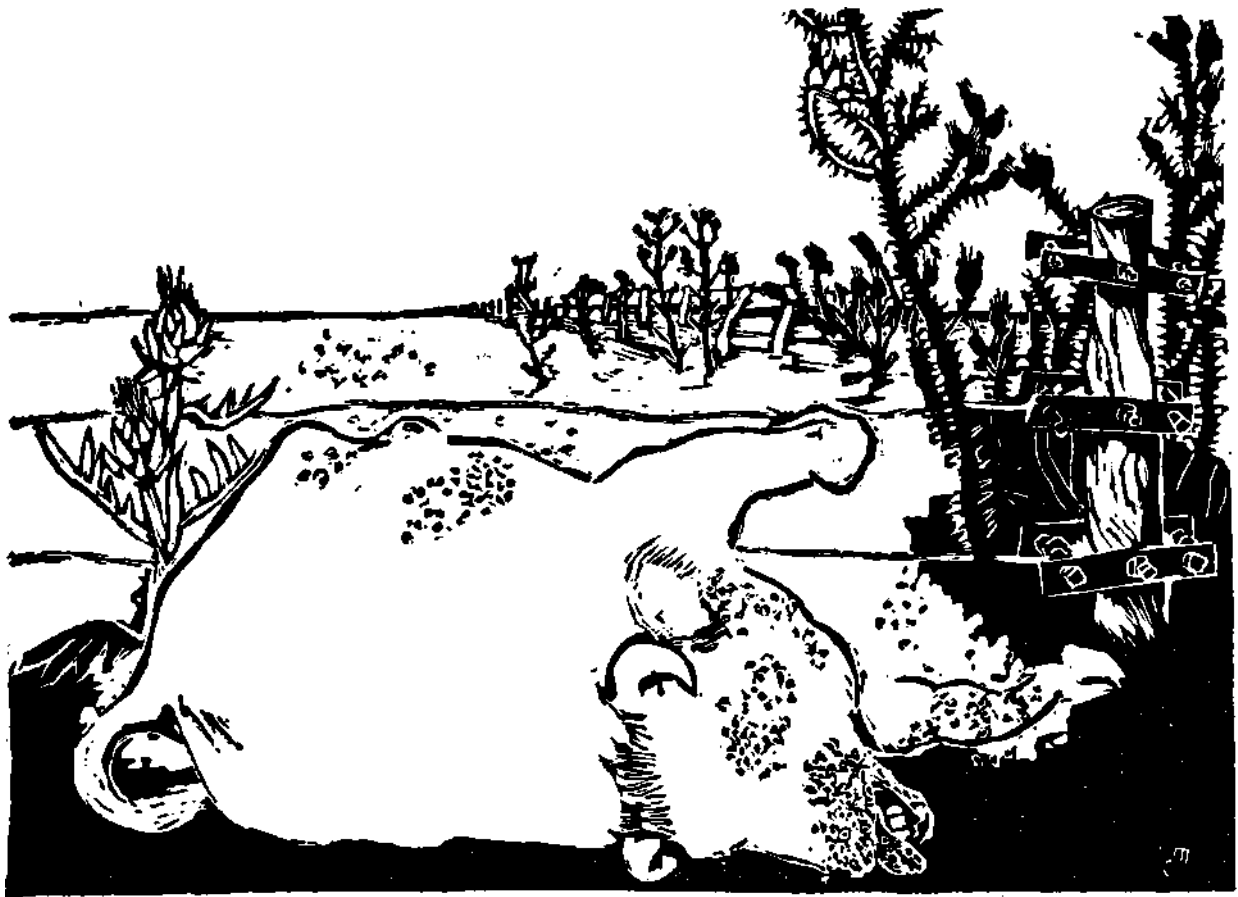
La Argentina ha vivido constantemente despreciando todo aquello que surgía de la tierra, con una grandeza cósmica. Un complejo de superioridad para todo lo europeo y un complejo de inferioridad para todo lo argentino ha sido siempre la consigna secreta que desnaturaliza lo argentino. Este defecto fué tomado como virtud y de ahí que el argentino sea quien se desprecie a sí mismo. No tuvo nunca confianza en la obra del argentino. No ha tenido conciencia de su

importancia más allá de la vanidad de ser el pueblo más europeizado de indoamérica.

Pero este desprecio de sí mismo ha hecho que los argentinos vivieran siempre en una etapa de imitación en el arte, la expresión más auténtica de un pueblo, y en la política, amén de la economía, completamente sometida y en condiciones de mercado de factoría de los poderosos imperios.

América ha sido colonizada, formada y culturizada por el mundo europeo. Somos una resultante de ello. Hemos crecido en su tipo de política, en su cultura, en sus símbolos, en sus costumbres, que la tierra ha variado en muchos aspectos. Religión e idioma han hecho que nuestro espíritu y nuestra expresión respondan íntimamente a una significación estrictamente europea. No nos podemos desprender de ella de ninguna manera porque está en la raíz, en la médula. Pero debemos empezar nuestros trabajos para dejar el andador y seguir por cuenta propia. Lo europeo en América debe ser un medio pero no una finalidad. Europa es el medio y América la finalidad. Todo lo que se haga en contrario será fruto de la aberración o de complejos intereses. Un pueblo no adquiere carácter en la imitación sino en la creación. Y esta etapa es la que inicia América por medio de sus pensadores y artistas más representativos en su sentido, que es necesario llamar el sentido de la tierra. El espíritu de la tierra. El sentido de América.

Si la Argentina, respecto de las demás naciones del continente de habla hispana es la más europeizada en cuanto a su hombre y a sus costumbres, su intelecto, etc., quiere decir que ha logrado estructurar con la asimilación de nativos y europeos, una nueva raza blanca o una variación de raza blanca en un ambiente, un escenario completamente distintos del originario. Si somos una nueva raza, como tendrán que darla todos los pueblos americanos tarde o temprano en el más alto grado de cruz, debemos tener ya un carácter definido o por lo menos estar en camino de ello. Algo hay de esto, pero no es muy profundo. El argentino no se ha preocupado por la creación del tipo argentino, cien por cien, como le hubiera correspondido, sino por parecer cien por cien europeo, para escapar al menosprecio por lo criollo, manifestado en la cultura, en el arte y en la economía. Por eso no tiene un carácter definido que le dé ubicación precisa, localidad o personalidad que le den universalidad.



Los hijos de la nostalgia

ACEPTADO este pensamiento como general, como características que han estancado el crecimiento del país en el sentido de la tierra y han impedido la estructuración del yo, tanto en el individuo como en la masa, corresponde señalar los dos tipos de fracaso o desencuentro espiritual del hombre argentino.

Para ello dividimos al país en litoral e interior, en hombre de influencia atlántica y en hombre mediterráneo. Los dos padecen una crisis espiritual profunda y esos dos estados tienen causas distintas.

El hombre del litoral es hombre recién llegado, el hombre que han dejado las olas en nuestras playas, emigrado por diversos motivos, pero identificado en la finalidad de tentar fortuna, de hacer una nueva vida, de progresar y de vivir en paz y en libertad en una tierra nueva, llena de todas las posibilidades. Posibilidad de pasar

de esclavo a señor, de pobre a rico, de oscuro trabajador a dirigente político y sobre todo a vivir en la dignidad que da la democracia, aún la imperfecta que practicamos nosotros.

Las grandes masas de inmigrantes no se distribuyeron bien en el país. Y la mayor parte se quedó en Buenos Aires y las ciudades y campos del litoral. Un porcentaje mucho más elevado del que se cree y se predica se ha dedicado enteramente al comercio y a sus más variadas especulaciones. Ha tirado su moral al río y sólo le ha interesado hacer dinero. Las grandes ciudades, como las aldeas, le dieron puesto de preferencia, en parte debido a nuestra misma idiosincracia. Y no han producido, sino esquilmo, adueñándose luego del patrimonio criollo, completamente desamparado y hasta entregado so pretexto del progreso, por las clases dirigentes argentinas o sus gobiernos equivocados.

Pero estos hombres, venidos de todos los rumbos del mundo al encuentro de la tierra nueva, de todas las posibilidades para la aventura, sin cultura, analfabetos en gran número y semianalfabetos casi todos, procedentes de países gobernados por monarquías absolutistas y retrógradas como España e Italia, son los que han hecho, junto con el criollo, la grandeza argentina. Y de ellos, bueno es no olvidarlo, los que emigraron de sus patrias por razones políticas, por libertarios y liberales, sembraron en nuestros trabajadores el germen de la organización política, de la lucha por las reivindicaciones sociales, en un medio en el cual nuestro hombre o era peón o paria.

Este elemento forma la levadura de esta nueva raza. Se ha quedado en América, se ha asimilado, aunque su pensamiento fué volver en buenas condiciones económicas a su patria. Antes que su espíritu pudiera adaptarse totalmente, ha dado sus hijos a esta tierra. Que son las generaciones actuales. Por mucho que se asimilaran y amaran a esta tierra, por lógica inmutable, sus espíritus, sus sueños estaban en la patria de origen, en la lejana aldea donde se ha quedado la raíz y el tronco de sus vidas, de la que ellos eran su continuidad.

En el interior del país, estos hombres se han asimilado en forma más completa. No así en el litoral donde han formado colonias, clubs y establecido una sociabilidad entre grupos procedentes del mismo pueblo o de la misma nación. Han seguido con sus costumbres, sus comidas, su idioma, su música, su arte, sus danzas, unidos en la mis-

ma finalidad e identificados en sus sueños y en la misma poderosa nostalgia de la patria.

Emocionalmente para ellos no ha existido la Argentina. Hubo un país abierto a todas sus esperanzas de enriquecimiento. No le pedía abandonar sus costumbres y su medio, puesto que se lo brindaba en las asociaciones de connacionales y en la gran ciudad predominaba la música, el arte de sus países y sobre todo la misma ansiedad de Europa. Los criollos de la clase dominante por conocerla y vivirla de acuerdo al pensamiento constante y los otros por volver al lugar donde nacieron.

¿Qué haría este hombre nostálgico, en esta tierra cuyas voces hondas le eran completamente desconocidas? Reconstruir aquí su patria, revivir sus costumbres, su arte y bautizar las nuevas poblaciones, las pequeñas villas que se hicieron luego ciudades, con los nombres evocadores. Así lo hicieron los españoles en la colonización, los italianos más tarde, los alemanes, los franceses, los ingleses, todos. En cualquier parte de la república surge una Nueva Italia, Nueva Baviera...



Aprovechando la predisposición argentina por europeizarse, los cafés, los teatros, los cines, los negocios, los cabarets, los burdeles, todos lucieron en sus letreros, los nombres evocadores de lo europeo. Todo en ambiente europeo. El argentino se hacía la ilusión de estar en París, en Viena, en Budapest, y los europeos se hacían de todo esto la realidad que les faltaba. Luego en el teatro, en el periodismo, en la literatura, en la moda, en todo tenían y siguen teniendo todo aquello que les evoca Europa y halaga al argentino, que se desprecia siempre, a pesar de su orgullo de ser argentino, pero argentino europeizado al máximo.

Los hijos de los europeos recién venidos son los hijos de la nostalgia, en verdad. Han crecido en el ambiente fabricado por sus padres. Y si especialmente el porteño, por su temor al ridículo, se ha burlado de su padre gringo, se ha hecho en su ambiente, apenas modificado por otros factores. Es el hijo de la nostalgia. Y así se han hecho millones de seres, la mitad o más de la mitad de la población de la república con hombres ausentes. Los pies en la pampa generosa y el alma en la patria lejana y bien amada, más recordada aún a la distancia.

¿Qué hacía este hombre en una tierra cuyas fuentes emocionales le estaban vedadas, en un país que desconocía más allá de los límites de la llanura vecina al mar y a los ríos? El hijo del músico se dedicó a producir óperas de esencia italiana con temas criollos o indígenas, estimulado por el Teatro Colón, las comisiones de cultura y el argentino hijo de la nostalgia, y el padre, nostalgia todo, sin comprender que jamás el pueblo argentino estimará sus creaciones porque nada es tan antagónico como la ópera para su idiosincracia. O es director de bandas de música en la capital o en el interior, ejecutando invariablemente un programa con melodías italianas o alemanas y mechando de cuando en cuando una pieza de carácter argentino. Y el pintor, lo mismo.

Pero al surgir algunos creadores auténticamente argentinos, el hombre del litoral se encontró con que estaba viviendo un drama espiritual. Espiritualmente se había desencontrado. No estaba en el camino. ¿Qué era él respecto a la Argentina que se iniciaba? Algo indefinido. Sin duda la masa de la construcción futura, pero actualmente hombre puente. Sin himnos, sin ideales y sin pasiones concretas que enciende la tierra cuando se está ligado a ella en sangre y alma. Y es

un hombre triste. Desencontrado. Prefiere no meterse. Le sobra indiferencia y picardía. Le falta ingenuidad y pasión. No se mete, es decir, la emoción no alcanza como para que el hombre se juegue íntegro. Hombre triste y decepcionado, indiferente. Entonces no hay creación en el sentido de la nación y del continente. Sus ideales políticos se dividen en derechistas e izquierdistas, pero no de acuerdo a una creación propia, sino a las contingencias de esos bandos en Europa. La Argentina es tierra de nadie en sus ideales y en sus sentimientos. Hombre desencontrado espiritualmente, es con razón un hombre irremediablemente triste. Es la pasta en la que se injertará el nuevo hombre, con un destino concreto de nacionalidad y americanidad. El de la etapa creadora, definitiva en el sentido de la tierra. Etapa iniciada ahora. Fruto del drama espiritual que está padeciendo el argentino del litoral y del interior por haber vivido fuera de sus verdaderos destinos.

Un futuro postizo

AQUEL es el drama de los hijos de la nostalgia a quienes las voces de la tierra no les dicen nada. La tierra no les habla. No tienen noción de lo que es el país. E ignoran los abismos existentes entre su espíritu y el espíritu del hombre del interior. Dos entidades psicológicas distintas que para crear necesita armonizarse, ser una sola en ideales, en sueños, coincidir.

El drama espiritual del hombre del interior es distinto. Es hombre esencialmente americano. Descontando el tipo de la política y de la industria que sólo pertenece a sus intereses, naturalmente. El hombre de provincias es uno con su tierra. Está identificado con ella. Es un fruto de siglos. Asimilados totalmente el indio y el español en su crisol, es una raza nueva pero definida y posee por lo tanto una unidad espiritual y coincide en los sueños y esperanzas, en los ideales. El drama del hombre del litoral consiste en no estar ligado con la tierra, por tener su alma puesta del otro lado del mar y solamente su humanidad física en la pampa. Algo así como un árbol lozano sin raíz. El del provinciano es al revés: tiene poderosa raíz, tradición, historia, pero el futuro que se le asigna, por mandato del litoral, no es el que le corresponde.

Y tampoco tiene himnos que acompañen su acción hacia el porvenir. Su pasado ha sido debilitado por la enseñanza dirigida desde



Buenos Aires, con criterio de los hombres por lo general ajenos al país, en su esencia. Todo ha tendido a hacer de las provincias especies de sucursales de Buenos Aires en sus costumbres, en su política y en su vida espiritual. Y en hacer que desaparezca el sello de individualidad y de carácter con fines no confesados, pero no por ello menos advertidos. Por razones económicas y políticas se ha aspirado siempre a una hegemonía total de la Capital Federal, hegemonía del puerto. Se ha impedido el crecimiento de las regiones en la pretensión de lograr una unidad argentina. Para nosotros la cosa es distinta: es necesario lograr el crecimiento de la región, económica y espiritualmente para llegar a la armonía por las diferencias. Un espíritu argentino, por encima de todo, pero con regiones diferenciadas de acuerdo a la tierra y al hombre.

El hombre de las provincias, hombre mediterráneo, ha visto invadida su vida por el afán europeizante de Buenos Aires. Las industrias y la propaganda no lo han tenido en cuenta so pretexto de un

modernismo de imitación. Había que construir edificios nuevos: el arquitecto copiaba lo último de París o Nueva York y se erigía como una conquista del progreso. Pero no respondía ese modernismo al sentido de la tierra. No había crecimiento en su sentido y todo aquello resultaba como un parche inexplicable.

Se desterró de la vida argentina todo aquel tesoro emocional de la tradición sin que sobre ella se haya creado nada. La radio y el cine invadieron destruyendo todo. El hombre provinciano es así un hombre acorralado que vé cómo se destruye su pasado y cómo se quiere imponerle un futuro hecho por correspondencia, un futuro postizo que no coincide con su espíritu. No tiene himnos, porque no construye. Vive del recuerdo de su pasado en el cual hubo armonía entre su pasado y su porvenir. Pero ahora no. Hay un profundo desencuentro espiritual del cual surge su drama, su tragedia.

Quisiera sumar su entusiasmo a la creación de la vida argentina, pero tiene que desistir. Cuando en los grandes días de la patria, los 25 de Mayo y los 9 de Julio, asiste a las noches de gala en el Teatro Colón, se encuentra con que los argentinos celebran los fastos de la nacionalidad con "La Traviata" de Verdi o "Tanhaüsser" de Wagner. Bien para los hijos de la nostalgia y los que viven pendientes de Europa en la tradición y en las novedades; para el provinciano no es más que la evidencia de que la Argentina verdadera nada tiene que ver en todo esto. No hay creación argentina en arte. Fuera de algunas excepciones que las comisiones de cultura y el gran Coliseo jamás toman en cuenta. En las provincias hasta Dios es extranjero, pues su representante en la tierra, nombra desde Roma a sus servidores en un 95 por ciento italianos y españoles, y el resto franceses y belgas. Esto en el litoral no se nota, mayormente. Lo primero está bien para nuestra cultura y nuestras emociones, pero no para celebrar con ellos los días de emoción máxima de la nacionalidad. No es nada más que un ejemplo de los mil hechos que apoyan mis observaciones al respecto.

Todo esto, ¿qué es? Desencuentro espiritual. No estar en el camino que a cada cual le corresponde. El hombre mediterráneo argentino no puede luchar por crear un futuro ajeno a su entraña cósmica. Tiene un pasado debilitado y un futuro postizo. Y el hombre del litoral, otro descontraído con su destino, vive espiritualmente fuera de la tierra. Uno y otro son negativos y por ello tarda en surgir la etapa de creación en la vida argentina y americana en muchos casos, que substituya a la de imitación en la que hemos vivido, y se prolongará aún por mucho tiempo.

Será preciso entonces, para conjurar el mal, que el hombre del litoral vaya hacia el encuentro de la tierra, identificándose con ella y el hombre del interior que recobre su derecho de crear en el sentido de la tierra. Uno y otro serán distintos, pero llegarán a ser ellos mismos, realizándose en un sentido argentino y americano.

JOAQUÍN NEYRA

CORREO DE CARYBE

ME VOY AL NORTE

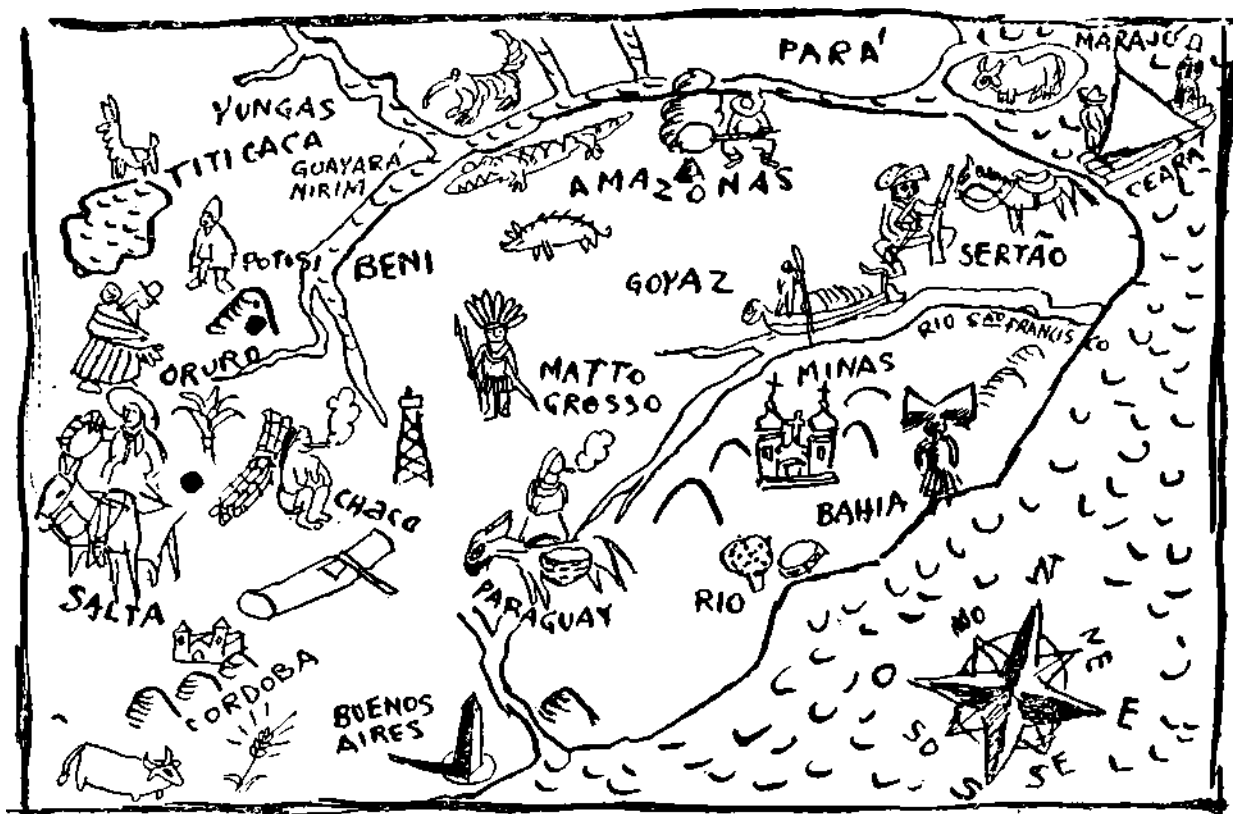
Textos y dibujos de

CARYBÉ

~

De esto hay mucho y no se ve.

GOYA



ME VOY AL NORTE

SE está alejando. Es la ciudad del río inmóvil, la ciudad que vuelve las espaldas a la pampa, la ciudad que mira a Europa y no mira al país porque por el río vienen las francesas. Venían. Porque está llena de gringos que miran con los ojos para fuera al otro lado del mar... Son mentiras. La ciudad está panza arriba porque hace calor y tiene catorce mil ojos como las moscas o los mosquitos; no me acuerdo bien. Y los gringos están en la Boca, tomando fresco en los balcones y en los patios, o tocando guitarra o acordeón, o tomando uísqui en el American Club, o haciendo números, en mangas de camisa, en la Cámara de Co-

mercio Británica (Falta poco para la cosecha), o armando el Diario Sirio Libanés o sacando plumas a los pavos en el mercado de abasto. Eso están haciendo.

Tiene lugares formidables y otros así nomás. Uno se divierte por las calles y en las casas. Se quedaron mis gentes en el muelle y ahora estarán charlando. Me da tristeza y me voy al bar. Una caña. Dos cañas. No hay dos sin tres.

¿Eh? ¿Qué hará Violeta? Estará en su cama. Ya está lejos. Buenos Aires. Tiene fulgores opacos de ópalo. Mucho más arriba están las estrellas.

Buenos Aires está frente a mí. Es un decir, frente a mí hay un elevador de trigo muy alto que lo tapa, pero no importa; sé donde queda Barracas, el Congreso, Villa Luro y aquí cerquita a la derecha el bajo lleno de cosas. Más allá, mucho después del último número de Rivadavia están los Andes. Hay restos de indios antiguos y cacharros con dibujos. Dragones y duendes y guerreros y caciques. Al norte voy. En la costa hay negros. Trajeron muchas cosas, muchas cosas que yo sé... Me las contó el viejo Joaquín cuando era chico. Ahí se queda Buenos Aires. El barco piteó las tres veces del reglamento y han tirado los cabos de manila al agua. Buenos Aires se queda. Está lleno de tucos, luciérnagas y mandarovás, verdes, azules y colorados, se van apagando y encendiendo. Siempre más lejos. ¿Están?



Muchos días río arriba. Montevideo se quedó, allá... con su cerro.

El río pasa debajo del barco hace días. El barco es un bicho cascarudo que se cayó de espaldas. Nunca se podrá enderezar.

Además de correr en los barrancos, los caballos corren en el fondo del río con la cabeza para abajo, lo mismo les pasa a los ceibos, sauces y pueblos de la orilla. Todo va pasando como figuras de naipe de poquer.

El enfermero sufre de insomnio. Se pasea por los pasillos hasta la madrugada, fumando. Ya terminó su santuario en madera terciada, para la virgen de yeso. Lo pintó al óleo, al frente imitó jardines con aserrín pintado, alambres y bolitas de plomo. Cuando pesca, se enoja si uno silba porque según él los pescados se van; además, está de muy mal humor porque el dentista le hizo la dentadura fuera de medida y tiene que quitársela para comer. A la tarde se sienta a la puerta de la bodega, los dientes le abren la boca y se ríe sin querer, con la cara triste. Tomando sol.

Aparecieron yacarés y garzas y los carandás custodiaban las orillas. Humaytá. 1868. Los ejércitos de la triple alianza... Mejor es no acordarse. Junto a las ruinas pasta algún buey viejo y una vieja lava trapos en el río.

La luna salió enorme, colorada. Está mitad en el agua y mitad en el cielo y lleva en la panza una hilera de palmeras.

Hay una vaca muerta y un palo seco renegrido de cuervos.

La luna se viene con nosotros. ¿Querrá ir a Asunción?

Los dos armados que pescó el contramaestre roncan en el suelo. Pasó



CONFUSIÓN DE LA PARTIDA — Carybé.

una chata naranjera que le piteó a la luna; la luna no le hizo caso.

Asunción del Paraguay. Bonito nombre. El río sigue porfiado imitándolo al cielo. Antes hay un barrancón colorado y un muellecito viejo. Enseguida viene la ciudad. Tiene en el centro lo de todas las ciudades: edificios de cemento, ministerios, palacio de gobierno, legaciones, autos cadillac, policías con varita blanca, elegantes y elegantas, asfalto... No interesa. Después de ese centro vienen las calles con piedra, las plazas con árboles mucho más viejos que Solano López, el Duque de Caxias y don Bartolomé Mitre juntos. Las burreras pasan con sus árganas repletas de naranjas y mandioca, con tarros de leche, verduras. Su manto oscuro, a lo Virgen María, las torna severas y bíblicas.

Por el parque botánico las matas de bambú estallan en tiros verdes. Los mangos se están allí, parados, con su verde antiguo. Hay mamoneros rectos, cargados de tetas dulces y amarillas. Así es la papaya. Por las lomas de verde suave va una hilera de mujeres con fardos de leña en la cabeza. La segunda está preñada. Van en fila india y cierra el desfile una pareja de perros flacos y rubios.

Doblando a la izquierda, por un callejón que da a fondos de patios, se sube y se baja y se llega a un barrio de pobres. Cuando asomé al último barranco ya las gallinas se acomodaban en los palos. Mi sombra había crecido cinco metros contra el barranco. Luego se fué volviendo todo azul, después pardo y entonces se encendió un candil dentro del rancho de la izquierda. Un catre con sábanas limpiísimas. Una mesita con carpeta verde y en la pared la ampliación fo-



tográfica de algún muerto, hecha al esfumino. Tocó una guitarra y por el aire caliente flotaba un olor a fueguitos de leña, junto al de las "damas de noche". Un rancho hace equilibrio sobre un barrancón, lo sostiene un tronco a manera de columna. En los cañadones se prendieron muchos candiles. La muchacha sonrió. Estábamos frente al río.

En el viejo mercado hay un mundo de mujeres. Es de nunca acabar. Hay morochas lindísimas, con flores en el pelo. Yo me tomo un café. Hay brujas auténticas, con mantos negros y cigarros de hoja. Leen sortilegios en el humo. Hay muchachas pálidas sentadas en cuclillas sobre arpilleras, que apretando la parte de atrás de las polleras en la coyuntura de las rodillas libran sus encantos de las miradas. Venden mandioca, porotos desgranados, yuyos medicinales, bananas y tomates. Pasó una momia india embozada de negro, con un gallo bataraz de barro pintado. La vieja naranjera vende y chupa su fruta de oro,

escondiendo las asentaderas en las árganas de cuero crudo. Yo me tomo un chocolate. Después del chocolate vinieron las calles arboladas con naranjos, el sol, el hotel, el vigilante, el asfalto, el Ministerio de Hacienda, la recova, el puerto y en el almacén "El Yacaré", tomé una caña y compré un cuero de acutí.

El barquito sigue alegre con sus bigotes canos, de espuma. Pasan los cuadraditos de maíz y de caña. La gente saluda desde la orilla. Toda la gente es buena.

En Concepción se emborrachó el capataz, tutor de los aberdeen angus que van a Corumbá. La persigue a Josefina y el cónsul trata de apaciguarlo y le charla, agitando sus manos de dedos gordos y en punta, como patas de gallo enfermo. Miro la costa. Hombres desnudos bañan a unos cuantos caballos. Cerca las lavanderas lavan y se bañan en camisa y al mojarse se le transparentan los vericuetos y colores. ¡Uuuuuú! Hizo el barco y seguimos por el río que quiere copiar el cielo.

CARYBÉ



T R A M P O L I N

EL CIRCO Y LA REPRESENTACIÓN
GAUCHA

por

ANTONIO CUNILL CABANELLAS

D I B U J O

por

CLEMENT MOREAU

~

Una de las condiciones de la nacionalidad del teatro es la nacionalidad de los actores, que deben hallarse penetrados del espíritu del pueblo, cuyas ideas y pasiones están destinados a expresar sobre las tablas.

JUAN BAUTISTA ALBERDI



EXPLICACION

SIN una explicación previa podría parecer arbitraria la significación del rótulo que llevarán estas y otras notas sobre la técnica y la temática del teatro. Para mí el trampolín tiene una aplicación profundamente humana. Lo necesitamos como punto de partida, como un significado. Desde el trampolín lanzamos las ideas para tomarlas en el momento en que la gravitación es impotente, en el momento en que la idea tiene vuelo y todavía podemos darle viento y soplo.

El trampolín es impulso, es actividad crítica o crítica en acción. Crítica creadora porque no busca la idea en quietud, sino en movimiento. Desde este trampolín, nada dogmático, nos lanzaremos al espacio y al tiempo nacionales, y trataremos de buscar en ellos, los

contenidos de esperanza, no para que nos sirvan para pensar en un mundo mejor, sino para que nos den lo mejor para este mundo que vivimos, para este presente tan necesario como todos los presentes.

También el trampolín nos ha de servir para hacer brincar a ciertas ideas que necesitan del movimiento para desarrollarse y vivir. Los músculos de las cosas serias se han vuelto insensibles a fuerza de magullarlos. Están adormecidos y gastados. Hemos hecho tantos ejercicios con ellos, que se han ganado el descanso. Las cosas serias están deseando verse libres de nuestra seriedad, o por lo menos nos piden que las analicemos desde el aire un poco en acción y otro poco ociosas. Con un poco de libertad, deseáramos ver cómo las cosas serias vuelven a adquirir el aire de cosas nuevas, y también cómo las menos serias, lanzadas con buen pie, pueden convertirse, por gracia de la libertad que no las desprecia, en trampolín de otras mejores.



EL CIRCO Y LA REPRESENTACION GAUCHA

NADIE duda sobre la importancia de lo nacional de una literatura o de un teatro. Cuando se dice "tenemos una literatura o un teatro" se habla indirectamente de lo nacional como contenido. Es decir: que primero nos sirve a nosotros y después a los demás.

Hay un hecho en nuestra historia de un género que se llama teatro, que bien merece la atención por lo

que nos dice de nosotros. El hecho en sí, ha creado ya una literatura profusa y hasta controversias. Por mi parte, me coloco francamente al lado de los cultores del hecho que es el siguiente: el teatro nacional tiene su punto de partida en el circo. De una cosa tan intrascendente como son los titiriteros, acróbatas y volatineros, nace una de las cosas catalogadas en-

tre las serias: el teatro. Vamos, pues, a ventearla, a soplarla al viento.

Siempre el circo ha guardado una estrecha relación con el espacio escénico. En el arte son, los dos, espacios hermanos, porque los dos se llenan con materia humana. En los otros espacios del arte, el color, el barro y hasta el cemento son las materias que los enfocan. Unas veces sentimos la materia y otras la presentimos, pero nunca nos llega como dimensión humana. Para que nuestros dos espacios existan necesitan del hombre con todas sus dimensiones. Los dos espacios se nutren del aire libre. Las gradas y los asientos están vacíos esperando al hombre espectador. Son los únicos espacios ante los cuales el hombre debe sentarse, para contemplarlos o pensarlos. Son cósmicos porque se hacen de la nada. Primero el hombre los va llenando, después la cuerda va sujetando la tela y los espacios se cubren de toldos y de telares. Muy poco tardaremos en ver que el color llame a una de las puertas de los dos espacios: el teatro. Como en el cinematógrafo, el teatro en su origen era blanco y negro. A nadie se le ocurrió pintarlo. El color fué su compañero cuando el teatro se cansó un poco de hablar y otro poco de ser escuchado. Circo y teatro se esperan mutuamente. No es raro que en determinado momento nazca el teatro del circo, como tampoco es pecado que al escenario lo inunde alguna vez el payaso. Cuando alguien dice, en tono despectivo, que el teatro se ha vuelto circo y los actores payasos, es que no sabe que el escenario necesita, a veces, de tormentas y de desahucios, y que nadie mejor que el circo ha sido unas veces vendaval y otras juez de instrucción.

No hagamos historia. Nuestra comprensión está por lo que es el circo de cosa viva. Nuestro circo, afortu-

nadamente, conservó el sabor de los "viajes entretenidos" y por eso tuvo acentos de farándula y bululú. Nuestro circo paseó por tierra argentina como otro "Lazarillo" y dejó una crónica viva de las payadas y los cielitos.

El circo es la primera voz alegre que llega al campo y la primera voz que llama a sus raíces. Si es verdad que la ciudad quiere al circo, también lo es que desea más lo híbrido de aquellos géneros que halagan y divierten su extranjerismo. La ciudad nativa no sabe que tiene algo suyo. Todo lo que le rodea, desde el que canta sus verduras, hasta la música vivaracha de zarzuela, le está gritando que nada hay suyo. Los circos nada aprenden en las ciudades. El circo da a las ciudades lo que ellas quieren: esa risa natural y espontánea del clown universal, o la emoción de una pirueta fantástica que oprime el corazón en cualquier continente. Y esta impotencia de la capital por dar lo nacional, por sobreponerse a lo expresivo extranjero, hace que unos acróbatas y volatineros se asfixien en las calles vestidas de levitas y de botas charoladas. Acróbatas, que respiraban cómodos el aire de dos orillas, intuían que cualquier payaso de otras aguas, nadaba lleno de sal en estas aguas dulces; intuían que había una quietud externa, mansa, que oía reír y que algunas veces reía sin divertirse. Y esos acróbatas estaban tristes sin saberlo. Hasta que emigraron. Por primera vez se sintieron fuertes. En todas las emigraciones escogieron la más argentina, la de tierra adentro. Llegaron hasta donde les permitían los rieles y después volvieron a descubrir la carreta, y con ella se perdieron en la pampa. Los acróbatas emigrantes se hicieron, sin pensarlo, espectadores de la gracia y de la destreza del

hombre de la tierra. No es cierto que el hombre de tierra adentro fuera triste. Estaba entristecido porque nadie les había enseñado a reírse un poco de sí mismo; nadie había jugado con sus gracias, sus bailes y sus cantos. El hombre de campo se contentaba con reírse en la pulpería. El vino le daba la pirueta humilde que lo entretenía. El humorismo de la payada, la picardía de las medias palabras y de los guiños, la gracia circense de las boleadoras, la destreza del domador, la habilidad del zapateo estaban pidiendo a voces, un circo menos amplio que el natural, unas arenas que no hincharan de polvo las narices y no hicieran entornar de pampero los ojos.

Estos acróbatas iban enriqueciéndose todos los días, con la ayuda del espectador gaucho. Querían dar lentamente a su circo, un contenido de gracia y de sentimiento, con ruidos a espuelas y olor a costillares. Y así fueron superándose. Desde el salto mortal y el alambre flojo, pasaron a la alfombra roja y a la trágica-pantomima del payaso. El acróbata nacional se convirtió en payaso, pero no en el tipo inglés de peluca azafranada y tres cucuruchos de pelo en la frente, sino en el payaso de pelo crespo y bigote abultado. Mezcla de tonto y mercachife, de cantor y dicharachero, con la picardía del gaucho en la intención y la socarronería del napolitano. Un tipo hecho de mezclas de pueblo adentro, adobado de risas de la tierra y gracias camperas. Por primera vez el payaso recita décimas con estribillo, exaltando al gaucho argentino. Era la primera voz amiga, disfrazada de blanco y unos signos siderales nuevos, con dos ochos en la espalda, recogidos de una constelación del sur. Todo era inventado para el nuevo espectador. Y, sin pensarlo, era el espectador quien iba haciendo un

nuevo espectáculo, con huellas de paisanaje y perezas de pulpería.

Y, entre risas y versos fueron cimentándose los circenses. Tuvieron que llegar a comprender cómo se divertían y cómo se emocionaban los paisanos, porque todo se iba haciendo por identificaciones. Las gradas del circo se iban llenando de giros nuevos y de frases maliciosas, de atenciones y distracciones diferentes, de modismos, protestas y gritos, libres del código ciudadano.

Los datos del nuevo espectador se iban anotando en las pantomimas de bandidos y brigantes que representaban los acróbatas rioplatenses. De todo ese entusiasmo se fué perfilando, en el circo, un tipo expresivo y apuesto, con sombras y medias tintas populares, que pedía a voces la adaptación de la pantomima criolla. Se había creado el personaje expresivo; sólo faltaba la obra que lo ciñera. Y un día se hizo el milagro. No importa la fecha, ni el lugar. Basta su nombre: Juan Moreira. La pista se animó de estilos y guitarreros cantores; se adornó de aperos y trajes bailarines; los vejigazos y palos se trasformaron en facones y rebencazos y los bandidos que mataban por gusto, se convirtieron en matreros con aires de jueces y rebeldía.

La pantomima se llena primero de palabras improvisadas. Fué comedia del arte con menos agudezas y más trotes, pero comedia del arte al fin. Las palabras improvisadas se fueron enriqueciendo, no de literatura, sino de personajes y, con prosapias más humildes que el Scaramuche y el Brighella, fueron saliendo el "cura napolitano", el "gaucho pobre", el "vasco", el grotesco "cocoliche", personajes que no tuvieron la fuerza de la creación italiana, pero que personificaron una realidad que buscaba

su semejante y quería la justeza del calco.

Estos acróbatas tenían ganado el título de cofrades y bien podría decirse de ellos los "Pepes" y los "Gerónimos", porque fueron ejemplo para ganancias de últimos. Es cierto que ellos querían su circo y que su circo era su mundo, pero lo querían con ese sentido humilde y religioso de todos los orígenes; con ese sentido del que no sabe su trascendencia, pero intuye la necesidad de amar su misión. Y la amaban con un alma rara, mezcla de soñadores y mercaderes, de ventajeros y desprendidos, agudos en la observación y en el halago.

Bucearon en el gaucho porque era su amigo y su fuente, y de sus especulaciones llegaron a la comprensión de un tipo al que halagaron, representaron y vistieron. El gaucho de los Podestá era caritativo y respetuoso con el anciano, generoso y humano, peleador y poeta, bravo e hidalgo y sobre todo alegre como lo había visto Hernández antes de entristecerlo. Pero no lo hicieron enamorado. Esto lo dejaron para el oriental, que va de "mata en mata saltando y a todas enamorando".

La observación del circense es digna de señalarla. El gaucho argentino

perseguido en una geografía amplia y de horizontes infinito, no puede pensar en el amor que lo detenga. Tiene un concepto del espacio y del tiempo, distinto del oriental. El hogar que tuvo no le dió la libertad, sino la huida. No piensa en el amor porque su campo no tiene tranqueiras, ni su rancho ventanas. La llanura y el cielo le dan la sed de avanzar y de cantar. Para los actores del circo, el gaucho oriental es más amador. Por lo menos enamora y canta en endechas a su amada. Inconscientemente señalan esa actitud del oriental, no diferenciada por otros. El paisaje y la geografía oriental es muy diferente para los circenses. Anduvieron por las dos geografías y vieron al hombre detenerse y contemplar de muy distintas maneras. Las lomas de la otra orilla detienen al horizonte y las fronteras se oyen de tan cerca. El hombre, en su huida, sabe que tiene paredes en los límites y tiene conciencia de su emigración; por eso quiere amar y tener su rancho y hacer su horno. Y los acróbatas, duchos en la observación, trabajan con distintas décimas para las dos orillas.

De esta alquimia se hizo la representación gaucha y alrededor de ella se forma la escena independiente.

ANTONIO CUNILL CABANELLAS.

T I T I R I M U N D O

LOS TÍTERES DE SAN CARLINO

por

JAVIER VILLAFañE

FOTOGRAFÍAS

por

KAETE WEINZETL

~

*Una vez esculpida y vestida la marioneta
posee una personalidad y una vida propias,
que reservan grandes sorpresas, aún a aquellos
que la han creado.*

RAINER MARÍA RILKE

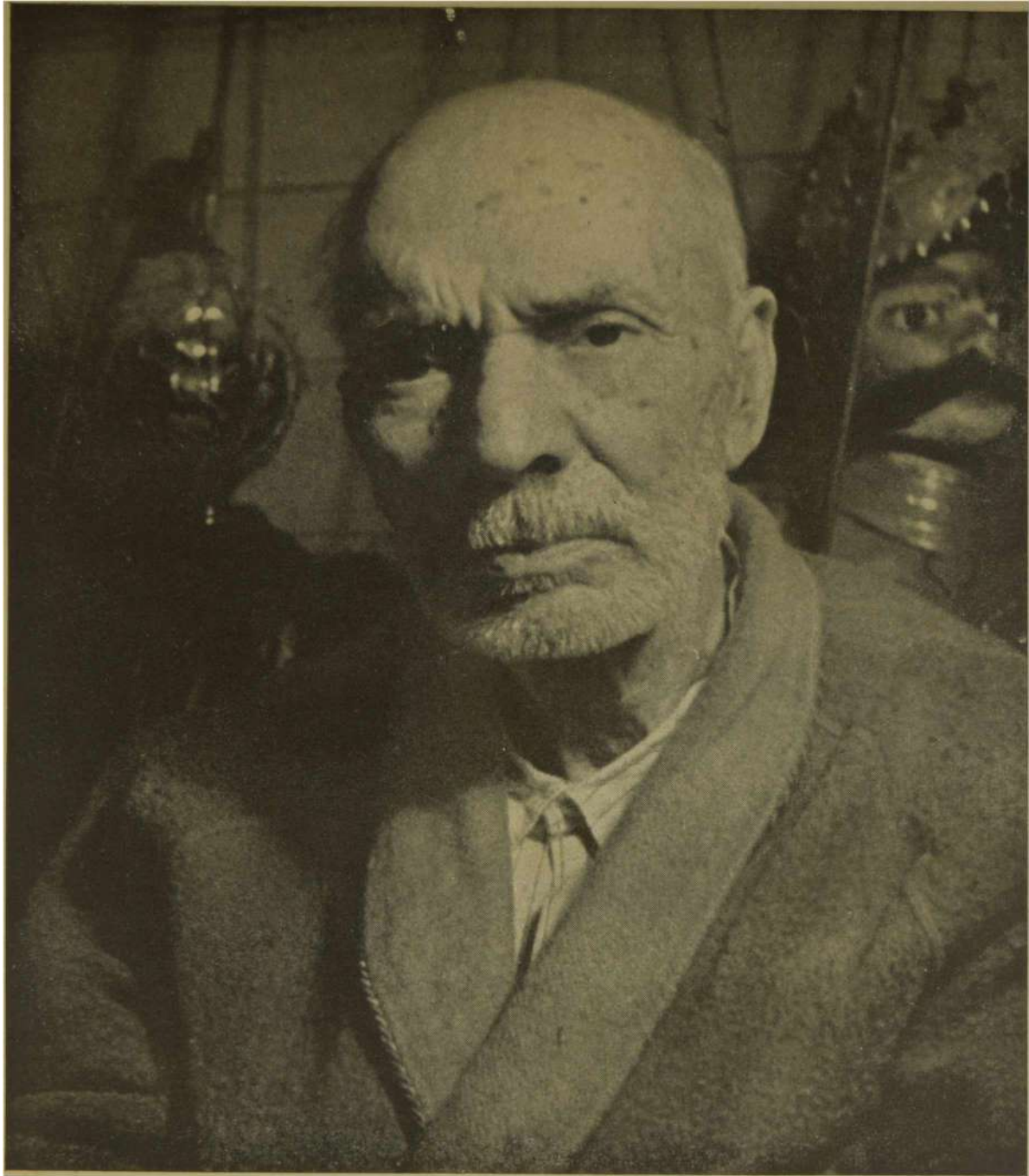


Foto Kacte Weinzetl

TITERES DE SAN CARLINO ~ *Don Bastián*



Foto Kaete Weinzetl

TITERES DE SAN CARLINO



Foto Kaete Weinzetl

TITERES DE SAN CARLINO ~ *Doña Carolina*



Foto Kaete Weinzettl

TITERES DE SAN CARLINO



Foto Kaete Weinzettl

TITERES DE SAN CARLINO



ESTE año llevamos al Jardín Zoológico de Buenos Aires, el viejo y popular teatro de San Carlino, compuesto en su totalidad por auténticas marionetas sicilianas. Estas marionetas fueron traídas a América por don Bastián de Terranova y doña Carolina Ligatti, ambos descendientes de antiguas familias marionetistas.

Titiriteros sus abuelos, sus padres, quienes tenían en Sicilia uno de los más famosos teatro de marionetas.

Don Bastián y doña Carolina, igual que sus abuelos y sus padres, vivieron y envejecieron al lado de sus títeres. Festejaron en noviembre de 1939 sus bodas de oro con los muñecos.

Esta pareja viajó durante mucho tiempo con el teatrō de San Carlino. En grandes baúles llevaban más de trescientas marionetas cuando salieron de su tierra natal, Italia, para tentar fortuna en ciudades y pueblos de América. Cruzaron el mar. En 1898 embarcaron en Brasil. En San Pablo

abrieron las puertas de su teatro y después de doce años de éxitos, viajaron a la Argentina, allá por el Centenario, cuando se paseaba en el cielo el cometa de Halley.

En la Boca, en un cine de la calle Olavarría entre Palos y Del Crucero, instalaron su teatro. Más tarde cambiaron de barrio: Villa Crespo. Estalló la guerra del catorce. Tuvieron que cerrar las puertas del teatro. En los grandes baúles guardaron las marionetas. Arrollaron los decorados y las bambalinas. Don Bastián tuvo que trabajar en distintos oficios y doña Carolina tocó valsés y polcas en un cinematógrafo de la calle Corrientes.

Un par de años y nuevamente volvieron con sus marionetas a la Boca, a un amplio salón en la calle Necochea. Allí hace más de quince años los vi por primera vez. Era estudiante del colegio nacional. Me llevó a verlos el periodista José Pedro Correch, asiduo espectador del teatro de San Carlino.

Esa noche las marionetas de Don Bastián me parecieron maravillosas. Me hicieron vivir en un mundo de magia. Reyes, princesas, magos, leones, centauros y medusas; guerreros con yelmos, escudos y espadas relucientes; caballeros que luchaban con endriagos, dragones, diablos y gigantes; ángeles que andaban por el aire y bajaban a la tierra a recoger el alma de los justos para subirlas al cielo; brujos que incendiaban ciudades; barcos navegando en un mar agitado con monstruos marinos y peces de colores.

Mientras los títeres luchaban sonaba la música de un organito, que solía callar a veces, porque el muchacho musicante olvidaba la mano por atender a sus ojos.

Esa noche salí maravillado, enamorado de los títeres para siempre. Repetí mis visitas al teatro de San Carlino. Ese año representaban la obra más importante del repertorio: "Historia de Carlomagno y los doce Pares de Francia". Relatos tomados del Tasso, Ariosto y de leyendas populares sobre la lucha de musulmanes y cristianos, ordenados por el mismo Don Bastián y divididos en episodios que solían durar trece y catorce meses.

El escenario era grande, sólido. Tenía más de cinco metros de altura, decorado con figuras mitológicas y con esta inscripción en letras de oro sobre el telón de boca: *La teste di legno an sempre del chiasso*.

Las escenografías eran maravillosas, de un realismo ingenuo y poético. Interiores de palacios, calles de Roma y Venecia, campos de batallas, altas murallas de piedra, fondo del mar, montañas.

Las marionetas estaban lujosamente vestidas. Bradamante, Angélica, Cla-

risa lucían largos trajes de seda con lentejuelas de colores. Brillaban las coronas de los Emperadores y los Reyes y las corazas y los escudos de los caballeros: Rinaldo, Olivero, Rolando. El Mago Malagigi, amigo de Carlomagno. El traidor Gano de Magonza, odiado por el público. La bruja Morgana, Diablas, Diablos, Fantasmas.

Algunas marionetas medían cerca de un metro y pesaban más de treinta kilos. Era necesario un buen brazo para moverlos. Del centro de la cabeza salía una varilla de hierro y gruesos hilos servían para mover las manos y las piernas.

Durante mucho tiempo visité el teatro de San Carlino. Me hice amigo de los titiriteros. Sabía pasarme las tardes en su compañía. Aun conservaba doña Carolina su piano en el que solía tocar algún valse mientras la nieta cebaba mate y Don Bastián retocaba la cabeza de un mago o de un ángel.

Tuvieron que cerrar el teatro de la calle Necochea. Los impuestos eran demasiado altos. Los viejos titiriteros en un pequeño local vendieron cigarrillos. Un par de años después consiguieron un salón en la calle Irala. Otra vez volvió a sonar el organito. Grandes cartelones anunciaban la función. Con letras pintadas en rojo y azul un cartel decía: "Agolaccio s'unisce con l'esercito di Gattamogliere e assedia l'Orsitania. Agolaccio uccide Buovo padre di Malagigi. Morte di Lucietta. Agolaccio vince Salismarte. Piente di Malagigi. Fierissimo duello di Orlando contra Agolaccio e di Rinaldo contro Salismarte. Rinaldo uccide l'ultime fratello di Mambrino. Riconoscenza di Orlando con su fratello Agolaccio".

El público, siempre el mismo público, viejos italianos, marineros, obreros del puerto, concurría todas las tardes para seguir los episodios de las aventuras de Orlando y Rinaldo.

Con la inundación del año 1940 los titiriteros perdieron sus marionetas, sus decorados, sus libretos. El agua se lo llevó todo. Los viejos titiriteros vieron cómo el telón del teatro de San Carlino, esta vez se cerraba para siempre.

PROGRAMA que circuló el día que los viejos titiriteros cumplieron sus bodas de oro con los muñecos:

Los títeres de San Carlino.

Este año, Don Bastián y Doña Carolina cumplen sus bodas de oro con los muñecos de madera. Cincuenta años de vida titiritesca: 29 en la Argentina, 13 en el Brasil, 8 en Italia. Hoy la vida los sorprende igual que

Y vinieron los días de dolor, pobreza, enfermedades. El hospital y el hambre.

Hoy doña Carolina Ligatti y Don Bastián de Terranova, después de pasear por el mundo la maravilla de sus marionetas, después de cumplir sus bodas de oro con el oficio, heredado de abuelos y padres, están viejos, pobres, enfermos y olvidados.

~

hace medio siglo: inclinados sobre los fantoches. Esta noche nos harán una función extraordinaria. San Carlino está de fiesta. Que sea por muchos años. Jueves 7 de Diciembre de 1939, a las 21 y 45.

Programa: Las fantásticas aventuras del Paladino Rinaldo, salvador del Mago Malagigi.

~

POR artes de encantamiento llevó la Bruja Morgana al Gran Mago Malagigi a su prisión en Bretaña.

Habían pasado tres días, tres noches eran pasadas y sin noticias del Mago llegó la cuarta mañana.

A Carlomagno rodean los Doce Pares de Francia. Mensajero trae mensaje de las tierras de Bretaña: "Malagigi prisionero en la prisión de Morgana".

Se yergue el Emperador,
corta el aire con la espada.
Enmudece el Mensajero,
Carlomagno es el que habla:
"El Gran Mago Malagigi
es amigo de mi infancia.
El Paladino Rinaldo
con Bradamante, su hermana,
y con veinte mil soldados
saldrán hoy para Bretaña".

Rinaldo da un paso al frente
mientras dice estas palabras:
"Hoy mismo salgo, Señor,
si tienen pronta la barca.
Libertaré a Malagigi
antes de cinco semanas.
Por compañía quisiera

llevarme solo a mi hermana.
Para luchar con encantos
me está sobrando la espada.
Que los veinte mil soldados
me hagan adiós de la playa.”

Va la luna por el cielo,
sobre espumas va la barca
y va remando Rinaldo
y va cantando la hermana.
En la mitad de la mar
está la mar encantada.
Cien demonios con sus cuernos
hacen encrespar las aguas;
olas de siete colores
mojan las nubes y bajan;
extraños monstruos marinos
entre los remos se enlazan.
Rinaldo ve que la muerte
viene a recoger su alma.

Por el aire llega un Angel
y en cuanto toca la barca,

se hace serena la mar
como de aceite y de plata.
Y vuelve a remar Rinaldo
y vuelve a cantar la hermana
y por el aire los sigue
el Angel que también canta.

Seis noches luchó Rinaldo
en la prisión de Bretaña
y con la ayuda del Angel
venció a la Bruja Morgana.

Carlomagno está sentado
en silla de oro y de plata;
sentado a su izquierda está
el amigo de su infancia
y a la derecha Rinaldo
comentando las hazañas.

Dos horas faltan apenas
para las cinco semanas
en que salió el Paladín
por los caminos del agua.

JAVIER VILLAFANE



EL DEDO EN LA TECLA

LA ESCUELA VIVA

por

DELIA S. ETCHEVERRY

LA GUERRA GAUCHA

por

L. M. B. — H. I. C. *

LA CLEMENTINA

por

LA REDACCIÓN

~

Acordaos que la virtud es la acción y que todo pensamiento que no se realiza es una quimera indigna del hombre.

ESTEBAN ECHEVERRÍA

L A E S C U E L A V I V A



A CABA de aparecer una obra de valor esencial en la pedagogía argentina. *La Escuela Viva*, de Olga Cossettini —que figura entre los diez primeros tomos de la serie “La Escuela Activa” que la Editorial Losada publica bajo la experta dirección de Lorenzo Luzuriaga— no es un tratado pedagógico más. La experiencia, riquísima, que reflejan los siete capítulos sobrios que la integran, tiene una palpitación vital que está ausente, en general, de los tratados magistrales. Y la Argentina necesita, urgentemente, que éste no sea un caso único, por maravillosos que resulten sus frutos.

El niño de nuestro país padece un estado de cosas que es agudo a su respecto: receptáculo pasivo de la información de sus maestros, está desconectado de la realidad física, económica y cultural de su ciudad, de su provincia y de la nación. No digamos de la humanidad. Recibe sin dar y repite sin entender. Todo lo que existe, en él, potencialmente, no halla una mano —muchas deberían ser— que lo desenvuelvan y haga

aflorar en gesto expresivo, obra creadora, colaboración social.

Quiere que aprenda a obedecer y no aprende a respetar. Aseguran que sabe hacer y él comprende que nada de lo que hace es suyo. Creen que forman un ser humano y él se siente un paria, sobre todo, al llegar a la adolescencia, sin haber cumplido su etapa infantil. Castigan su indisciplina, su egoísmo, su informe rebeldía, y él, desconcertado, se halla preso, inerte, entre mallas que no consigue romper. Se enorgullecen de que educan a un ciudadano y están formando un individualista feroz, que ni siente, ni practica, ni conoce la convivencia social.

Y la Argentina necesita, urgentemente, dar vida al plasma de su democracia social efectiva. Y para ello, necesita, urgentemente, que sus niños vivan el clima de la auténtica democracia de una escuela democrática argentina. Pero no es fácil: casi treinta años de desconcierto político, con su secuela de desquicio financiero, administrativo y moral, han dejado sus frutos en el orden escolar. Soportamos sistemas perturbados por la inep-

cia, el nepotismo y los apetitos de ambición o de lucro. ¿Quién ignora que ese lapso se refleja en la desorganización de la enseñanza primaria, secundaria y universitaria?

De Sarmiento a la fecha ¿qué núcleo de maestros argentinos ha puesto el sello de dedicación, estudio y amor a la niñez, en una obra pedagógica orgánica, tesonera y eficaz?

El caso de la Escuela Normal de Paraná que derramó sus maestros, modelo de austeridad y competencia docentes, por el ámbito de la República, no ha sido proseguido. Ellos mismos, esos maestros de vocación auténtica, que sentían muy hondo la delicadeza de su labor, no lograron hacer núcleos: su acción formadora terminó con su vida individual. Tal vez, el positivismo, que fué su credo filosófico, agostó, en los discípulos, el impulso fructífero.

Las experiencias escolares que hoy resurgen —y de las cuales, la más orgánica, completa y eficaz, es la de la Escuela de Olga Cossettini, en Rosario— deben tender a formar una conciencia nacional del problema. Sin ésta, no pasarán de tentativas felices. La extensión del país, el alejamiento espacial y espiritual de las regiones características, conspiran contra la difusión de influencias e interinflujo benéficos. ¡Si todos los maestros argentinos que se sienten identificados con el niño quisieran tenderse la mano y formar la ronda magnífica que salvará al país!

Insisto en que sólo hay una experiencia que tenga un valor ejemplar: la Escuela "Dr. Gabriel Carrasco", de Rosario. Me lo ha revelado la atmósfera de la escuela, rica en sugerencias para el espíritu infantil. Lo demuestra, paladinamente, *La Escuela Viva*. En ella, Olga Cossettini detalla los diversos aspectos de su labor, extra e intraescolar.

Anotemos, al pasar, la novedad que significa el caso de una directora —numen inspirador y encauzador de todas las iniciativas que allí se cumplen— que pide colaboración a sus maestros, bajo la forma de narración circunstanciada de las experiencias de su escuela que figuran en el libro, firmadas por los que, personalmente, realizaron la tarea. Es hecho habitual que los maestros sean meros ejecutores de "órdenes": ¿a quién puede interesar cómo opinan, qué sugerencias se les ocurre, de qué modo aprecian los resultados de un ensayo? ¿Existe algún ministro proyectista que los haya consultado?

A través de *La Escuela Viva* se aprecia el profundo conocimiento que posee la autora del ser complejo que vive en el niño. También, cómo el sentido social que en ella alienta, ha cuajado en el sello propio que tienen las *excursiones*, las *misiones de divulgación cultural* y la *cooperación*, prestigiados en su Escuela. Este vuelco hacia la colectividad es el mejor aprendizaje que pueda hacer el alumno como ente social. ¿Prédicas, consejos, máximas?: No, no por cierto; acción y acción social.

Merecen referencia especial los capítulos que tratan de los *medios expresivos del niño*: lenguaje, dibujos, romances, poemas teatralizados, plástica, títeres, coro de pájaros. Algún día se hará entre nosotros, el estudio que reclama este hecho doloroso de la "inexpresividad" del niño argentino y, en consecuencia, del adolescente. No cabe la menor duda, frente a este aspecto de lo que obtiene la Escuela "Dr. Gabriel Carrasco" (y que ha quedado, como documento impercedero, en "*El Niño y su Expresión*") (1), que el error está en el enfoque

(1) *El Niño y su Expresión*. Escuela Experimental "Dr. Gabriel Carrasco". Publi-

falso, carente de sentido artístico que habitualmente preside el cultivo escolar de esa aptitud. ¡Todavía existen muchas, muchísimas escuelas, en que se "enseña" composición, o los alumnos "copian, pedacito a pedacito", un dibujo hecho en el pizarrón por el maestro!

Léase el capítulo VII, en que Leticia Cossettini, alma de artista con receptividad especial para los niños, da cuenta de cómo nacen los *poemas*, se teatraliza un *romance*, se organiza el *teatro de títeres* o el *coro de pájaros*, para tener idea de la espontaneidad infantil elevada a categoría artística, por el influjo de un espíritu creador. Quien haya asistido a una fiesta escolar en la Escuela "Dr. Gabriel Carrasco" podrá saborear este capítulo con la miel de un hallazgo. La evocación será su mejor rúbrica.

Cuando en esta obra que me ocupa, la autora menciona las incursiones que el niño realiza, ya en el ambiente físico-paisaje —ya en el ambiente social, seres humanos que trabajan— estamos en presencia de actividades que facetan el alma infantil. La dignificación de la mano y la valorización de la naturaleza, obtenidas por el niño en experiencia directa, ejercen hondo influjo en el espíritu ávido del escolar. Por eso, no me extrañan los resultados de la vinculación que señala Olga Cossettini en los *programas de trabajo*: la historia, la geografía, las ciencias naturales y el arte, son los distintos ángulos, sucesivos, desde los cuales estos niños ven cada gran problema. Así surgen, naturalmente, en esta escuela admirable, las generalizaciones oportunas: valor de las relaciones entre los pueblos, la crisis económica mundial, ubicación de las obras de

cación del Ministerio de Instrucción Pública y Fomento de Santa Fe. Arg., 1940.

arte en el tiempo y en el espacio, y tantas otras cuestiones, en que el niño está pulsando el alma universal. Siente, sin que se lo digan o lo repita mecánicamente, qué debe el hombre a la colectividad y cómo ésta necesita del individuo inserto en ella.

¿Qué importancia cobra esta verdad? Nada menos que el sentido y ejercicio de la *solidaridad*, el más hermoso sentimiento que han buscado fomentar, a veces en vano, las religiones. Religar, establecer vínculos que aten a los seres con algo que sea distinto del mezquino interés individual.

De todo este libro, como de la acción de la Escuela que él refleja, se desprende su sello original: el ambiente escolar impregnado por la sociedad y ésta influída por aquél. En un país como el nuestro, con problemas aún no resueltos —extensiones desoladas, alto porcentaje de analfabetos que revelan miseria física y económica por explotación inicua, núcleos de fuerte coeficiente inmigratorio, imperfectamente asimilados a la tierra—, una Escuela que no limite su acción a los cientos de alumnos que asisten a sus aulas, adquiere caracteres de institución formativa del alma nacional.

Séame permitido desear ardientemente, que esta escuela primaria que rastreo a través de las páginas de *La Escuela Viva* y tiene abiertas sus puertas, siempre y sin exclusiones sospechosas, en un barrio apartado de Rosario, complete la obra creando, con idéntico sentido social, la escuela secundaria donde terminen los egresados de aquélla, el ciclo de su adolescencia, iniciado bajo signo tan feliz. También, que se formen allí, maestros que *vivan* su adiestramiento profesional, en una escuela donde se conoce y respeta al niño, se le

deja expresar con libertad, se encauza su expresión por senderos artísticos, se le vincula al núcleo social de que proviene y, por fin, se hace entrar la sociedad en la escuela y con ella, la vida universal.

Los maestros que egresaran de esa Escuela así creada, irían a distribuirse en otras *escuelas experimentales*, ubicadas, estratégicamente, en los cuatro puntos cardinales o en las ocho regiones físico-culturales del país. Allí, cada una recogería el eco del ambiente y, presidida por el amplio espíritu que rige a la Escuela "Dr. Gabriel Carrasco", tomaría modalidad propia, de acuerdo con el medio geográfico y social donde actuara.

Podríamos esperar, entonces, que fuera realidad la democracia argentina. Nos la habría proporcionado una educación para "una sociedad sin clases", de que nos habló James Bryant Conant (2).

"Preveo un ensayo más, a través de generaciones, de ese tipo característico de orden social que nos es propio.

Preveo una sociedad norteamericana en la que existirá un grado de fluctuación social suficiente para conservar la nación fundamentalmente sin castas; una sociedad en la cual se mantengan los ideales de libertad individual y de justicia social; una sociedad que, por medio de sus sistema de instrucción pública, resista las distorsiones originadas por la presión de la vida urbana e industrial. Deposito mi confianza en la continuación de una república formada de ciudadanos capacitados para asumir la responsabilidad de su propio destino".

Hago mío este voto de un ciudadano estadounidense, pero lo proyecto a la docencia de mi país. La Argentina necesita, urgentemente, formar el plasma de su democracia social efectiva. Pero sólo por la escuela esta suprema aspiración puede ser lograda. — *Delia S. Etcheverry*.

(2) - *Puntos de Vista*. - N° 3. - Setiembre de 1941. - Oficina de Cooperación Intelectual. - Unión Panamericana. - Washington.



C E L U L O I D E

La Guerra Gaucha

LEOPOLDO Lugones llena con su figura de poeta el territorio inmenso que existió en nuestro país en-

tre los versos de Guido Spano y la poesía. Apenas pasados unos años desde su muerte, el título de "La Guerra

gaucha" está en las carteleras de Buenos Aires y la obra del maestro llega, en una ficción cinematográfica que lo invoca, a un gran público que de Lugones sólo conoce el nombre o alguna actitud política que no merece recordarse. Por eso es indispensable mirar atentamente ese film, ir más allá de un rato de diversión terminado con el olvido, y contemplarlo como asumiendo la tremenda responsabilidad de decir: "Esto es la Guerra Gaucha de Lugones y esto fué la guerra de los gauchos de Güemes". Ver si se cumplió la promesa es el objeto de este artículo, que fué una especie de conversación antes de convertirse en páginas escritas.

El cine, que en cuanto creación es la expresión artística más típica de nuestro tiempo, tiene a la industria cinematográfica como indispensable soporte. Una película, en Buenos Aires como en Hollywood o como en casi todo el mundo, es una empresa acometida por uno o varios financieros para obtener un resultado financiero. Consecuencia de esa esclavitud es que los directamente encargados de hacer la creación artística (directores, fotógrafos, actores, etc.), sólo intervengan subsidiariamente para hacer con la inversión una mercadería que guste al público y llene los salones de espectáculos. (No cambia la jerarquía en la película de propaganda, pues en ella también se busca llegar al máximo de público, aun cuando no sea el rendimiento representable en pesos). Y ello es así por los grandes capitales que una película significa, desde el momento inicial de la compra de material y contrato de actores, hasta el proyector y la sala especialmente preparada para la exhibición. El cine, en cuanto a expresión industrial y como cualquier otra in-

dustria, puede ser trasplantado de un país al otro, máxime si se considera que carece de tradición: primero por los diarios cambios en la técnica, segundo por ser un invento que —en su forma comercial— no va más atrás de nuestros propios días. El mismo equipo, que maneja un director de Hollywood, puede llegar a las manos de un aficionado de Ruritania —dollars mediante desde luego. En cuanto al hombre que lo debe manejar, los hoy grandes centros cinematográficos han podido reclutar en todo el mundo los técnicos que les fueron necesarios, sin tener en cuenta su procedencia. El cine mudo, sobre todo, había llegado a una internacionalidad inmensa: bastaba el simple cambio de los primeros cuadros de leyendas para que Charlie Chaplin se convirtiera en Charlot o en nuestro bienamado Carlitos. Con la aparición del cine hablado, el público comenzó a exigir, con justa razón, la presencia de su idioma en la boca de los personajes. Y la industria comprendiendo la posibilidad económica que aparecía, creó en cada país un cine "nacional" —que de nacional solo tiene, y eso a veces, el idioma oficialmente reconocido en cada uno de esos países. Así nació el "cine nacional" en la Argentina. Se juntó capital, se recurrió al viejo plantel de actores teatrales y comenzaron a aparecer las películas. Como industria, desde el punto de vista técnico, tiene el nivel que los productores quieren y en nuestro país, de grandes industrias con gran capital, debiera ser, y a menudo es, perfecto. En cuanto a los hombres que lo hacen como obra de arte, debemos y podemos exigirles tanto como a cualquier artista —un poeta o un pintor— sin dar ni admitir la falsa y mediatizada excu-

sa del "por ser nacional...". Un cine puede ser "nacional", como lo es el francés, como lo es el ruso, por ejemplo, cuando el artista logra representar ciertas características propias de su país o de su zona geográfica; nunca por el solo hecho de haber sido realizado en ese lugar o por ser hablado en el idioma vernáculo. Dejamos esto bien claro por cuanto en toda nuestra crítica prescindimos de la "nacionalidad" de La Guerra Gaucha en cuanto factura, y solo nos interesa ver si se ha conseguido una obra de arte y si en ella los elementos de nuestro país aparecen representados en sonido o en imagen.

Lugones escribió su libro con el gran tema de la lucha por la independencia. No le interesó la independencia como problema ideológico, que para sus días resultaba ya envejecido y que, por otra parte, él consideraba como fuera del alcance y comprensión de las propias masas del viejo virreinato, esas mismas masas que movía en su Guerra Gaucha. Tampoco la independencia como expresión de un odio del criollo contra el español, que él sabía substancialmente inexistente. La guerra de la Independencia fué para los gauchos —así lo dice expresamente Lugones en su "Sarmiento"— una solidaridad con su caudillo por sobre todo, con el hombre superior que les hablaba en su propio idioma y les decía que había que luchar por una patria —a ellos, que entendían por patria el rincón de su valle o su majada de cabras y corderos. Por eso la guerra gaucha fué anónima y solo puede ser individualizada en sus etapas por el nombre de sus caudillos, ciegamente, devotamente seguidos en la buena y en la mala. La Revolución, Buenos

Aires, la Primera Junta — y aun los nombres de los generales de primera magnitud— fueron palabras casi incomprensibles para el montonero. Solo así se entiende que las mismas fuerzas que habían peleado en Tucumán, Salta, Vilcapugio y Ayohuma a las órdenes de Belgrano, no dudarían en apresar y aun en injuriar a su generalísimo; porque la línea fundamental que seguían era la misma: la devoción a sus caudillos inmediatos, Bustos en el caso. También de ahí que las tropas de Lamadrid fueran federales, luego unitarias, al día siguiente federales, para un atardecer cualquiera terminar en unitarias: eran sobre todas las cosas, hombres de Lamadrid. Con el más seguro de los conocimientos, el poético, Lugones plantea así la guerra gaucha del norte argentino, como un oscuro movimiento campesino que toma forma con Güemes. Por eso se negó a adoptar un personaje central alrededor de quien pudiera hilvanar los hechos de la guerra. Su personaje es una montonera, gauchos que muchas veces ni están individualizados con más nombre que el de una característica: "el viejo", "el capitán", "el sacristán". No son héroes por resolución inteligente, sino que son valientes con naturalidad fisiológica, porque así es su caudillo y así quiere este que ellos sean. Por eso también Lugones compone su libro como una serie de relatos de acción, tiempo y lugar independientes para luego, desde afuera, con su propia voz de poeta ir uniéndolos en una conexión substancial —la guerra gaucha— esa inmensidad de microscópicas vidas, fundamentalmente una y diferentes: "...la guerra gaucha fué en verdad anónima como todas las grandes resistencias na-

cionales...” dice Lugones en su Prefacio.

Los libretistas no han sido fieles a Lugones. Partieron precisamente de la actitud que el poeta había evitado escrupulosamente. (Admitimos que al adaptar un libro al cine se modifique su parte anecdótica. Conste este paréntesis). Tomaron los caracteres fundamentales del libro, y los unificaron en el o los “héroes” de la película. Al viejo sacristán de las campanadas patriotas, le hacen vivir su anécdota y además la fundamentalmente distinta del viejo limosnero que se traga su miedo y muere tocando el violín, plus la de un emboscado en la retaguardia. (Ver los relatos: “Sorpresa”, “Despedida”, “Dianas”, etc.). El Capitán Miranda del film carga también sobre sus espaldas con otras vidas que Lugones presentó diferentes. (“Alerta”, “Baile”, “Al rastro”, e incidencias de otros muchos relatos). Así con todos los personajes, en una serie demasiado fácil de constatar como para insistir. Bastan esos ejemplos para demostrar como aquello que para Lugones es una oscura multiplicidad se convierte en la película en un orgulloso estrellato. El film cuyo libreto requiere estrellas —la vista clavada en la boletería— lleva como consecuencia lógica, a la que no escaparon los productores de “La Guerra Gaucha”, a forzar la simpatía del espectador a favor o en contra de algunos personajes. Lugones sintió con amor la guerra de los gauchos —y nosotros hoy también nos emocionamos con su grandeza; esta es la verdadera explicación del espontáneo aplauso final que el público otorga a la película. Ese sentimiento llevó a Lugones, precisamente, a tratar la guerra como una lucha

apasionada entre gigantes de una edad antigua. El ejército español, soldados de un país que en su estructura oficial estaba muerto y corrompido, era una fuerza regresiva y debía ser combatido como lo fué; pero individualmente cada uno de sus hombres merecía respeto y muchas veces admiración. También sabían mirar cara a cara la muerte y amar y pelear como buenos. Recuérdese al húsar del relato “Sorpresa”, que con su valentía gana el respeto del capitán patriota. En el film, los españoles son monigotes ridículos. Cada vez que uno de los jefes godos aparece en la pantalla, la sala íntegra se ondula en una risa callada o en un sentimiento de repulsión, que el director del film ha provocado deliberadamente presentando cierta pronunciación, actitud o gesto. La desagradable torpeza del maltrato dado al capitán Miranda después de hacer volar el polvorín está en las antípodas del respeto que sienten ante él los españoles en el análogo trance de “Al rastro”, y de la desesperación del jefe español cuando vé que el gauchito se va muriendo porque no pueden o no saben detener la hemorragia. Esta actitud ejemplificada con uno de tantos casos es la culpable de que la película pierda el tono auténticamente patriótico del libro y busque, en cambio, despertar las reacciones más elementales del “hincha”, incitando al odio y al desprecio que niega valor al contrario. Patriotismo con signo menos.

Lugones compuso su libro jugando en los dos planos de la realidad y la contemplación poética. Los campesinos en armas hablan con sus palabras humildes de todos los días y junto a ellas, en el fondo, la voz del

poeta crea para el espectador el mundo en que ese campesino vive. En la versión cinematográfica el juego de las imágenes plásticas —el lenguaje del cine— debía encarnar la voz del poeta por pura presencia. Y así llegamos al momento en que debemos encarnarnos con la tarea del director de La Guerra Gaucha.

La película ha sido realizada con un criterio naturalista. No discutimos si esa actitud es o no justa; simplemente la aceptamos. (Marginalmente: grandes films, casi todos los de Carlitos Chaplin, por ejemplo, han demostrado que se logra una auténtica realidad con paisajes de síntesis abstracta, mucho más que con paisajes cargados de elementos anecdóticos). La acción de la película sucede en el norte argentino: Salta, Jujuy. La película la sitúa en un valle con un fondo de serranía y busca dar color local con algún cardón, tres indios de rostro arado por la vejez, una torre blanca y unas ramas de duraznero florido. Y desde luego, con los trajes y las barbas de los actores. Hay detalles de espléndida belleza: el valle, los montes, el poblado bajo el cielo norteño. Pero el director, desconociendo las características de ese ambiente, lo aleja del espectador. Los hechos suceden en una forma arbitraria respecto a la naturaleza de ese ambiente. Los senderos de la serranía, que los caballitos norteños caminan adivinando la piedra donde deben asentar el casco, son recorridos en la película a galope espectacular. (Entre otros casos, la bajada del capitán Miranda al campamento). En el libro de Lugones los gauchos bailan, se divierten y chupan en un bolichito triste, que huele a vino y a borracheras apagadas:

“...Así proponiendo y retrucando brindis emulaban el día entero entre escancios y obligos. El silencio se ensimismaba progresivamente bajo los chambergos. Las vidalitas incoherentes en las primeras horas, las tremolinas pronto apagadas entre apelaciones a la familia y a la amistad, expiraban en lóbrega hurañía. La borrasca tranqueó inútilmente su trifulca sobre ellos. Hubo un instante de horror en esa taciturnidad de beodos. El pulpero a quien acosaban recuerdos de su mujer fallecida poco antes, ululó un sollozo maldiciendo su suerte...”.

Este mismo cuadro se convierte, en la película, en una fiesta de alegre jarana, con largos besos, con carcajadas y gestos simplemente impensables en ese ambiente. Siempre el mismo temor a la realidad, que poéticamente había acometido Lugones. La hilandera con ribetes de bruja, que entre antiguos exorcismos quechuas envía un mensaje con el nieto —que este entrega con su propio cuerpo muerto— es en el film una joven apetecible, vestida con ese traje de criolla que tanto se usa en los carnavales, delantalito de percal y largas trenzas negras. (Una vez más, nuestros actores siguen comiendo la s final de las palabras). La tormenta de fondo, cuando el teniente Villarreal se “convierte”, gracias al amor de la estanciera y a la literatura de Belgrano, es tan solo un efecto de fondo, un poco estridente, sin relación con el momento psicológico introducido con la manifiesta intención de advertir al espectador de que algo importante ocurre en la pantalla.

Así, frecuentemente, la factura técnica no está a la altura del concepto

de la "mejor película argentina" con que la opinión en general ha calificado a "La Guerra Gaucha".

Si se miden aciertos y errores, riquezas e insuficiencias con un criterio de exigencia, éste film resulta primario y monótono en el empleo de las formas; equivocado a veces en su sintaxis. Alusiones importantes solamente son entendidas, si no se olvidan mientras tanto, recién al rato de ser hechas. (El comentario del Tte. Villarreal en la escena que abre la película sobre las campanas y el sacristán, que recién tiene sentido para el espectador después de largo rato). Es confusa en el desarrollo de la acción y ciertas escenas no duran lo suficiente como para poderse captar su sentido. (En la escena final la aparición de Güemes es tan confusa e insuficiente por su brevedad, que el espectador queda sin saber si es Güemes quien llega realmente, si es

un sueño de los sobrevivientes o una simple alegoría). La cámara a veces se mueve sin agregar sentido o énfasis a la expresión de la imagen; permanece estática cuando sería esencial un desplazamiento del punto de vista. La arquitectura de la película, eso que los cineastas llaman "montaje" no ha sido realizada. (Probarlo sería hacer un análisis tecnicista que consideramos fuera de lugar).

Queremos terminar aquí, con una observación sobre este mismo artículo. Notamos en él una áspera severidad. En primer término está dirigida contra el elogio incondicional con que la opinión ha juzgado a esta película. Pero sobre todo tiende a señalar la necesidad de que, dentro de categorías artísticas, el cine hecho en nuestro país exprese la auténtica realidad del ámbito espiritual argentino.

L. M. B. - H. I. C.



L A C L E M E N T I N A

INDELEBLE en el recuerdo de la gente de La Plata perdura la viñeta de aquel trencito honrado que cuatro veces al día rodaba desde los suburbios de la ciudad hasta los ma-

taderos de Abasto. Pero la fisonomía del Ferrocarril La Clementina no residía en su función de proveedor de la diaria ración carnívora de los platenses, sino en que La Clemen-

tina hacía escala en Melchor Romero. Allí estaba el famoso manicomio que dirigía Alejandro Korn y donde, según lo ha escrito en la *Epístola al cocobacilo*, descubrió por casualidad el sistema *oppen-door* leyendo la *Crítica de la razón pura*, librito que adquirió en un cambalache de la calle Libertad una vez que andaba en busca de bibliografía para apoyar con cierta erudición un informe médico-legal.

Todos procuraban que el pasaje a Melchor Romero —pintoresca excursión dominical no exenta de alguna emoción— fuera siempre un pasaje de ida y vuelta. A pesar de la bizarría del director del hospicio a nadie le gustaba el viaje sin retorno a las frondosas arboledas de Melchor Romero.

Cuando desembalaron la maquineta del ferrocarril al matadero de Abas-

to, aquellos honestos vecinos contemporáneos de la fundación de la ciudad la encontraron parecida a la famosa negra Clementina del barrio de la Plaza de Armas. Con su calderita negra trascendía el esquema maquinista en superfluas decoraciones broncíneas. La campana redundante subrayaba los pititos al promediar la curva de La Granja. Era la pintura de la negra Clementina. Y la Clementina no más le quedó para toda la siega.

Ahora, trimestralmente, en función de policía amable, nuestra revista entregará un pasaje para Melchor Romero. Los daremos de ida solamente y de ida y vuelta. El de hoy, felizmente, es con la esperanza de retorno. Le corresponde al poeta platense José María Olmos Cárdenas que ha publicado —en serio— el siguiente soneto:

A U B E R T O V I G N A R T

(señor de la caña.)

*Ya sé: además del Jockey eres as de la pesca
—un docto pescador entre los pescadores—,
que te marchas al río del día a los albores,
el corazón florido y el ánima andantesca...*

*Te doy la enhorabuena por tal deporte, y crezca
ese entusiasmo en ti que exalta tus valores.
Haces patria en la Cámara con bregas superiores,
y patria porque buscas que la pesca frutezca...*

*Yo digo, pescador, que la naturaleza,
cuando del agua extraes la viviente riqueza,
te alumbra con su ejemplo de bien y de verdad;*

*Y eres por eso al par generoso y rotundo,
con el de rancio nombre o el que rueda en el mundo;
y eres —todos lo saben— fuego de humanidad.*



SUMARIO DEL N° 2

ENTRE otras colaboraciones, nuestro próximo número publicará las siguientes: *Juicio sintético sobre Estados Unidos*, Ezequiel Martínez Estrada. *Crisis y renacimiento del Parlamento argentino*, Carlos Sánchez Viamonte. *Radiografía del Riachuelo*, Martín Balcarce. *Los orígenes del cinema*, José Luis Sánchez Trincado. *La pintura fotográfica de Grete Stern*, Lydia Besouchet. *Arte Infantil Británico*, Julio Rinaldini. *Horas de mi Chascomús*, Alejandro de Isusi. *Cinco sonetos de Alejandro Korn*, con una nota de V. F. *Tiempo y destiempo de Alejandro Korn*, Francisco Romero. *El Quijote de La Plata*, Marcos Manuel Blanco. *En el Delta*, Angel P. Ferrando. *Teatro Universitario*, Alfredo L. Palacios. *Respuesta a Juan Carlos Rébora*, Agrupación Vanguardia Universitaria. *Verdadera historia del Colegio Novacentista*, José Gabriel. *Grabados, dibujos y fotografías*, Francisco De Santo, Carybé, Pedro Olmos, Antonio Ginzo, Clement Moreau, Grete Stern, Kaete Weinzetl. *Notas y comentarios*, Nelly Vera Saglio, Dardo Cúneo, A. Denis Krause.



PRÓXIMAMENTE colaboraciones de: Enrique Anderson Imbert, Pedro Henríquez Ureña, José Luis Romero, Adolfo Lanús, Florencio Escardó, Delfina Varela Domínguez de Ghioldi, Elena Duncan, Alejandro Denis Krause, Dardo Cúneo, Marcos Fingerit, Carlos Cossio, José Ferrater Mora, Norberto Rodríguez Bustamante, Carlos N. Caminos, Horacio Ponce de León, Ernesto Castany, Guillermo Etchebehere, Jorge Rojas, Clara E. Grosso, Juan Adolfo Vázquez, Luis Aznar.



Ver en el dobléz de la parte anterior de la tapa el aviso de nuestros amigos y colaboradores.



LIBERTAD CREADORA

Precio de venta de cada número . \$ 1.50
Suscripción por un año „ 5.—
Edición en papel especial: únicamente por suscripción anual de „ 10.—



BRASITEX

Un vestido completo por el precio de
un corte de tela. Es un milagro.
Es tela de Brasil. Es la magia
del buen vestir.

*

VISITE NUESTRAS INSTALACIONES Y SE ASOMBRARÁ.
CORRIENTES 330 - Bs. As.

Biblioteca "Dr. Francisco Romero Delgado"
N° 304
Incorporada al Sistema Provincial de Bibliotecas
Ley 9.319 Disp. 016/98
Universidad Popular "Alejandro Korn"

Ejemplar \$ 1.50